

VOLUMEN

61

Lucila Palacios

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Carmen Mannarino



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Carmen Mannarino

Licenciada en Letras de la Universidad Central de Venezuela y Magister en Literatura Latinoamericana de la Universidad "Simón Bolívar". Nació en Los Teques, Estado Miranda. Ha ejercido la docencia durante tres décadas en Educación Secundaria y Superior (Tercero y Cuarto nivel). Profesora Titular del Instituto Universitario de Teatro (I.U.D.E.T.) donde labora en la actualidad. Como Investigadora de Literatura Venezolana ha trabajado en el Centro de Estudios Latinoamericanos "Rómulo Gallegos" (hoy Fundación C.E.L.A.R.G.) y en el I.U.D.E.T. Tiene obra publicada de investigación, ensayo, crónica y ficción. Entre otros títulos: *Era un mundo de rieles* (Biblioteca de Autores y Temas Mirandinos, 1981); *De propios y de extraños* (Academia Nacional de la Historia, 1986); *Obra poética y Prosa de Enriqueta Arvelo Larriva* (Fundación Cultural Barinas, 1987); *Orlando Araujo: violencia, nostalgia y bohemia* (Universidad de Los Andes / Fundación Cultural Barinas, 1995); Mención Especial en Investigación Literaria del Premio Municipal de Literatura del Distrito Federal 1996; *Dramaturgia de búsquedas, experimentación y crecimiento: 1950–1969* (C.O.N.A.C / I.T.I. – U.N.E.S.C.O., 1997). Es autora de una exitosa serie de biografías de venezolanos del siglo XX, destinadas a jóvenes lectores, que publica Ediciones Niebla C. A., editorial alternativa que creó y dirige desde 1995. También es frecuente conferencista de literatura y colaboradora de prensa y revistas especializadas, nacionales y del exterior.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Lucila **Palacios**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejó

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Iurkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos: Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Biblioteca Nacional (portada y p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: If78920079201825

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 978-980-395-150-4

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Henrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Lucila **Palacios**

(1902-1994)

Carmen Mannarino

Tiempo de crecer: 1902-1925



Azar y presagio

El nacimiento de la niña Mercedes Carvajal Montes en una casa de Charlott Street de Puerto España, Isla de Trinidad, el 10 de octubre de 1902, y no en Ciudad Bolívar, donde por tradición habitaba la familia, es síntoma de la inestabilidad política que vivía Venezuela a la entrada del siglo XX. Como consecuencia todavía de la Guerra Federal se hallaba sembrada de caudillos, grandes y pequeños, en continuos alzamientos regionales armados.

Cuando Luisa Josefina o Josefa Montes Calderón de Carvajal regresaba a Ciudad Bolívar desde La Guaira, por vía marítima, tuvo que demorarse en la antilla inglesa porque la navegación por el Orinoco estaba impedida, a causa de sucesos políticos de última hora. Ella se había trasladado a Caracas para una consulta médica, porque después de haber perdido los dos primeros hijos concebidos quería llegar a feliz término del tercer embarazo. Una noche del mes de mayo de 1902, el general Ramón Farreras, militar de alta posición en el cuartel de Ciudad Bolívar, se sublevó contra el General Antonio Sarría, Presidente del Estado Bolívar, y resultó triunfador. Al General Timoteo Carvajal, padre de Mercedes, había acudido Sarría en busca de apoyo, que aquél, su viejo compañero de armas, no dudó en prestarle. La partida hacia Ciudad Bolívar tampoco se hubiera producido en esa oportunidad

porque el hermano Félix, que vivía su primer exilio en la isla, se negó a que Luisa Josefina viajara en el avanzado estado de embarazo en que se encontraba. El regreso al hogar se hizo posible cuando la recién nacida cumplió los entonces reglamentarios cuarenta días de vida.

Otro suceso político había ocurrido mientras la madre permanecía en Trinidad: Ciudad Bolívar fue bombardeada por orden de Román Delgado Chalbaud, acontecimiento que produjo un éxodo de familias hacia campos cercanos en busca de refugios. En ese éxodo participó un grupo de mujeres de distintas edades, miembros de la familia Montes Calderón. Viajaron a pie, en carro tirado por yunta de bueyes, en coche de caballos, bajo un ardiente sol.

Acontecimientos posteriores en la política local bolivarense involucraron en sus efectos indirectos a la pequeña, que conservó recuerdos de situaciones que pudo percibir como fuera de lo común, aunque no estuviera en capacidad de entender causas y consecuencias de los mismos.

Parece que el conjunto de eventos políticos que enmarcaron el nacimiento y la infancia de la niña, hubieran sido presagios de una vida que iba a desenvolverse estrechamente relacionada con el tortuoso acontecer político del país, confrontando situaciones difíciles para su recia convicción democrática y con repercusión en la vida familiar. Los dos tomos de *notas autobiográficas*, titulados *Espejo rodante*, demuestran que para Mercedes Carvajal de Arocha o Lucila Palacios no sólo cobró importancia dejar testimonio de su ser, de su vida privada, de la ciudadana y la escritora, sino a la par, de la vida social y política de Venezuela a lo largo del siglo XX. No pocas veces ésta con más holgura de páginas sobre aquélla.

Mercedes o Lucila entendió el hecho de haber nacido fuera del país como lo que fue, obra del azar: *Nací en un viaje accidental de mi madre, en la Isla de Trinidad*. Es imposible pensarla fuera del contexto geográfico y social de Venezuela, su tierra de recuerdos, realizaciones y frustraciones, amores, luchas, sacrificios y esperanzas por una mejor vida para todos.

Niñez entre sueños y amargas realidades

En la realidad y en el recuerdo hubo una azotea de piedra situada al norte de la inmensa casa que había hecho construir el abuelo mater-

no, Ramón Isidro Montes; al frente un paredón de la mansión vecina y la azotea con dos naranjos y claveles multicolores, lugar preferido de la niña que, tendida al pie de los naranjos, con la vista fija en el firmamento, se tendía a soñar. En esos sueños se le aparecían hadas y princesas provenientes de los libros de cuentos y personajes salidos de los pasajes de la historia universal y nacional que el padre le relataba: el Cid Campeador, Alejandro Magno, Napoleón Bonaparte, Simón Bolívar, el general Sucre. A los que se añadían, en entramado, figuras literarias sobre las cuales Mercedes iba adquiriendo noticias por los relatos del tío poeta, su “papá Ramón”.

La pequeña era igualmente contemplativa. En la época anual de crecida del río Orinoco distraía horas avistando la llegada de las garzas a La Laguna. También en el recuerdo acogedor de la infancia aparece un estanque, donde en una visión de realidad, a la pequeña Mercedes le agradaba ver el reflejo de su imagen; y en una visión mágica, imaginaba que podía surgir del agua un ser de extraordinaria belleza o un monstruo, que hasta podrían llevársela al mundo acuático. Todo sucedía en la casa grande y ventilada, solariega, con recios muros, de la calle Libertad en Ciudad Bolívar, destinada a fines familiares y culturales. En la parte alta vivía la familia y en los grandes salones de la parte baja tuvo el abuelo su despacho de abogado, y después, cuando fue Rector del Colegio Superior de Guayana, toda la planta fue destinada a los alumnos internos. En esa casona vivió Mercedes su infancia, la adolescencia y parte de la adultez hasta el nacimiento del tercero de sus cuatro hijos. No resulta gratuito que añadiera ese recuerdo al agradecimiento enviado al Gobernador Andrés Velásquez, en 1990, por haber reinaugurado en ella la Biblioteca pública “Rómulo Gallegos”: *Estoy muy contenta ... que se haya elegido como su sede la casa que construyó mi abuelo, ...y en donde pasé mis mejores años ... quiero mucho a esa mansión. Sin duda, los recuerdos de protectivo amor y de conocimientos y enseñanzas recibidos en ella opacaron con el tiempo las también desdichas que laceraron su alma infantil. Cuando apenas contaba seis años, Juan Vicente Gómez, Vicepresidente de la República a quien el Presidente Cipriano Castro había dejado encargado del gobierno mientras viajaba a Berlín por motivos de salud, se apoderó del mando por la fuerza y le impidió a Castro la entrada al país. Entonces el padre, un*

general con principios civilistas, se apartó de la vida pública y se retiró a su pequeña hacienda, “Los Pozotes”, a trabajar como agricultor. Al desconocimiento del oficio agropecuario se sumó la programada obstaculización de la dictadura a quienes no eran gomecistas. *Destruir los bienes de Carvajal* fue la inmanejable orden. Le mataban los becerros, destruían los potreros y las siembras. Como consecuencia, a veces en el hogar no había qué comer.

La constitución de criatura endeble y enfermiza fue una poderosa limitación para las expansiones físicas propias de la infancia. Sufrió paludismo, muchas amigdalitis y serias afecciones respiratorias. En contrapeso, se inventaba juegos sedentarios y silenciosas ocupaciones, como una con el concierto nocturno de los animales. Se distraía intentando adivinar el animal que emitía los sonidos broncos, los atiplados, los agudos. El croar alternativo de sapos y ranas se le asemejaba al sonido del acordeón. Si bien admiraba la posibilidad de las cuatro hermanas menores: Clara, Carmen Luisa, Cecilia y María Cristina y de las amigas para jugar al aire libre, ir de excursiones por los morichales, treparse con agilidad en los árboles, atender las invitaciones sociales, ella se fue acostumbrando, desde su obligada quietud, a observar el acontecer diario desde la ventana y a usar y desarrollar la intuición, algo que le sirvió durante toda la vida. Esa misma condición física le fue propicia para establecer contacto con los libros de la biblioteca del abuelo Montes. En su sede hojeaba a su antojo libros de todas clases, se detenía en los dibujos y grabados que llamaban su atención, y a partir de ellos imaginaba a los personajes de las lecturas infantiles y a los otros que no estaban a su alcance de comprensión, sobre todo los de libros clásicos. Después, en sus ratos de ensueños, inventaba con ellos una manera de vivir aventuras en lugares reales e imaginarios. Así mismo el encierro en la vivienda familiar durante las enfermedades y las convalecencias le facilitó el trato con personas adultas que visitaban al padre, muchas de ellas en plena intervención en la historia de esos días, con los cuales, por momentos, dialogaba: Emilio Arévalo Cedeño, Ignacio Andrade y otros más.

Entre las festividades celebradas anualmente en Guayana, el Carnaval fue la que más le dejó impresiones de colorido y alegría. Las anchas ventanas de la casa le servían de atalaya para presenciar el alborozo de

esos días, con disfraces, gentes de fiestas, comparsas anunciadas por una orquesta callejera, carrozas, papelillos, serpentinas, globos, caramelos. Su primer disfraz fue de griega y con él obtuvo el Primer Premio: un enorme oso de terciopelo, con orejas blancas y hocico sonrosado, que, en medio de ensueños, lo aprisionaba entre los brazos. La significación del pequeño suceso fue considerado después en las memorias: *mi primer regalo y mi primer premio le abrieron paso al estímulo de mis ensueños*. En cambio en una Navidad tuvo la aflicción del primer sueño roto, después que un año había sido complacida su petición al Niño Jesús de un violín; otro, con la de un costurero, pero otro año, cuando el pedido fue un niño para tener con quien jugar, no fue satisfecho su deseo decembrino. No se explicaba la causa, puesto que había oído hablar de niños solos, abandonados a las calles.

Otro aspecto importante de cruenta realidad conocida durante la niñez por Mercedes fueron los relatos escuchados en la casa, por los cuales se enteró, muy pequeña, de que sucedían muertes de hombres por manos de otros hombres. En boca de Francisco Linares Alcántara hijo, Presidente entonces del estado Bolívar, oyó relatar el supuesto envenenamiento de su padre. También oyó a una tía contar la muerte de un espaldero del mismo personaje, en el altozano de la iglesia durante una Misa de Gallo. De esa manera la vida fue grabando en la niña drasticidades del convulso entorno, aunque sin agotar su capacidad fantasiosa. Esa dualidad padecida en su infancia, parece que la hubiera empezado a preparar para las duras realidades que tuvo que enfrentar después, aunque siempre con el paliativo de la creación literaria y otros estímulos a su sensibilidad artística. También compensaba los obligados reposos infantiles y lo desagradable de los tratamientos con la evasión en sueños en los que reunía príncipes y hadas con genios y héroes y colocaba su propio rostro a los personajes femeninos.

La niña advirtió muy temprano que existían diferencias sociales entre las personas. Le valieron para el descubrimiento, su amistad con Rosa, una vieja y muy leída doméstica de los vecinos Aristeiguieta, quien por las noches le hablaba de la historia universal, pero a la que le prohibieron seguir frecuentando porque amigas de la familia les advirtieron de la inconveniencia para la pequeña de oír esos relatos y recomendaron el trato sólo con sus iguales. A ésa se añadió otra prohi-

bición de no tratar más a una amiga de más edad que la acompañaba a la escuela, porque un día se le ocurrió preguntarle si era hija natural o legítima. Conversaciones de ese tipo eran consideradas impropias para la corta edad de la niña, por la prejuiciosa sociedad bolivarenses dentro de la cual ella nació y creció. Para su sensibilidad afectiva esas separaciones se le revertían en sufrimientos.

Hay episodios de infancia reveladores de la natural inclinación de Mercedes por la defensa del débil. Desde la ventana de la casa mostró una vez, con bravura, los puños pequeñitos a los policías que llegaron a llevarse a los muchachos de una pandilla que jugaban metras en la calle y arrancaban nidos de las ramas, entre los cuales estaba siempre el primo José, su compañero de juegos. Al constatar la inutilidad del rabioso gesto, lloró de impotencia. En el corral de la casa había, con frecuencia, riñas de gallos por la posesión del gallinero. Sucedían, generalmente, a la llegada de algún gallo joven, de luciente plumaje, que se armaba en ataque al gallo autóctono. Mientras los dos estaban en violento choque de cuerpos, Mercedes, al mismo tiempo que presenciaba la riña desde el corredor, se solidarizaba con el gallo más débil. Tempranos indicios de la futura luchadora por la justicia social.

El espectáculo de la recluta fue siempre motivo de malestar interior para la pequeña, que, según propio testimonio, contribuyó al sentimiento de rebeldía que le iba despertando. El obligado éxodo desde el campo de hombres mayores y de algunos jóvenes, seguidos por miserables mujeres, todos con rostros de sorprendida angustia por el desconcierto ante sus destinos –que era el de formar parte de las tropas que irían a combatir a la frontera con Colombia– e impedidos para una negativa, despertaba en la niña el deseo de hacer algo para aliviar el dolor de esas gentes: *Era mi pueblo. Siempre me he dolido con su dolor y apenas he tenido tiempo de alegrarme con su alegría. ¿Cuándo ha sido feliz el pueblo venezolano?*, asentó a propósito de ese recuerdo de infancia en sus páginas autobiográficas.

A la muerte de la anciana tía Luisita, hermana del abuelo, la siguieron las inesperadas desapariciones de las hermanas Cecilia y María Cristina. El luto se instaló en el hogar y la niña tuvo que vestir ropa oscura, que al principio le produjo la satisfacción gregaria, que algunas amigas habían experimentado antes.

Nadie mejor que la Lucila Palacios posterior para sintetizar la importancia de la niñez en su vida adulta:

Infancia rica en sensaciones, en emoción, en el examen de los sucesos reales e imaginarios, en la contemplación de todo lo que merodeaba con su hermosura y su fealdad, contradictoria en muchos aspectos y al mismo tiempo tan decisiva para mi porvenir.

Escasa educación formal

Como era costumbre todavía en las primeras décadas del siglo XX, a las niñas se les proporcionaba el primer aprendizaje de lectura y escritura dentro del hogar, impartido por familiares o maestros a domicilio. Una tía se encargó de enseñarle a Mercedes las primeras letras. En la casa también recibió clases de piano, y a los 12 años, aprendió a manejar los colores. Comenzó los primeros estudios formales en la Escuela de Calín Dallacosta, en Ciudad Bolívar, y los continuó en el Colegio de María de las Nieves Machado de Guevara, una de las primeras mujeres con grado de normalista en Venezuela. Como en la segunda década del siglo XX no existían programas comunes impuestos y controlados por el Ministerio de Educación, cada instituto educativo trabajaba de acuerdo a su propio proyecto. El de esa ilustre educadora que le tocó en suerte a Mercedes no imponía la memorización de los conocimientos, tan generalizada, sino les señalaba a las alumnas los fragmentos más importantes de un tema y ellas después, en clase, exponían sus criterios. Estudiaban muchas materias, incluidas Mitología y Pedagogía. Contaban con excelentes profesores: Miguel Palacios, J. M. Mendoza Briceño, Guillermo Villalobos, y reconocidos educadores nacionales, como Ángel Fuenmayor y Miguel Ángel Granados, pasaron por esas aulas.

El infortunio de orden político frustró, primero, las aspiraciones de padre e hija sobre los futuros estudios académicos de ella. Estaba previsto que en la casa del tío Félix Montes, viviría Mercedes cuando necesitara trasladarse a Caracas para continuar estudios en el Colegio “San José de Tarbes”, escogido por el padre para que junto a la enseñanza de las materias recibiera la del idioma francés, y posteriormente, a la Universidad Central a cursar estudios de Ciencias Políticas y Sociales. Pero ese tío, en 1913, tuvo que autoexiliarse, por segunda vez, en Cura-

zao, para no caer preso, por haber sido candidateado a Presidente de la República en una engañosa apertura electoral anunciada por Juan Vicente Gómez. En consecuencia, ¡adiós estudios superiores! ¡adiós vida en la ciudad capital! Sólo le quedaban a Mercedes, para la continuidad de su formación intelectual, la biblioteca del abuelo y lo que el medio bolivarense pudiera proveerle como pábulo a sus aspiraciones. Lucila relata en sus páginas autobiográficas cómo se iba acortando la anterior distancia con los conocimientos acumulados en los libros puesto que, poco a poco, los iba leyendo: *Leía de todo, lo bueno y lo malo, autores de renombre, autores mediocres, autores sin calidad alguna*. Le despertaron interés los escritores del Siglo de Oro español. Ella cita entre otros a Fernández de Moratín, Martínez de la Rosa, Hermosilla, Calderón de la Barca, la Biblia de Scio y el Quijote.

Una distinta oportunidad de estudios se le presentó ofrecida por la prima hermana de su mamá, Hercilia Montes de Bayer, casada con un alemán. Ella hizo a la familia la propuesta de llevarse a la niña para Alemania a seguir su preparación. Mientras la pequeña se emocionaba con la idea de conocer la ciudad de Brujas, con sus encajes y canales: a Venecia, la de los Dux; a París, con los D'Armagnac; al río Rhin, los padres sentían temor por un posible arraigo de la hija en tierra europea y el desprendimiento de la familia y la tierra venezolana, y no permitieron el viaje. De nuevo ¡adiós posibilidad de estudios superiores y de conocer los lugares contemplados en las páginas de los libros! Con los ojos humedecidos por las añoranzas rotas, Mercedes vio partir el barco que trasladaría a los Montes-Bayer a Trinidad, para allí embarcar en el trasatlántico que los conduciría finalmente a Europa...sin ella. Menos mal tenía al frente el Orinoco, más grandioso que el Rhin.

Por lo demás, en el caso de Mercedes, las enseñanzas paralelas que recibía en el medio familiar y en el de Ciudad Bolívar le iban enriqueciendo su formación humana e intelectual y su sensibilidad artística. El "papá Ramón" la llevaba al teatro y al cine, sin mucha aceptación de la familia. Como consecuencia de ser espectadora de comedias y zarzuelas, presentadas por compañías que con alguna frecuencia pasaban por la ciudad, se aprendía y cantaba fragmentos de canciones de *La viuda alegre*, *El Conde de Luxemburgo*, *La gatita blanca* y otras, a las que después convertía en temas de juegos teatrales, donde ella era

siempre la primera actriz. Completaba el elenco con las hermanas, con niñas del vecindario y una doméstica aficionada al teatro. La distracción alarmaba a las mujeres de la casa, quienes sostenían el criterio de que *los cómicos no son respetables*. Por esa razón cuando la niña quiso conocer a Cachón, la primera actriz de una obra infantil, el “papá Ramón” la llevó a escondidas de la familia. Él también la invitaba los domingos a la función de matiné del Teatro Bolívar.

La revelación de la poesía se la proporcionó el ambiente artístico bolivarenses cuando sólo contaba ocho años, durante una Velada Literaria ofrecida en el teatro de la ciudad, rebotado de gente trajeada de gala por la celebración centenaria del 19 de abril de 1810. Quedó impactada por el derroche de luz y de colores de los trajes y accesorios de las damas, más el blanco y negro de los trajes masculinos; aunque más impactada quedó con los poemas recitados por la adolescente Elena Aristeguieta Guerra, poemas de Ramón Luigi y J. M. Agosto Méndez, quienes, ante la multitudinaria ovación, fueron llamados al escenario. La fascinación que le produjo el recital indujo a la niña a preguntar a “papá Ramón” ¿qué era eso tan lindo que había oído? Y, como respuesta, él le dio una pequeña explicación acerca de la poesía y los versos, la función de las consonantes y las asonantes, la cual ella entendió y se propuso aplicar mentalmente en versos de su invención sobre todo lo que la rodeaba. Cuando aprendió a escribir compuso su primera estrofa dedicada a su gato Murrungo:

*Yo tengo un Murrunguito
que busca en los rincones
que sale corriendito
y caza los ratones.*

Continuó escribiendo cuartetos y además semblanzas de los familiares más cercanos, a quienes les causaban gracia esas ocurrencias de la pequeña.

Duraderas enseñanzas del padre

El drama para Timoteo Carvajal de que el segundo hijo varón sobreviviera sólo unos pocos años –el primero había muerto al nacer–, y

ante la condición de Mercedes como hija mayor, lo decidieron a un mayor acercamiento a ella. La observancia complaciente de la inclinación de la niña por los libros y la escritura, de su sensibilidad y despierta imaginación, lo condujeron a estimularle esas condiciones hacia la realización, aun a sabiendas de que ninguna actividad no hogareña sería considerada conveniente para la mujer en la sociedad bolivarenses y en la venezolana de entonces. Lucila, en su recuerdo oral y escrito, reconoció con insistencia que el padre, para fortuna suya, había poseído una mentalidad adelantada a su tiempo. Él decidió poner en práctica sus ideas renovadoras en la formación de las hijas, y sobre todo en la de la mayor, dada su actitud receptiva. En medio de los diálogos que ambos sostenían frecuentemente, él intercalaba consejos que fueron influyendo en el fortalecimiento de la personalidad de Mercedes: *—Cuando crezcas tienes que decidir tu vida. Y no vaciles, sigue tu vocación, son palabras que ella recordaba sin cesar.*

A la madre la preocupaban esos liberales consejos inculcados en la hija hembra, pues ella sólo concebía para la mujer el preestablecido destino del matrimonio y el hogar. En consecuencia, era mucha la inquietud y frecuentes los reproches que, en ese sentido, hacía al esposo, en resguardo, según su criterio, de que esas enseñanzas paternas no hicieran de la hija una mujer en desacuerdo con el medio social del país y de la región. Una vez llegó a exclamar: *Las mujeres que se ocupan de esas cosas se desacreditan.* A lo que el esposo, después de meditar y delante de la niña, atemorizada por sentirse causante de un conflicto familiar, le contestó: *—Si ella realiza sus aspiraciones, ¡no importa que se desacredite!* Mercedes, con perspicacia, se iba adheriendo silenciosamente a los progresistas principios del padre.

Cuando adulta, convertida en luchadora por los principios democráticos de los ciudadanos, con énfasis en los derechos de la mujer, ella apuntalaba su posición en el principio de igualdad de los géneros que el padre le había transmitido. Hay una frase que la dirigente solía repetir, se la oímos varias veces en elogio de su padre, la cual ella también le había escuchado, en su casa bolivarenses, al historiador guayanés Bartolomé Tavera Acosta, integrante de un grupo de amigos que acostumbraban reunirse con don Timoteo: *las mujeres deben tener los mismos derechos que los hombres.*

Siendo niña escuchaba a hurtadillas e iba memorizando ideas que continuamente el padre exponía sobre la conveniente gobernabilidad de la República por parte de los hombres civiles más preparados: *ya la espada debía ceder el paso a las ideas*. Y como sorprendiera en la hija un atento asombro, le pasaba la mano por la cabeza diciéndole: *-Yo no lo veré. Eso será cuestión de largos años, pero usted, hijita, sí podrá verlo. Y no deje de cumplir con su obligación cuando llegue el momento*. Era una de las tantas lecciones que el padre repetía con el añadido de que la mujer debía incorporarse a la evolución de Venezuela y del mundo. Más tarde ella comprendió que él insistía en esas ideas con la intención de que influyeran en su formación para el civilismo, la defensa de los derechos ciudadanos de todos y de los femeninos. Lección bien aprendida y puesta en práctica por la hija en medida que quizás el padre no llegó a suponer.

Otras enseñanzas del progenitor cooperaron en la estructuración de la personalidad de Mercedes: el temple con el que siempre afrontó las vicisitudes y la indoblegable defensa de la verdad y la justicia. A propósito, ella destacó en sus *páginas autobiográficas* dos consejos recibidos de él: *Procura no perder nunca la serenidad. En las situaciones difíciles hay que tener sangre fría*, le dijo una vez cuando pequeña huyó despavorida de la iglesia a la casa, ante el terror que le produjo una tempestad. *Procura que tus enemigos no tengan nunca la razón. Ponte al lado de la justicia y podrás lograrlo*. Otro consejo del padre que siempre tuvo presente.

En las conversaciones del padre siempre salía a relucir su gran admiración por el culto a la amistad que profesaban los griegos e insistía en la lealtad como su más íntima confesión de fe.

Y ¿quién puede negar que aquél enhiesto rostro, de penetrante mirada, del abuelo Ramón Isidro Montes, a quien Mercedes no llegó a conocer, pero quien siempre la acompañó desde el retrato de ovalado marco, y a quien ella contemplaba con el amor de la consaguinidad y la admiración por su obra de bien colectivo y su sabiduría, influyó también y permanentemente en las manifestaciones de su recia personalidad y vocación de servicio? Cuando en 1981 pronunció el discurso de agradecimiento por haber sido declarada *Hija Ilustre de Ciudad Bolívar*, se definió a sí misma como un *vástago de la ciudad cuyo solo mérito consiste en haber trabajado por la realización de un ideal, pues siempre tuvo*

en su respaldo el ejemplo de uno de sus ascendientes, la cátedra de Ramón Isidro Montes.

Los Montes y los Carvajal

Los dos apellidos, el paterno Carvajal y el materno Montes, provienen de la Península Ibérica. El primero, de España, y de Portugal, el segundo. En términos de distinción e influencia en Mercedes Carvajal Montes, los Carvajal fueron esencialmente políticos y los Montes, intelectuales y escritores.

El primer Montes llegado a Guayana era de Caracas, el General Juan Montes, ascendido al grado por el Presidente Juan Crisóstomo Falcón. En la época de las guerras de Independencia fue médico y cirujano del Ejército Libertador y en esa función llegó a Angostura. Tenía decidido continuar a la Campaña de Nueva Granada, pero se quedó en Angostura por solicitud de la Municipalidad que necesitaba dotar de médico a la región. Hasta Simón Bolívar intervino para convencerlo de que se quedara y así sucedió. Allí formó familia con Julia Salas, una dama judía. Su hijo Juan Montes Salas fundó la *Botica Boliviana* y procreó una generación de hombres ilustres. El de más renombre y trascendencia fue Ramón Isidro Montes, gran personalidad como humanista y educador. Ejerció el derecho y escribió libros jurídicos, de educación y literarios. Fue docente con adelantados principios y métodos de estudio ideados por él y puestos en práctica con sus alumnos, a quienes enseñaba no sólo las materias de estudio sino también modales, conservación natural, deportes, cultura estética. Se empeñó en conseguir categoría de educación superior para el Colegio Nacional de Guayana hasta que lo logró con el Presidente Guzmán Blanco y fue Rector del mismo en varias oportunidades. Otro hijo, Ramón Jesús, fue profesor universitario y Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de la Historia. Y otro, Merced Ramón, formó parte de un gobierno local provisorio.

La rama Montes Vidal: Isabel, Josefa Inés, Belén y Rafael María (Totó) descendían del Capitán Bibiano Vidal, perteneciente a una de las familias fundadoras de Angostura, quien militó en la caballería de Manuel Piar y fue Gobernador de la Provincia de Guayana en varias oportunidades. Peleó en San Félix y se dice que cargó a Bolívar sobre sus

hombres después de sacarlo del estero de Casacoima. Dentro del marco de las celebraciones del Bicentenario de Ciudad Bolívar, en 1964, Isabelita, a quien Manuel Alfredo Rodríguez calificó de *hermosa* mestiza, fue proclamada Reina de la Calle Boyacá y al poco tiempo murió.

Los Calderón acostumbraban casarse entre ellos mismos y su parentela: Calderón, Rodil, Heres, La Grave, Vallenilla y otros de la misma procedencia genealógica. A Clarisa Calderón le habían escogido un primo, pero ella, mujer de carácter, se reveló al conocer a Ramón Isidro Montes. Para evitar la unión la enviaron a vivir en Puerto de Nutrias y Barinas, pero los novios se siguieron intercambiando cartas hasta acordar la fecha de matrimonio por poder. De esa pareja nació Luisa Josefina Montes Calderón, la madre de Mercedes Carvajal Montes, después Lucila Palacios. También: Nieves, Dolores, Clarisa y María, quienes se educaron en internados donde aprendieron idiomas, pintura, bordado y algo de música. Los hombres fueron: Félix Montes, jurista, catedrático de la Universidad Central, candidato a la Presidencia de la República en 1913 y por esa causa exiliado en Curazao hasta 1935; y Ramón Montes, poeta.

De los Carvajal también se sabe que un ascendiente llamado Ramón Antonio Carvajal descendía de Don Cristóbal Cohen y Carvajal y que los Carvajal Rojas eran primos de Felipe Guevara Rojas, Ministro de Educación y Rector de la Universidad Central. Como en su mayoría eran políticos, a Domingo Antonio Carvajal, en 1907, Cipriano Castro lo nombró Gobernador de Caracas en sustitución del militar Mata Illas, asesinado por Eustoquio Gómez en un altercado de bar. Pero Carvajal duró sólo dos días en la Gobernación porque murió de un infarto fulminante y fue sustituido por Carnevali Monreal. Entonces hizo su aparición la copla anónima:

*Mataron a Mata Illas
y se murió Carvajal.
Y tenemos en capilla
A Carnevali Monreal.*

El padre de Mercedes, Timoteo Carvajal, era general y partidario de Cipriano Castro. Cuando Juan Vicente Gómez se alzó con el poder, el

General Carvajal, atendido al principio de *no tengo temperamento de traidor*, se apartó de la política por el resto de sus días.

Al apellido Carvajal se le atribuía la connotación de hombres corajudos, en el sentido de mantener conductas firmes y enfrentar las consecuencias. La hija mayor recordaba cómo el padre se complacía en relatar anécdotas de la familia que ilustraran dicho comportamiento. Ella recordó una de un anciano general de la familia que siempre estaba de malas con los gobiernos y en una ocasión tuvo que ir a un cuartel y al oír el apellido uno de los oficiales exclamó:

—¿Carvajal? Mal apellido. Y el pariente respondió:

—¿Carvajal? Apellido de valientes. Y se retiró sin hacer la gestión.

En sus páginas autobiográficas la escritora describió lo que en familia llamaban *la carvajalera*, un ofuscamiento hasta perder el control de sí mismo, que ella sufrió cuando niña, pero al crecer:

Comprendí de pronto que era necesario autoeducarme, me lo exigía la vida y mi condición femenina. Y poco a poco fui domando aquella agresiva personalidad. Adquirí el aspecto manso que me ha caracterizado siempre y que ha dado lugar a confusiones: se ha creído que soy una mujer débil y sin carácter. Pero la otra personalidad, la original, la primitiva, la auténtica, tal vez ha permanecido en el fondo de mi ser, agazapada, pero no vencida. Reaparece, cuando menos lo pienso, y ha sido la que me ha impulsado a adoptar actitudes firmes cuando las circunstancias lo han requerido.

De los Carvajal, Mercedes apenas conoció a dos primos hermanos.

Ciudad Bolívar, ayer

La Ciudad Bolívar en que se formó Mercedes Carvajal, antigua Angostura del Orinoco, era una ciudad aislada del resto del país, frente al imponente río Orinoco. La sola vía fluvial era el transporte para grandes distancias y por la que se cubrían las necesidades de la ciudad. La belleza visual de la eterna y misteriosa fluencia de las aguas de cambiante colorido, según la iluminen el sol o la luna, era entretenimiento favorito que mantenía durante horas a la niña en estado de contemplación desde la azotea de la casa.

Durante el gomecismo Venezuela era una suma de poblados en aislamiento. No tenía carreteras sino caminos que se volvían intransitables durante la estación lluviosa. Y en muchos lugares, ni siquiera caminos sino trochas abiertas por la mano del hombre en el esfuerzo impuesto por la necesidad de trasladarse a lugares cercanos. Arribar a Ciudad Bolívar por tierra implicaba, todavía en la cuarta década del siglo XX, atravesar largos trechos de tierra rojiza, pernoctando en hatos y caseríos, para continuar el viaje, a caballo o en carro, e ir adquiriendo apariencia de piel prehistórica por la acumulación de tierra.

La vía lacustre permitía una más fácil y corta comunicación con la Isla de Trinidad que con los puertos nacionales. Dos veces por semana una flotilla de vapores llegaban cargados de mercancías y de gentes y salían con cargas similares. Sobre las aguas del río circulaban constantemente chalanas y otras embarcaciones menores para traslados más cercanos. La posibilidad de viajar facilitaba la frecuente llegada a Guayana de españoles, ingleses, franceses y de otras nacionalidades en busca de trabajo en las minas auríferas y de diamantes, sobre todo, y en otras explotaciones de productos autóctonos. Esos distintos aportes europeos justifican la variedad de apellidos de las familias de la ciudad: Siegert, apellido del inventor del Amargo de Angostura, Saluzzo, Palazzi, Lagrave, Carvajal, Montes, Shuterland, Aristeguieta, Grillet, Wenzel, son sólo algunos. La reunión de tan variadas ascendencias le dio a Ciudad Bolívar una cultura de peculiar mestizaje y un distintivo cosmopolita, sólo parangonable con Maracaibo, otra ciudad aislada geográficamente que abastecía sus necesidades materiales en el comercio con las islas cercanas y en lucha por el afianzamiento de una cultura propia.

La leyenda y la superstición se unieron a la naturaleza en distintos lugares de la geografía bolivarenses. El cerro o fortaleza de El zamuro, el cerro La Esperanza, que a partir de mayo lo tornaban variopinto las florescencias y el olor de sus malabares inundaba la ciudad; la Piedra del Medio y la Laja de la Zapoara, inseparable de la leyenda de *el que come zapoara se casa con guayanesa*, nacida del hecho de que los de afuera se casaban más que los nativos. O también: *el que come zapoara se queda en tierra guayanesa*. La costumbre era –y es– llevar a los forasteros, en mayo, a presenciar la caza del pez: pescadores aferrados a la lustro-

sa piedra, con una atarraya en un brazo y una ronda de barcas manio-brando sobre la bravura de las aguas hasta que es desparramada la pesca.

Haber sido lugar de grandes sucesos históricos durante la Conquista y la Independencia, hizo a los bolivarenses orgullosos de su pasado y celosos de los sitios y monumentos que mantienen vivo el recuerdo histórico, como la casa de la celebración del Congreso de Angostura, donde, en 1819, se dio forma a la Gran Colombia. En ella se conserva la tribuna usada por aquellos oradores y los retratos de los próceres están adosados a las paredes del que fue Salón de Sesiones. Entre ellos figuran dos ascendientes de Mercedes Carvajal: el Coronel Diego Vallenilla, Secretario del Congreso, hermano de su tatarabuela Isabel María, y el del General Tomás de Heres, vinculado a parientes maternos. Posteriormente fue colocado un óleo del abuelo Ramón Isidro Montes, como *Padre de la educación en Guayana*. En los contornos de la Plaza Bolívar se encuentra la casa del General Manuel Piar, donde pasó la última noche antes de ser ajusticiado. La devoción de los bolivarenses por los grandes sucesos que tuvieron lugar en su ciudad, según propia confesión en el libro *Lecturas guayanesas*, sustentaron la vocación del historiador Manuel Alfredo Rodríguez, el mayor historiador y cronista que ha dado Ciudad Bolívar en los últimos tiempos.

Varias casas y una esquina conservan el misterio derivado de sucesos insólitos y siniestros. La Casa de los Machado, donde se celebró una suntuosa fiesta, la cual abandonó el Comandante Castrillo Cortés ante la noticia de un motín en su contra en el cuartel que comandaba, y cuando, valientemente, lo enfrentó, los insurgentes le dieron muerte. La Casa de los Fantasmas, cuya propalada superstición hacía huir a los posibles inquilinos, y cuando alguno se atrevió a burlarla, tuvo que confirmar la creencia de la aparición de muertos en su interior. La casa de los Montes Vidal, en contrapeso, era un reservorio de la mejor historia de la ciudad. Después de servir de hogar a varias generaciones de la familia y de sede educativa, se estableció en ella el primer Museo Histórico de Ciudad Bolívar, antes de que cumpliera el, hasta ahora, último destino de biblioteca pública. La *esquina del Catorce* o *La Catorcera* es nombre tenebroso por ser el lugar de una refriega política con mucho derramamiento de sangre, acontecida el 4 de febrero de 1885.

El barrio popular más afamado era Perro Seco, única referencia de sucesos violentos, porque Ciudad Bolívar siempre fue una ciudad pacífica, por lo que entre los bolivarenses corría la idea de que en Venezuela *el pueblo no mataba sino el gobierno*. Cualquier hecho cruento con otro origen *era* sentido como extraordinario y estremecía a la población. Sin embargo, los bolivarenses también solían tener comportamientos enérgicos en circunstancias que los demandaran. Las manifestaciones de poder exteriorizadas guapetonamente por Vicencio Pérez Soto, al no más llegar como Gobernador del Estado, provocaron repudio en la población, y cuando ofreció un baile a la sociedad local, las mujeres decidieron masivamente no asistir, y fue tan efectiva la protesta que hizo cambiar de actitud al gobernante.

La ciudad también tenía sus personajes populares, tan inseparables de ella como el resto de los habitantes. La inofensiva loca Melitona, encarnación de la Penélope griega, tejía y destejía su traje de novia, a la espera del novio que había muerto y por el que enloqueció. Margarito recorría sin rumbo las calles portando un inmenso bojote a la espalda, y otros cuantos locos más. La gente hablaba con familiaridad de los fantasmas. Federico, según creencia en el llano, se aparecía cada vez que sucedía algo extraordinario, y los bolivarenses exclamaban: *¡Allá va Federico!*, sin temor alguno. Lucila más tarde volvió motivo de episodios radiales a éstos y otros personajes del pasado de la ciudad.

Una de las pocas ciudades cultas del país era Ciudad Bolívar. Disponía de imprenta desde el siglo XIX, por lo que para las primeras décadas del siglo XX contaba con una tradición de prensa, cuya relevancia la había tenido, en la época de independencia, el famoso *El Correo del Orinoco*, al servicio de la causa patriótica. El diario *El Luchador* fue fundado en 1905 y aún está en actividad. En una columna de la primera página era publicada la gestión de Lucila en el Congreso. También circulaban *La Voz del Orinoco* y las revistas *Guayana lírica* y *El Correo de Guayana*. *Oriflama* fue una revista del Centro de Estudiantes que circuló los dos años inmediatos a la rebelión estudiantil de 1928 contra el tirano Gómez, y sirvió de vocero de inquietudes cívicas e intelectuales del momento, aunque con cambiantes posiciones políticas. Otra revista, *Alondra*, acogió en sus páginas las primeras creaciones de es-

critores, como Luz Machado, destacados después nacionalmente. Había profesionales de distintas especialidades, muchos egresados de la universidad local, y la ciudad era sede de instituciones profesionales y culturales que publicaban sus respectivos órganos de prensa, como *Gaceta médica*, *Gaceta eclesiástica*, *Guayana espíritu y otros*. Funcionaba una escuela de canto y música para niñas y otras de pintura. Había una orquesta y un coro. Al Teatro “Bolívar” asistía con frecuencia la sociedad a presenciar conciertos, recitales, obras de teatro, veladas literarias. El aislamiento no impidió que a la ciudad llegaran, en época de la primera post-guerra mundial, ciertos aires vanguardistas que, aunque no fueron una influencia determinante, tampoco dejó ayuna a la intelectualidad local de su existencia. En 1923 se celebraron unos Juegos Florales en cuyo concurso literario fue premiado el cuento *La mamá X* de una –aún– desconocida Teresa de la Parra. La ciudad tenía clubes para reuniones de la sociedad, la que también acostumbraba asistir al Teatro “Bolívar”, al “Cine Mundial” y al “Nuevo Cine” a presenciar películas silentes como *La rosa deshojada* o *El halcón del mar*. Ciudad Bolívar, dentro del atraso gomecista, contó con todo lo mejor a que podía aspirar una ciudad venezolana de la época.

Al frente, el Orinoco

Frente al soberbio Orinoco, a la majestuosidad de su caudal, en la constante contemplación de las aguas cuyo colorido se va difuminando en el temblor de lejanía, fue creciendo Mercedes. Arrobadada por los mismos colores que, en proceso de internación, Jesús Soto convirtió en sus incomparables móviles. Frente a esa misteriosa inmensidad que incita a imaginar lo desconocido e instiga el ansia de viajar, viendo embarcaciones de distintos tamaños que continuamente anclaban y partían, a las que ella abordaba cada vez que salía de Ciudad Bolívar, antes de que el avión fuera otra alternativa de viaje y se hubiera construido el puente sobre el río, transcurrieron su infancia y juventud. La ineludible visión de esa inmensidad fluvial con impredecible horizonte, adhirió para siempre en Mercedes la presencia del Orinoco al recuerdo de su ciudad de origen. Ambos resurgieron unidos en la memoria escrita del regreso del primer viaje a Caracas:

Retorno a Ciudad Bolívar. Vuelvo a la contemplación de mi ciudad de piedra. Encuentro más ancho el río, más claro y amplio el horizonte. El Orinoco se abre como un camino sin término, con muchas interrogaciones. Al menos así lo he visto siempre, en mi amor por el gran río.

Contrariamente a la leyenda del origen del río, en la que la voluntad divina le asignó unas márgenes poderosas para que en ellas fuera domada la furia de las aguas, su frecuente comportamiento siempre ha producido tempestades e inundaciones. A Mercedes, por las experiencias vividas, la amedrentaban los fenómenos naturales del agua, el viento y la tempestad. Los tres se juntaban en su recuerdo de horror infantil ocasionado por las tempestades bolivarenses. Todo comenzaba con una sucesión de relámpagos y truenos, ascensos de remolinos de tierra y hojas, nubes en rápido desplazamiento, ladridos de animales, y concluía con el viento en paso veloz derribando árboles, desplazando cornisas y balcones de las casas, sembrando miedo entre los habitantes de Ciudad Bolívar por las inimaginables consecuencias. Mucho más cuando oía historias de hechos sucedidos anteriormente, como la del rayo que mató al campanero en la propia torre de la catedral. Ella misma fue presa de terror la vez que estaba en lo alto del coro de la iglesia con su tía Nieves y se desató una tempestad. No tuvo otra ocurrencia que aprovechar un movimiento de la puerta de entrada que pendía de una sola bisagra, para huir en carrera, en medio de la lluvia, tiritando de frío, hasta llegar a la casa, perseguida por la tía, reteniendo aún en sus pupilas el aspecto fantástico que adquirieron la ciudad y el río iluminados por los relámpagos.

Por el Orinoco veía llegar a los trabajadores "rionegreros" en la época del regreso de Río Negro, en el Amazonas, vestidos de blanco con sombreros alones de paja y derramaban sus cargamentos de oro, balatá, sarrapia y caucho, concitando una algarabía de regocijo colectivo. Era por el Orinoco por donde se iban las noticias de la ciudad y la selva hacia otras latitudes y por donde llegaban a la capital las de lugares cercanos y distantes.

Para la dirigente social ese río del mágico recuerdo fue igualmente preocupación por los estragos consecuentes de la falta de atención adecuada. Con frecuencia exponía que el Orinoco en vez de ser azote en

época de invierno para personas, siembras y ganados, y un peligro para la navegación en verano, cuando se varan las embarcaciones, los gobiernos deberían ofrecerle seguridad a éstas convirtiendo el río en vía segura para la comercialización interna y de los productos autóctonos hacia el exterior. En artículos de prensa publicados en varias oportunidades recordó a las autoridades el deber de incluir en los planes de gobierno la atención al variado comportamiento del río, de acuerdo con las dos estaciones del año. Denunciaba el error cometido con la construcción del dique que interrumpió la expansión de las aguas hacia La Laguna. Ella, en su afán de contribuir a buscar soluciones a la tragedia anual de las inundaciones en su región, se preguntaba y preguntaba si la canalización del río sería la solución, con un moderno plan de urbanización que permitiera a la población desalojar las márgenes del río.

La selva de Guayana en el sur

La selva de Guayana fue el entorno geográfico de más escasa vivencia en la formación de Mercedes Carvajal. Es de suponer que su atenta curiosidad le estimularía el deseo de conocimiento del interior de la Guayana, ubicada al sur del territorio estatal, después de varias poblaciones. La imposible, para ella, accesibilidad al lugar, por pertenecer a dos familias con ocupaciones políticas e intelectuales, se le había convertido en quimera. Penetrar la selva era obra de hombres con espíritu de aventura y el coraje suficiente para enfrentar el peligroso azar geográfico de ciénagas, lagunas, tormentosas cascadas, que se presentaban al paso y era necesario sortear para seguir adelante. Además, una nutrida vegetación que alberga plantas venenosas; fieras dispuestas al zarpazo, animales autóctonos causantes de picadas malignas, sin descartar el peligro humano por parte de hombres preparados para el ataque en defensa propia o por la codicia ante el hallazgo de una mina aurífera o de piedras preciosas. Pábulo de esa curiosidad tocada de misterio era, para Mercedes, escuchar anécdotas de o sobre los hombres que se habían internado en la Guayana, primero, y posteriormente, las lecturas de quienes habían escrito testimonios y ficciones del lugar, como *Leyendas del Caroní*, de Celestino Peraza, un explorador avezado en la violencia presenciada y ejercida; o la novela *Canaima*, de Rómulo Gallegos, cuyo alto valor estético aunado a la veraz captación

de la geografía, determinante en la vida del hombre que la habita, representó para ella el paradigma de una estética de la selva.

Como la mayoría de los viajes hechos por Mercedes Carvajal o Lucila Palacios durante su vida fueron en función de su trabajo cultural o político, a finales de la tercera década del siglo XX la iniciativa de la "Casa del Estudiante", concebida y organizada por un grupo de bolivarenses en la población de El Palmar, la llevó allá para testimoniarles su apoyo. A la vez, el viaje le permitió incursionar en la selva, especialmente cuando de El Palmar siguió hacia el pueblo de El Callao, pórtico de la selva mayor. La llegada le sació la sed de conocimiento de ese misterioso y legendario trozo de geografía, del que le sorprendió la contradicción entre el oro como mercancía propia del lugar y el aspecto físico de ruina. Al entrar en contacto con los habitantes comprendió que lo común entre los mineros es la prioridad concedida a la aventura exploratoria en busca del oro, y no el oro mismo como riqueza que pueda servir de apoyo al desenvolvimiento de una vida distinta. Entonces advirtió la factibilidad de historias, a veces insólitas, oídas en Ciudad Bolívar, sobre hombres enriquecidos y prontamente arruinados y de otros regresados al estado primitivo. Tal el caso de Pedro, el protagonista del cuento *Desatemos el nudo*, un ciudadano que se fue de minero a la selva y continuamente le enviaba oro a la esposa junto al ofrecimiento de regreso, pero la selva lo atrapó en su primitivismo y ella sólo lo pudo ver de nuevo cuando lo trasladaron, enfermo, a Tumeremo, donde decidió renunciar a él en consideración a los seis hijos que vivían en pobreza, procreados con una india.

El trayecto hacia El Callao fue una mejor oportunidad de constatar los atractivos y peligros de la selva. Mientras el grupo se desplazaba tropezaron con un incendio, impresionante por la destrucción de inmensos árboles, el crepitar devastador y las llamaradas en extensión. Fue necesario abrir una trocha en un tronco carbonizado para poder continuar el viaje. Más adelante, una cortina vertical de hilos de gusanos sujetos unos a otros, desprendida desde lo alto hasta el suelo, cubrió espacio y carro durante leguas y horas. Y como para que ella no regresara a la ciudad sin constatar los peligros animales, una araña mona, para alarma de todos, apareció de pronto cerca de sus pies, en la casa del amigo que había organizado una reunión en su honor. El

rugido de leones que había acompañado la entrada a El Callao tomó corporeidad con la presencia de un felino en el hotel donde se alojaba.

El infaltable cuaderno de notas se iba engrosando con las impresiones sobre trayectos y llegadas. Notas a las que, en la siguiente década, en otra visita con motivo político a El Palmar, les añadió aspectos humanos presenciados, que ingresaron a la novela *Cubil*, la cual estaba escribiendo y fue editada en 1951. La escritora reveló que el título se le había ocurrido por la impresión del lugar como *un cubil encubierto por aquella selva donde las fieras refugiaban su instinto salvaje, y los hombres en la búsqueda del metal precioso, adquirían, a veces, las características de las fieras*. Una novela de cuatro personajes primitivos, sin conocimiento de otro medio ambiente distinto a la selva, cuya historia vivida en común no podía tener otro desenlace que la violencia más cruel, en la que Eustasia, la protagonista, es víctima y a la vez victimaria. De esa manera la novelista denunció la carencia de valores humanos cuando los hombres y mujeres son abandonados a vivir, como los animales, con los instintos desatados en medio de la naturaleza salvaje. Pero Lucila también transformó en metáfora la magia selvática en *La gran serpiente* y, para transmitirla a los niños, creó los espectáculos escénicos: *Orquídeas azules* y *Cuento en las riberas del Yuruary*.

La relación establecida por Mercedes Carvajal con las gentes de El Callao no se estancó en el conocimiento inicial. Pasó al plano social y político, como cuando fue destinataria de un telegrama enviado por los obreros trabajadores de las compañías auríferas de la región, en enero de 1936, para informarle que estaban en huelga por reivindicaciones laborales y solicitaban su apoyo. Ella enseguida expuso el problema al Presidente del Estado, quien sugirió el nombramiento de delegados para que se reunieran con representantes oficiales, y ella, el mismo día le notificó la decisión a los de El Callao, aunque pronto fue informada por el propio Presidente que la huelga había cesado. Luego Lucila se alarmó al saber que los dos abogados de los obreros durante la huelga habían sido detenidos por orden emanada de Caracas, con acusación de comunistas, que era la peor acusación en el momento para un ciudadano. Dicha orden era muestra de perduración de los métodos dictatoriales. Hubo indignación y protestas en la ciudad y ella se vio envuelta en la agitación popular. Decidió

hablar de nuevo con el Presidente Machado Díaz para sugerirle la conveniencia de que él dialogara con los detenidos e informara la verdad de los hechos al gobierno nacional. La dirigente no descansaba cuando tenía entre sus manos un problema social por el que debía responder. La recompensa por sus empeñosos esfuerzos en beneficio de las comunidades y sin interés personal, por su desapego a toda demagogia, la recibió siempre en confianzas depositadas en ella por distintos sectores populares. Ella se sentía al servicio de todos, sin distinguiendo jerárquicos de ninguna especie.

Adolescencia con alegría e impactantes sucesos

Entre el inevitable ambiente opresivo de la dictadura gomecista y la repercusión en limitaciones vividas por la gente en su cotidianidad con la Primera Guerra Mundial como fondo, más la estrechez económica de la familia por la creciente merma en los negocios agropecuarios del padre, para Mercedes iba quedando atrás la niñez con sus limitaciones y tristezas, que se fueron transformando en alegrías de adolescencia. La salud recuperada le permitía incorporarse a actividades propias de la edad. Sentía la vida en el preámbulo de la adultez, sin nostalgia y con un cúmulo de sensaciones y esperanzas que la mantenían en constante sensación de plenitud y sueños de libertad. No en balde en una entrevista concedida a los 84 años respondió que quizás su única nostalgia era la de los 14 años. Con doña Carmelita Siegert de Grossman, *la tía Carmelita*, había aprendido a bailar los *lanceros* y la *cua-drilla*, bailes que ya se iban extinguiendo para dar paso al pasodoble y al foxtrot, pero que le sirvieron de iniciación para practicar su entretenimiento preferido. El piano le servía de gran compañero, a sus notas recurría en las horas de soledad. Como es común en esa etapa de la vida, era coqueta, estaba pendiente de su arreglo personal, de conquistar, sentía complacencia por las frases halagüeñas que le prodigaban. Las amorosas tías se las averiguaban, dentro de los escasos recursos, para proporcionarle vestimenta que pudiera lucir. Tuvo una primera inclinación amorosa por un joven cuya pronta inconsecuencia hirió el amor propio de Mercedes y produjo el distanciamiento. Ella fue, desde siempre, firme en su comportamiento y no admitía conductas imprecisas. El verdadero amor le estaba reservado para poco tiempo después.

Junto a la pasajera afición por el canto que la hizo un día exclamar *¡quiero ser importante!*, cuando su voz había sido elogiada por el músico Carlos Afanador, quien la destacó como solista en el Coro de la Catedral; y a otra, también pasajera, vocación mística, le apareció paralelamente la de escribir, que resultó la atendida con verdadera constancia. Le llegó la hora de las confidencias a la hoja en blanco, como infaltable expansión intimista de las jóvenes en las primeras décadas del siglo XX, a las que ella amontonaba en una gaveta, de la cual su papá tenía conocimiento. Allí reposaban las emociones en descubrimiento, las primeras preguntas existenciales, cuando a las mujeres “de familia” se les enseñaba a ocultar sus sentimientos, sobre todo amorosos, y a no manifestar nunca admiración por ningún hombre, en resguardo del pudor. Ella tendía a la conducta espontánea y sentía entorpecedora esa norma para la manifestación de su personalidad. Sentía que la escritura no le imponía cortapisas a la expresión de sus deseos y sentimientos. Al parecer, fue entonces cuando compuso el vals *Olvido* y en su archivo se conserva el manuscrito de *La magia de Cupido*, un boceto literario-musical en el que sobre una naturaleza idílica la pastora tiene un sueño con hadas y genios y la doncella es herida en el pecho por Cupido. Se sucede una suntuosa fiesta nupcial, pero todo se desvanece cuando concluye el sueño. Algo congruente con la edad de la joven y las influencias recibidas de lecturas.

Una sombradura, sin embargo, oscureció la alegría de la joven: la enfermedad del padre, a quien ella atendió durante todo el proceso de neumonía a tuberculosis laríngea, que le causó la muerte. Fue un duro golpe familiar, pues al vacío protector, ductor y afectivo se sumaba el desamparo económico. Mercedes era apenas una adolescente y la hermana menor era una niña: *aquello era perder un confidente, el depositario de mis quejas, esperanzas y aspiraciones. Después de su muerte sentí, como nunca, la ausencia de su amistad.* Fueron grandes las penurias sufridas en el hogar. Ella dejó asentado cómo hubo días en los que no disponían de dinero para el sustento. Las tías hacían labores caseras que tenían poca demanda. Entonces la tía Clara decidió alquilar las dos habitaciones grandes y así comenzó el entonces acostumbrado negocio de pensión.

Otra indeseable realidad regional aconteció durante los años de apertura a la vida de Mercedes, que sembró horror y malestar en su sensi-

ble espíritu: la sublevación de Tomás Funes en Río Negro, a quien desde entonces se le ha llamado el *Terror de Río Negro*. Fue la noche del 8 de mayo de 1913 cuando éste asesinó al Gobernador Pulido del estado Amazonas, y en los cinco días siguientes a 122 personas con sus familias cada una, incluidos dos hijos del Gobernador y el ultraje a su esposa, que le causó la muerte, y Funes se quedó gobernando el estado durante siete años, período con horripilante historia de muertes durante el cual el número de desaparecidos llegó a 422 en San Fernando de Atabapo, hasta que fue sometido por juicio y fusilado por un Consejo de Guerra nombrado por el guerrillero antigomecista Emilio Arévalo Cedeño. Personaje éste a quien Mercedes admiró siempre por sus hazañas contra Juan Vicente Gómez y en defensa de la libertad, y para quien nunca desperdició oportunidad de hacer justicia a su memoria.

La adolescente vivió la temerosa expectativa que se suscitó en Ciudad Bolívar a causa de aquellos sucesos. Los bolívarenses llegaron a creer que sobre ellos se podría ejercer represalia por la condena a tales sucesos hecha por la prensa local y por el historiador Bartolomé Tavera Acosta, quien, por cierto, estaba casado con una pariente de la abuela de Mercedes. Otro suceso que conmocionó a la ciudad fue el asesinato de Tomás Bello, un hombre pacífico, apreciado por todos, que acababa de emplearse como *Correo del oro* y fue matado por el espaldero que lo acompañaba en el trayecto de El Callao a Ciudad Bolívar, a través de la selva, transportando el oro de las explotaciones, a falta de banco en la región. Y en el ámbito familiar, esos años dejaron el doloroso recuerdo de la súbita e inexplicable muerte, en Costa Rica, de Félix Montes, segundo hijo del tío del mismo nombre, quien vivía refugiado en Curazao.

Desde la niñez y la adolescencia, como venimos viendo, la vida le fue oponiendo a los sueños y aspiraciones de Mercedes, cruentas realidades. Aunque también el gran amor hizo su aparición por los mismos años.

El amor trazó sendero

La llegada a Ciudad Bolívar, en 1914, de un llanero de nombre Carlos Arocha Rodríguez, fue determinante en la escogencia de uno de

los senderos esenciales en la vida de Mercedes Carvajal, como fue la vida familiar constituida. Él se había radicado en la ciudad porque su tío Ramón González fue nombrado Administrador de la Aduana y se lo había llevado a trabajar con él. Cuando Mercedes tenía 12 años Arocha la veía jugar con otras niñas en la plaza Bolívar. Como los amigos le advertían sobre la extrema juventud de la muchacha que le atraía, él les argumentaba que podía llegar otro y quitársela. Ella lo llegó a conocer cuando tuvo 14 años y enseguida se enamoró. Más tarde con- signó la extrañeza sentida porque el forastero, tan pretendido por muchachas más bonitas y atractivas y de mayor edad y experiencia, se hubiera fijado en ella; pero como que así estaba destinado, pues la relación se hizo estable y fue de por vida. En las *páginas autobiográficas* dejó sentado cómo para la sociedad bolivarenses resultó motivo de comentarios su temprano enamoramiento de un hombre diez años mayor y cómo el despertar del sentimiento amoroso le produjo una verdadera transformación interior: *todo mi ser tendía hacia el amor. El amor me hacía sentir más viva, más vibrante, con mayor sensibilidad poética*. Fue una época de ensimismamiento, de verter en el papel versos y versos sentimentales correspondientes con las emociones en descubrimiento, hasta de postergar los diálogos con el “papá Ramón” sobre sus aspiraciones literarias. Como la nueva situación sentimental la indujo, a su vez, a un apartamiento del grupo social, se tornó expectante de los seres humanos y de sus acciones y comportamientos, algo que se le hizo costumbre y le fue de suma importancia para el intercambio con las distintas personas con quienes tuvo que tratar en el trabajo social y político en que transcurrió su vida. Útil también para la futura narradora.

El padre había advertido, sin duda con cierto pesar, cómo el enamoramiento de la hija sería un nuevo obstáculo interpuesto a su formación académica; pero, comprensivo, admitió la relación y, desde el principio, estableció con Arocha un trato familiar, pues se imponía la felicidad de la primogénita.

Las dos tendencias en choque acerca del destino hogareño y el vocacional de las letras se agitaban en el espíritu de la joven plenándole la mente de preguntas: *¿Y el matrimonio y el hogar no eran absorbentes también? ¿Cómo compartir un tiempo entre las dos cosas, entre una “obligación” y*

una "vocacional devoción"? Pero estaba enamorada y deseaba casarse. Llegó, al fin, el año 1921, fijado para la unión de la pareja. ¿Acaso se había cumplido en Arocha la predicción de la leyenda de la zapoara? En la Venezuela de la tercera década del siglo XX y en una ciudad en aislamiento no fue posible la realización del matrimonio en presencia y se llevó a cabo por poder. Los viajes eran largos y accidentados por falta de carreteras, y además, de la abuela de Arocha, con avanzada edad, la familia estaba esperando, en Villa de Cura, el desenlace fatal. Para complemento, él sostenía el criterio de que los matrimonios no debían realizarse en ambiente luctuoso. Tanto en la ceremonia civil como en la eclesiástica el novio estuvo representado por el doctor Ciro Vásquez. Como ella lo había soñado, luna clara y cielo estrellado sirvieron de techo a la terraza de la casa grande, donde se celebró la boda entre familiares y personas de la intimidad de los Carvajal Montes.

Al mes se reunieron los esposos y partieron de luna de miel para una pequeña posesión campestre propiedad de la amiga bolivarenses Petrica Hernández de Monch, quien gustosamente se las había ofrecido. Era una costumbre en la Venezuela sencilla y pobre de la etapa pre-petrolera. Allí escribió Mercedes el *Poema nupcial* en sonetos, de los cuales llegó a publicar, con éxito, *La espera*. Los demás, entre traslados y mudanzas, se extraviaron, pero habían cumplido su función de desahogo emocional de la recién desposada en unos días de plena felicidad.

De seguidas comenzaron las ausencias del esposo por requerimientos de su trabajo y las esperas de la esposa mitigadas con lecturas y escrituras; después las visitas y mudanzas de la pareja a otros lugares del país, los hijos, las alegrías, sufrimientos y penurias en común. Si alguien llegó a ser indispensable en la vida de Mercedes y de Lucila fue Arocha: en el afecto, como compañero, confidente y consejero. Ella reconocía que él era uno de los cuatro hombres que habían contribuido a la formación de su personalidad: *soy el fruto de una hechura de hombres, como mi abuelo, mi tío, mi padre y mi esposo, por eso yo soy una mujer que lucho por la mujer, pero nunca he descartado en mi lucha al hombre.*

Mercedes Carvajal tuvo la suerte de hallar el compañero ideal para una mujer con inclinaciones hacia la vida pública y la literatura, cu-

yas disposiciones él ayudó a definir y fortalecer. En la realización de la luchadora social sin descanso y de la escritora, el apoyo y la colaboración del esposo fue siempre determinante. Él fue el insustituible primer lector de sus escrituras. Cada vez que ella se sentía indecisa para asumir nuevas obligaciones o retos en el orden social o político, Arocha, como siempre lo llamó, la ayudaba a tomar decisiones de acuerdo a su vocación y conveniencia y con el mayor desinterés. Después de muerto el esposo ella continuó declarando su reconocimiento: *fue un gran compañero, a quien debo parte de lo que soy, porque supo comprender y estimular mis actividades literarias y políticas.*

Si algo lamentamos como biógrafa es que ese intenso y duradero amor, tantas veces confesado por Mercedes o Lucila, en declaraciones y páginas escritas, no haya dejado rastro testimonial escrito. En el inmenso archivo personal, de tan abundante epistolario, no aparece ninguna carta para Arocha, ni de Arocha para ella. ¿Las obviaría la solidez del afecto? ¿O sería que la tardanza del correo se equiparaba con la duración de los viajes del esposo? ¿Las destruiría ella para no dispersar entre los lectores una intimidad que sólo perteneció a los dos? Es posible, por lo celosa que fue de su mundo interior: *si soy avara con los lujos íntimos de mi cuerpo, lo soy aún más con los lujos íntimos de mi alma.* De cualquier modo, la causa se diluye en la duda.

Carlos Arocha Rodríguez nació en Villa de Cura en 1892. Era descendiente lejano de una rancia sociedad española. Un primo hermano de la abuela de Arocha, Dámaso Berenguer, nacido en Cuba de madre española, fue nombrado Primer Ministro por Alfonso XIII cuando el régimen entró en crisis. El tío León Arocha Guerrero fue Comandante de la Fortaleza de Puerto Cabello. Su apasionamiento por los godos lo condujo al suicidio el día que su causa fue derrotada por los Federales. En recuerdo a su entereza, al primer hijo varón Arocha-Carvajal lo llamaron León.

Se sabe que el apellido Domínguez en la familia fue cambiado por Rodríguez, para parecer del montón, pues los Arocha eran realistas, por lo que eran mal vistos y atacados por los patriotas. De no haberse sucedido el cambio, Carlos Arocha Rodríguez hubiera sido Carlos Arocha Domínguez.

El hogar y las otras inquietudes

Al concluir la luna de miel se reanudaron las ausencias de Arocha, por razón de su trabajo de agente viajero de casas comerciales. El sentimiento de soledad de la esposa era más intenso que el de la novia, sobre todo en el gran lecho de la alcoba, forjado en cobre, y en los espejos donde un único rostro podía reflejarse. Menos mal que escribiendo *versos, versos y más versos* llenaba la soledad. En su vida de recién casada se alternaban lejanías, soledad y dichosos recibimientos, siempre colmados de atenciones por el esposo, quizás recibidos con más honda emoción que durante el noviazgo.

El dilema femenino entre las responsabilidades familiares y la actividad literaria le consumía horas en cavilaciones, como antes del matrimonio. Las funciones de procreación y cuidado del hogar asignadas entonces sin opción a la mujer y aunque satisfactorias en su caso, dejaban en el vacío la dual necesidad de participar en la vida pública y de ser escritora. Ella sentía que le era necesario que esos dos llamados fundamentaran el derrotero de su vida, que a ellos se debía, tanto como a la familia, a pesar de los impedimentos del medio. Su interioridad era desapacible por el choque entre la formación hogareña, instigada por la madre, y la de dirigir su vida de acuerdo a sus inclinaciones, inculcada por el padre y el “papá Ramón”. Mientras el dilema persistía, la catarsis era escribir en silencio, lo que le viniera en ganas. Si la decisión de contraer matrimonio le había acarreado la renuncia definitiva a los estudios académicos, sentía imposible renunciar a las pulsiones que eran esencia de su ser. Afortunadamente, su lucha sin descanso y el apoyo familiar le fueron despejando los caminos de realización.

A los dos años de matrimonio la pareja decidió trasladarse a Villa de Cura, donde Arocha iba a atender un negocio. Pensaron el nuevo destino para una larga permanencia, pero el negocio no tuvo éxito y duró unos pocos meses. Durante el viaje confrontaron todas las dificultades propias de la época por caminos polvorientos y llenos de huecos, quebradas al paso, ardiente sol en medio de una gran soledad, a los que se sumó otro inconveniente propio del llano, como fue el atascamiento del carro en el lecho del río Unare. Tuvieron que pasar la noche en un “rancho en piernas”, en hamacas colgadas en lo alto por

prevención de un ataque de zorros con mal de rabia, como era común en verano, lo cual fue una novedad para ella que desconocía los peligros de la vida en el campo.

Según su costumbre, Mercedes aprovechó el viaje por el llano y la estancia en Villa de Cura para observar cómo eran y cómo vivían las gentes en esos lugares, dialogaba con los campesinos y anotaba sus modismos, observaba sus múltiples necesidades y constató el colectivo anhelo de caminos hacia los pueblos cercanos. La impactó escuchar a una campesina de inadvertible edad, que no conocía sino el rancho en la llanura, el deseo de *encontrar otra cosa*. De ese encuentro obtuvo la escritora la convicción de que el ser humano, aparentemente libre en la extensión sin límites de la sabana, puede no serlo ya que *cuando coarta las aspiraciones humanas puede ser una cárcel con sus barrotes vegetales y su cielo azul*.

Tiempo de florecer: 1926-1950

Caracas por primera vez

De Villa de Cura la pareja se trasladó a Caracas. Larga travesía con malestares de salud de ella y llegada en la que nada de la capital le fue grato. Si el clima tórrido de Ciudad Bolívar le era dañino a su salud, resentía el de Caracas con sus bruscos cambios de temperatura, el ruido del deslizamiento del tranvía por los rieles metálicos le producía escalofrío, le repugnaba el olor de las frutas amontonadas en los tarantines del mercado o en los de las esquinas de la ciudad. Todo como consecuencia de la alteración nerviosa que le estaba ocasionando el primer embarazo.

El matrimonio se alojó en la casa de doña María Ruiz de Calcaño o "Pensión Calcaño", en el centro de Caracas. Allí coincidieron con una mayoría de pensionistas estudiantes provenientes de provincia y algunos trabajadores, entre los que destacaba Francisco Betancourt Sosa, que compartía con ellos la crítica a la situación social y política del país bajo el gomecismo, y el interés por buscar caminos de liberación y progreso para el país y la nación. Acostumbraban, por las noches, sostener tertulias en la sala de la casa, a las que Mercedes, contra su voluntad, poco pudo asistir debido a su mal estado de salud; pero desde la habitación escuchaba atenta las conversaciones e iba apreciando los criterios y la personalidad de cada uno, quienes eran: Jóvito Villal-

ba, Miguel Otero Silva, Joaquín Gabaldón Márquez, Luis Villalba Villalba, entre otros. Rómulo Betancourt, aunque no vivía en la pensión, asistía a las tertulias. Poco después sucedió la rebelión de los estudiantes o “Generación de 1928” o “los del 28”, de la que todos ellos fueron protagonistas en una valiente lucha contra Juan Vicente Gómez y sufrieron las consecuencias de cárceles, torturas y exilios.

Si ese primer viaje a Caracas tuvo poco aliciente para Mercedes Carvajal de Arocha, significó mucho para el futuro encauzamiento de sus inquietudes sociales, ya que fue el primer contacto con los más altos dirigentes de la democracia representativa, junto a los cuales y con su apoyo Lucila Palacios luchó por la libertad y la justicia, y por los derechos de la mujer.

Maternidad y familia

Al poco tiempo de haber regresado a Ciudad Bolívar nació Josefina, la primera hija, y a los dos años, en 1930, Carmen Luisa. Después llegaron a su vida dos varones: León, en 1932, en la misma ciudad, y en San Fernando de Apure, en 1936, Eduardo, el último de los hijos. Mercedes se sentía poco capacitada para desempeñar con éxito las tareas del hogar y más aún la de atención adecuada a los niños. Tuvo la suerte de contar con la ayuda de las tías, y ella, por su lado, se ilustraba sobre la mejor manera de conducirlos para la formación de una personalidad propia, por lo que desechó hábitos considerados tradicionalmente convenientes, como el arrullo, el silencio y la oscuridad durante el sueño, el agua de azúcar por las noches, y le dio buenos resultados.

Cada embarazo y cada parto entrañaba una enfermedad para Mercedes. En uno de los embarazos estuvo a punto de morir y se vio obligada a guardar cama durante cuatro meses: *No sé de qué manera funcionaban mis glándulas hasta el punto de modificar el resto de mi organismo. Tuve que soportar un malestar indecible, incomparable con otros males.* En observaciones y reflexiones sobre la procreación humana llegó a concluir en que existe un tipo de mujer a la que la gestación le altera todo el funcionamiento orgánico, físico y psíquico, en cuya minoría se contaba ella. Para las otras, el proceso se sucede serenamente, sin alteraciones, como corresponde: *La maternidad debería ser grata. La mujer contribuye a la perpetuación de la especie, prolonga en el hijo su propia vida y la*

del hombre que ama. Como la vida para nuestra escritora era un realizar sin detenimiento, durante los obligados reposos ejercía una intensa actividad mental, de la que muchos acopios le servían después para sus escrituras.

La sombradura que siempre aparecía en su vida para opacar sus dichas y satisfacciones, en cuanto a la familia creada se presentó más tarde como sino de fatalidad en Josefina y Eduardo, de vidas cortas para sufrimiento largo de la pareja Arocha-Carvajal.

En 1931 apareció Lucila Palacios

En Tucupido, población del estado Guárico, nació la escritora. Por el deseo de conocer más el llano, allá fue con el esposo. En el Hotel "Tamanaco", donde se alojaron, ella, mientras esperaba el regreso de Arocha, que salía a trabajar, escribió su primer cuento. Nació de la observación de la vida del pueblo en todo lo que para ella eran novedades: las conversaciones escuchadas, el descubrimiento de las costumbres, entre las que le atrajo informarse de los pormenores del deporte de la caza, al que eran aficionados los pobladores. Igualmente de la observación de las personas en cuanto carácter, reacciones y habla. Se propuso con el *Cuento criollo* hacer algo como un *atisbo de la vida llanera*, con personajes semejantes a las personas que había tratado, cuyos nombres, incluso, citó en sus memorias.

Después de concluido el cuento fue leído en la plaza del pueblo, donde entre la arboleda y los arreboles del atardecer, la rodeaban las personas que había transformado en personajes, incluido Arocha. A medida que iba avanzando en la lectura del cuento crecía el interés de los asistentes, entre quienes asomó la idea de publicarlo. Ella, de momento, no aceptó, pero les hizo la promesa de una respuesta después que llegara a su ciudad de origen, puesto que estaba próximo el regreso. Luego, en Zaraza, estancia de la pareja en el recorrido hacia Guayana, tuvo la suerte de que una joven e inteligente aprendiz de mecanografía le pasara el cuento a máquina y lo hiciera conocer de algunas personas. A los dos días tuvo la sorpresa de una visita del Bachiller Méndez, Director del Liceo de Zaraza, para comunicarle que él y un grupo de profesores, habían leído su cuento y estaban dispuestos a publicarlo en el semanario *Unare*. De nuevo la incertidumbre de Mer-

cedes ante la propuesta, la timidez que siempre sintió en las situaciones de protagonismo, el temor ante la respuesta del público y la consideración de los prejuicios existentes en la gente de Ciudad Bolívar sobre la actividad intelectual de las mujeres. Pensó que allá sólo aceptaban sin reservas a mujeres del pasado, como Concepción de Tayhardath y María Cova Fernández; que la valentía de Anita Acevedo Castro, en Upata, y de Anita Ramírez en Ciudad Bolívar, quienes habían enfrentado al medio dedicándose al periodismo y a la poesía, no sentía poseerla. En su interioridad se enfrentaban, una vez más, las conservadoras creencias de la madre respecto al descrédito de la mujer con ocupación distinta a la del hogar y el optimismo del padre acerca de su vocación y futuro literario. Entonces, el apoyo del esposo y compañero y el entusiasmo puesto por él en su porvenir como escritora, la ayudaron a superar la duda, aunque sentía recrudecer el temor al choque de la vida de escritora con el cumplimiento de las obligaciones hogareñas.

Como pudo más, al fin, la tentación de ver su cuento impreso, accedió a la petición que se le hacía, pero acogiendo a la insinuación de firmar con un nombre sustitutivo del propio. Ella no era partidaria del uso de seudónimos por lo que tienen de ocultamiento, de evasión para afrontar escrituras y situaciones. Pero en esa oportunidad, ante la temerosa indecisión, optó por usar uno. Así las críticas que aparecieran, a lo mejor adversas, le servirían de medida de su capacidad literaria. Contra esas dubitaciones, el *Cuento criollo* resultó afortunado, porque dio motivo a juicios elogiosos, y Mercedes, entusiasmada, siguió escribiendo y acumulando cuentos y poemas en páginas manuscritas, que después pudo pasar a máquina porque en Zaraza se dispuso a aprender mecanografía. Llegó a escribir con gran soltura manejando las teclas con sólo los dedos índices, y así realizó, directamente a máquina, toda su extensa obra, y se desempeñó como secretaria en varias oportunidades. En el primer tomo de sus *páginas autobiográficas* Lucila confesó que no sospechaba que gracias a ese cuento iba a llegar por primera vez al público e ingresar en las letras. Para autorizar la publicación estaba pendiente el seudónimo ¿cuál podía ser? El Director del Liceo y el Bachiller Arreaza Agostini, para ayudarla en la escogencia, elaboraron una lista de nombres y otra de apellidos, se las fue-

ron leyendo, y ella, al oír el nombre Lucila lo escogió, en recuerdo del nombre de pila de la admirada poeta Gabriela Mistral; y prefirió el apellido Palacios, en memoria de doña Concepción Palacios y Blanco, madre de Simón Bolívar, personaje éste de su máxima admiración.

Desde ese año 1931 Lucila Palacios fue el nombre de la escritora y ciudadana pública. Mercedes Carvajal de Arocha quedó reservado para la vida privada. En su cédula de identidad aparece el nombre de Mercedes Carvajal de Arocha, y al lado, entre paréntesis, Lucila Palacios.

Acogida de las primeras escrituras

No contaba Lucila con los cambios que hubieran podido operarse en la sociedad bolivarenses, pero en alguna medida los hubo y la favorecieron. Gentes nuevas habían llegado a la ciudad procedentes de varias regiones de Venezuela y de países europeos, y contribuyeron a cambiar la rigidez de muchos criterios y costumbres. Uno de los que llegaron, larense, político, mártir y poeta, llamado Coromoto Arnao Hernández, fue informado por Clara, la hermana de Lucila con quien estableció amistad, que ella era autora del *Cuento criollo*, publicado en un semanario de Zaraza, y de otros escritos más en verso y en prosa. Al él leerlos, entusiasmado, le envió algunos relatos al director de la revista *Billiken* y a Juan de Guruceaga, director de la revista *Élite*, ambas de Caracas, y en esas publicaciones aparecieron los cuentos *Tú no sabes vivir* y *Flaquezas que son fuerzas*, con los que en la capital del país tuvieron noticia de la naciente escritora guayanesa. Mientras tanto, César D'Escrivan, enterado del nombre oculto tras el seudónimo, hizo aparecer unos poemas en *El Luchador* de Ciudad Bolívar. Esa divulgación simultánea, inesperada para Lucila, le permitió de pronto la entrada al mundo literario nacional.

Los comentarios favorables a los cuentos iniciales entusiasmaron a Lucila para establecer contacto con prensa de otras regiones del país, como las de las capitales de los estados Zulia y Lara, que eran centros de cultura, y también con revistas y periódicos extranjeros, práctica que mantuvo durante su vida. *Desatemos el nudo*, cuento al que ya nos referimos, fue publicado en Barquisimeto, en 1935. En *Mar del Plata* y en la revista *América* de Buenos Aires le dieron acogida a sus letras.

Desde la tercera década del siglo XX Lucila encaró el trabajo literario con diaria regularidad. La prosa se le fue imponiendo y la narrativa empezó a ocupar la preferencia en su tiempo creador. El resultado de la disciplina adquirida se fue haciendo patente en las publicaciones a partir de 1937.

Una injusta desdicha

Una súbita desdicha llegó para empañar la felicidad hogareña de la esposa, madre y escritora en agraz. Arocha fue hecho preso político durante el terror dictatorial, lo que equivalía a un destino de incomunicado y torturado, muerto o desaparecido. La causa fue supuesta, pero para la dictadura de Juan Vicente Gómez bastaba una mínima sospecha de actividad o manifestación contra el régimen para que sobre alguien recayera el fatal castigo.

Antes de Arocha partir a un viaje de trabajo al estado Guárico, en medio de rumores sobre la mala salud del mandatario nacional, acordó con la esposa una mutua comunicación velada al tener alguno de los dos nuevas noticias sobre el particular. Ella era cautelosa en los contenidos extrafamiliares de las cartas al esposo, por la duda de que la correspondencia fuera violada por el gobierno. Sin embargo, después de preso él llegó a pensar que quizás una extremada suspicacia oficial hubiera podido detectar alguna frase dudosa. Además, se había suscitado una discusión entre Arocha y el abogado del gobierno del estado Bolívar, cuando éste quiso cambiar las condiciones del contrato de alquiler de la casa del abuelo, herencia de la familia Montes. Arocha le transmitió al funcionario la decisión de la familia de respetar todo lo estipulado en el contrato original. De inmediato fue amenazado con que la no aceptación de las modificaciones *puede costarles caro*, a lo que Arocha respondió: *—Hagan ustedes lo que quieran pero nuestra decisión no varía. Pagaremos caro, como usted lo dice, doctor.* Y pagó muy caro la osadía. Después, el telegrama: *La tía Ifigenia está enferma*, enviado desde Valle de la Pascua a la esposa, fue interceptado por el gobierno local, cuyo Gobernador giró enseguida la orden de prisión para el remitente. Arocha fue esposado y llevado a prisión en Valle de la Pascua en medio de la protesta de los pascuenses, que lo conocían como hombre de trabajo alejado de la política. No logramos saber la fecha de prisión.

Mercedes, que había quedado angustiada por el viaje de Arocha, después del referido suceso, vivió días de inquietud acrecentados por la falta de noticias suyas, hasta que por la amiga Conchita de Gómez Machado, supo de la prisión de Arocha. Dramático acontecimiento en su vida ante el cual se le activó la entereza de comportamiento que siempre la asistió en los momentos difíciles. Mucho más cuanto debía ser fiel al criterio compartido con el esposo en el sentido de que ante una situación semejante, ella no se inclinaría a pedir clemencia ni se expondría a ninguna humillación:

Cada vez que me encuentro en una situación difícil experimento la sensación de que una fuerza desconocida y nueva me recorre desde la cabeza hasta los pies para producirme templanza. [...] Quedo templada moralmente y lista para resistir todo lo que venga. Y eso me sucedió esa noche, que aún amarga mi memoria.

Después de mucho indagar y al arbitrio de los atrasos comunicacionales propios del país en la época y de las restricciones políticas del gomecismo, cuando la correspondencia privada era sometida a pesquisa oficial, logró saber que Arocha estaba incomunicado en la cárcel de San Juan de los Morros, con el alivio, a pesar de todo, de que unos tíos que habitaban en el pueblo lo asistían en sus necesidades inmediatas.

A Mercedes le correspondió ser el apoyo y guía del núcleo familiar, compuesto por sus tres hijos: Josefina, Carmen Luisa y León, y tres tías. Recibió el último sueldo de las casas de comercio para las que Arocha había trabajado junto con la noticia de que la obligación económica de ellas cesaba allí. Para la manutención de las siete personas apenas contaba con los porcentajes correspondientes por el alquiler de la casa grande y una pequeña pensión otorgada a las tías como descendientes directas de Ramón Isidro Montes. Ella, puesto que esas entradas no abastecían las necesidades familiares, decidió hacer gestiones de trabajo, en su mayoría sin resultado. Sólo le tendió la mano el viejo amigo de la familia, Hilario Machado, quien le pagaba un sueldo de sesenta bolívares por escribir sus cartas personales durante la semana, pero la suma de aportes resultaba insuficiente. Conoció entonces la extrema pobreza y supo de la solidaridad humana en la tragedia. Personas amigas, a pesar

del riesgo que significaba visitar a la esposa de un preso político, además sospechosa y vigilada, le llevaban algún donativo en especie o en dinero; otras se los enviaban con alguien y otras hacían deslizar por la puerta de la casa sobres anónimos con algún dinero. La Dirección del Colegio "Santa Teresa de Jesús" dispuso que los niños continuaran gratuitamente los estudios hasta que el padre regresara.

Otras ayudas eran conmovedoras por la espontaneidad con la que personas humildes se las ofrecieron. Carmen, la cuidadora de los niños, no quiso cobrar sueldo mientras durara la difícil situación familiar. Un anónimo chofer le propuso su servicio gratuito para llevar correspondencia para San Juan de los Morros. Un día en que los hijos oyeron el pregón del pescadero se les despertó el gusto ante el posible plato preferido y ella no podía adquirir el ingrediente, de seguidas el vendedor le entregó a los niños un paquete con el pescado favorito. Cuando ella le dijo: *-No puedo pagarlo*, él la miró de frente y le confesó ser el convaleciente que tiempo atrás se había aparecido en su casa y recibió, de muy buena manera, un plato de comida. Durante ese amargo tiempo de vida, jamás presentado, Mercedes Carvajal adquirió la experiencia de cómo la extrema pobreza nivela a los seres humanos. En su obligado aislamiento compartía ayudas con una mujer miserable que vivía con sus hijos muy cerca de la casa, las que la dual precariedad hacía posibles para aliviar urgencias momentáneas. De ese modo, entre penurias con pequeños paliativos de solidaridad humana, ansiedad por tener noticias sobre Arocha: ¿seguirá en el mismo penal?, ¿lo habrán torturado?, ¿estará vivo aún?, con sólo dos vestidos y un par de zapatos, transcurrió esa etapa de vida provocada por la injusta desgracia política recaída en el esposo.

A Arocha lo habían acusado de formar parte de un complot contra el gobierno que fraguaban exiliados políticos en el exterior, y a Mercedes, de ser el enlace entre unos y otro. Llegó a ser el único preso político en medio de malhechores de toda índole, estuvo incomunicado y le aplicaron torturas. Soportó el tortol en la frente, cepos de más de veinte fusiles sobre las caderas, y permanentemente, grillos en los pies que le dejaron, como a la mayoría de los presos gomecistas, marcas imborrables en los tobillos. El primer cepo le fue colocado en miércoles santo, y como era costumbre, la procesión del Nazareno se detuvo

en la cárcel, con el Presidente del Estado presidiendo la ceremonia; Arocha, al enterarse, se atrevió a gritar: *—Qué sarcasmo, el Presidente del Estado acompaña al Nazareno en señal de respeto a su doctrina y sin embargo tiene aquí a un inocente sometido a un castigo.* Los esbirros, atemorizados, le quitaron el cepo por esa noche.

No se sabe si esa imprecación junto a las gestiones de los familiares de Arocha ante el alto gobierno intentando demostrar su inocencia, fueron efectivas para la liberación de Arocha. También el complot resultó imaginario. Lo cierto es que, al fin, en 1935 fue puesto en libertad y regresó al hogar. Hubo manifestaciones de alegría entre familiares y amigos. La situación de Mercedes cambió de ser vista como la representante de un hogar desvalido a esposa de un hombre responsable, de paupérrima a clase media nuevamente. De inmediato se ocupó en mejorar su aspecto físico, que la extrema pobreza le había obligado a descuidar.

Menos mal que ella compensaba cualquier circunstancia difícil con la literatura. Era buena lectora y no dejaba de escribir. Mientras trabajaba como secretaria de Hilario Machado asistía en su casa a unas tertulias acompañadas de lecturas de obras en voz alta y comentarios de algún libro reciente. Así conoció, por ejemplo, la novela *La Guaricha* de Julián Padrón, casi al salir. En otro sentido, su soneto *La espera* recorrió buena parte del país en publicaciones periódicas. La primera noticia la obtuvo por un detenido político bolivarense, de quien ella nunca supo de qué se valió para hacérselo llegar, pero lo cierto es que apareció debajo de la puerta de su casa. El soneto también salió en la revista *Élite*, después en *La Esfera*, con un elogioso comentario, y en varios periódicos del interior. Un presidiario, asiduo lector suyo, le envió sus elogios, valido de la intervención de un carcelero y un militar.

Al poco tiempo de haber llegado Arocha a Ciudad Bolívar se corrieron nuevos rumores sobre la enfermedad de Juan Vicente Gómez, motivo de muy secretas y confiadas conversaciones, en ambiente con prensa silenciada, prohibición de escuchar por radio noticias sobre el tema y gran expectativa general de quienes se defendían apoyando al régimen de terror, y de quienes anhelaban un país libre y civilizado. Por fin, el 17 de diciembre de 1935 fue anunciada la muerte del hombre de cuya voluntad habían dependido totalmente el país y la nación

venezolanas durante veintisiete años. Acontecimiento que al abrir una nueva etapa en la historia nacional significaba, para Mercedes, el albor de una existencia de luchadora social sin tregua ni retroceso.

Comienzo público de la luchadora social

Como a la muerte de Juan Vicente Gómez la sociedad venezolana salió a la calle a manifestar sus ansias de libertad, tan largamente reprimida, con gran efervescencia de participación en procura de un país distinto, Lucila sintió llegado el momento de actuar cívicamente como factor de orientación al caudal de expresiones colectivas del pueblo bolivarense. Hasta esa fecha había sido la esposa, la madre, la escritora que había comenzado a cosechar reconocimientos, la ciudadana parcializada por las causas de la libertad y la justicia, sensible al dolor humano y dispuesta a aliviarlo, soliviantada siempre ante la injusticia, pero desde reducidos círculos de actividad.

La participación pública tenía sus riesgos en el momento, pues el gobierno local seguía siendo el del gomecismo y actuaba represivamente contra las manifestaciones espontáneas, pero el coraje de los bolivarenses y de sus improvisados líderes impusieron su rebeldía. Primero fueron movidos por la necesidad de manifestar libremente el alborozo ante el momento histórico que se abría en el país; después atendieron a convocatorias, como la hecha de barrio en barrio y de casa en casa por un grupo de damas de la sociedad, como la doctora Alida Gambús, las hermanas Pizarro, Consuelo Stéfani, para convocar a la ciudadanía a un mitin. Éste fue decidido después de presenciar una multitud en protesta por la detención policial de un joven que una noche dio vivas de libertad y había orden oficial de colocar grillos al que se atreviera a hablar contra el régimen. Mercedes Carvajal, en esa oportunidad, se había comprometido a hablarle a la ciudadanía y lo cumplió. Mientras bajaba por la calle Libertad hacia el Paseo Falcón escuchaba de las más variadas voces: *¡habla por nosotros!* Tomó la palabra desde una de las gradas conducentes a la estatua del general Falcón, improvisada tribuna de esos días. Aunque era su primer discurso, pronunciado con el temor de no poder responder satisfactoriamente a la multitud que se había congregado expectante, la menuda y frágil mujer salió airosa por la firmeza orientadora de sus ideas y lo com-

persuaso de sus palabras. El perdurable contenido del mensaje indujo a los redactores de la revista *Caronicuar* a reproducirlo parcialmente en el número 8 del año 1994:

Defendamos esta tierra de nuevas arbitrariedades. No le tengamos miedo a nadie ni a nada. Seamos capaces de implantar nuestros derechos y conservarlos. Tenemos que trabajar mucho intelectual y socialmente porque nuestro pueblo no está preparado para la nueva vida que comienza. Le falta orientación. Preguntadle a la mayoría si conoce los derechos del pueblo para con el magistrado y si conoce los derechos del magistrado para con el pueblo. Estoy segura de que no lo sabe a cabalidad. Los delatores y aduladores fueron el germen que minó la República.

Los delatores destruyen la confianza ciudadana al prepararle cárceles y destierros. Los aduladores elevaron al magistrado a la categoría de los dioses y humillaron al ciudadano hasta convertirlo en esclavo de aquél. No se reciba como una merced lo que los mandatarios conceden. Los gobiernos son para proteger al pueblo y satisfacer sus necesidades, de manera que no tiene por qué agradecer de rodillas lo que no es un favor sino una obligación.

Lucila aprovechó la oportunidad para hacer conocer de los bolivarenses el telegrama que un grupo de ciudadanos, ella incluida, habían enviado, el 21 de diciembre, al general Eleazar López Contreras, como Presidente Encargado de la República:

El pueblo de Guayana que ha seguido con interés creciente el movimiento cívico de la ciudad de Caracas en los actuales momentos se adhiere a él, y espera que el actual Presidente de la República satisfaga sus aspiraciones.

En una pronta respuesta, el general López Contreras informó a los firmantes que había tomado nota de las aspiraciones expuestas y les pedía confianza en su gobierno.

Fue grande el alborozo de los asistentes al mitin celebrado entre las nueve y las doce del día. Hubo carreras, gritos, brazos levantados, llantos, risas, emisión de frases emotivas. Los agentes policiales se vieron imposibilitados para actuar ante el arrollamiento de la multitud. Sobre la marcha, un grupo, del que Lucila formaba parte, comenzó a preparar, reunidos en la casa de Ernesto Pizarro, una segunda manifestación de todos los sectores sociales, la que también resultó multitudinaria.

Por decisión del grupo organizador, Lucila presidió la manifestación portando la bandera nacional. Las consignas abarcaban peticiones de interés nacional y regional. En sus páginas autobiográficas ella las resumió:

Se pedía anulación de los monopolios, la libertad de prensa y de palabra, la liberación de los presos políticos, el retorno de los exiliados y la inmediata implantación en Venezuela de un sistema democrático. Y a la vez todas aquellas reivindicaciones económicas a que Guayana aspira como región de grandes recursos naturales que había sido en muchas ocasiones el granero de la república.

Los distintos sectores, aun los más humildes, fueron concientizados democráticamente, incluso con la colaboración de grupos de trabajadores, como la Sociedad de Obreros y Artesanos

La valiente y decidida actuación de Lucila siempre estuvo a favor de una armónica unidad que favoreciera las luchas a emprender. Ella, a pesar de estar estrenándose como luchadora social, tenía suficiente claridad de los objetivos hacia los cuales debía dirigir su aporte de trabajo. Cuando revisamos las ideas y maneras de ponerlas en práctica en esa época inicial, advertimos que el ambiente familiar de políticos y pensadores, más las circunstancias políticas que, desde muy niña, hubo de percibir como extraordinarias y peligrosas, la habían ido formando progresivamente, quizás sin que ella misma lo percibiera del todo, y modelando su innata condición de luchadora social, demostrada desde la inicial salida a la palestra pública.

Primeros libros y primer éxito literario

No hay duda de que en los días aciagos de la prisión de Arocha, Lucila no detuvo la escritura. Dos novelas, un libro de relatos y dos obras de teatro publicados en el siguiente período de seis años (1937-1942) lo testifican. Ella se fue convenciendo de que la prosa era su mejor aliada: *Mi temperamento de luchadora encaja mejor dentro de la prosa*, declaró más tarde. Igualmente se cercioró de que la novela contaba con su preferencia: *Hoy me interesa mucho la prosa. He empezado como novelista y pienso continuar*, le dijo en carta a Carlos Rodríguez Jiménez, en 1939. Se refería a las dos novelas iniciales: *Los buzos* y *Rebeldía*. Ambas escritas con la idea de contribuir a despertar en la mujer la conciencia de su

propio valor y el derecho a la independencia de ideas y actuación. Son novelas de tesis explícitas que se sobrepone a la exigencia de creación de personajes, puesto que las voces de éstos se confunden con las del narrador y la autora; pues ellos resultan más mediadores que sujetos definidos. La propia escritora reconoció su debilidad narrativa en la oportunidad de la publicación de la tercera novela: *hoy no las llamaría novelas sino tesis noveladas*.

Con *Los buzos*, llamada inicialmente *La mujer de piedra*, Lucila quiso abarcar a Venezuela en la época del gomecismo, reuniendo en las abundantes páginas de la novela todo lo que social, política y personalmente conocía y la inquietaba. Muy descriptiva de la ambientación recreada sobre lugares conocidos por la autora: Caracas, Ciudad Bolívar, Tucupido, de los que recoge criterios y costumbres que caracterizaron a la Venezuela de la época. Sobreabunda la opinión autoral y decrece el desarrollo de los personajes que actúan en una atmósfera de tensión, en la que la escritora hace sentir su protesta contra la injusticia, la arbitrariedad, la traición, el atropello a los derechos humanos durante la cruel dictadura. En conocimiento de ese detestable y asqueante mundo la autora toma partido a favor de la mujer que *para algunos es un objeto de lujo, muñequita cara de carne y hueso que divierte y hace gozar y para otros una burrita de carga con las ancas robustas*. El relato es marcadamente feminista, aunque concluya con un llamado a la conciencia humana: *No basta con la tradición. Es necesario cincelar el porvenir [...] Sea el cerebro dirigente, buzo en la sicología de la raza*. La problemática de la individualidad femenina en conflicto con el medio social es tímida, carece de la audacia en ascenso con que está planteada en las dos novelas siguientes.

Los buzos salió a la luz en 1937 y concentró elogiosos comentarios del Bachiller Munguía (Juan José Churión) y de Leo (Leoncio Martínez) en las páginas de *Fantoches*, quien le hizo observaciones sobre la estructura de la novela y otros aspectos literarios, que ella confesó haber tomado en cuenta para la elaboración de las siguientes obras en el género. Con *Los buzos* obtuvo Diploma de Honor en el Concurso Literario para Escritores Americanos realizado en Matanzas, Cuba, en 1939.

Durante la estada en San Fernando de Apure, entre 1936 y 1938, adonde se había trasladado la familia porque Arocha fue nombrado

Administrador de Rentas del estado, además de impulsar la creación de la “Unión Femenina Apureña”, desempeñar la vicepresidencia durante dos años y dar a luz a Eduardo, el cuarto hijo, escribió la novela *Rebeldía*. Arocha fue sustituido en el cargo y ella tuvo que pedir prestado a familiares para cancelar deudas antes de marcharse de la ciudad, mientras gestionaba trabajo en Caracas. Como Lucila por donde pasaba dejaba huella, la sociedad apureña celebró una reunión de despedida para los esposos Arocha Carvajal.

Dicha novela está construida sobre la oposición de criterios de dos primas, Teresa y Carmelina, quienes salvan la distancia con frecuentes cartas, en las que la primera expone sus convencionalismos y la segunda las ideas liberales que trata de aplicar a su vida, aunque el final se solucione con apenas un grito de liberación de Carmelina. También en esa segunda novela la explicitud de criterios autorales, fácilmente apreciables, impiden la conformación diferenciada de los dos personajes, que más bien se sienten como la representación de dos posiciones opuestas sobre el rol social de la mujer, la aparential y la auténtica, causa de que el peso de la intención ideológica le imprima debilidad literaria a la novela; algo explicable por ser una novelista principiante y activa luchadora por los derechos de la mujer en una etapa de apogeo de esa contienda.

En *Trozos de vida*, primer libro de cuentos editado, la autora agrupó cuentos y relatos escritos durante la tercera década del siglo XX, género que siguió cultivando espaciadamente, sin valoración, quizás, de las propias condiciones para la narración corta. Son cuentos costumbristas, rurales y ciudadanos, con situaciones dramáticas reveladas por los distintos personajes, representantes todos de los más bajos estratos sociales, a los que siempre la autora buscó valorizar como seres humanos exponiendo sus dramas y comportamientos. En el caso del cuento “Vértice” es una prostituta que se dignifica dignificando a su vez a un leproso. Los temas son recios, tratados con un realismo que esquivo la crudeza, sin concesiones a los prejuicios del medio ni a la dulzona sentimentalidad que alimentaban las lecturas masivas en la época. Las vivencias de realidades nada halagüeñas durante la infancia y la adolescencia, sumadas a los dramas sociales constatados, la habían hecho adquirir una visión más certera de la realidad que la

que hubiera adquirido con sólo su natural inclinación y prácticas fantasiosas; aunque éstas, en alguna medida, fueran ingrediente de su narrativa. Las ambientaciones arrobantes, la fantasía y la gracia las reservó la escritora para la dramaturgia poética creada para los niños, comenzada a escribir en la siguiente década.

La atracción escénica y la radio

No podía ser ajena al arte escénico quien tantos espectáculos había presenciado durante su infancia y juventud. Las veladas literarias en las que Mercedes había sido participante y promotora, cuando en Ciudad Bolívar, como en otras ciudades del país, eran una frecuente distracción social y cultural, perduraron en su memoria y con el tiempo se convirtieron en dramaturgia, mayormente concebida para espectáculos con aprovechamiento de los recursos de una modernidad de efectos que comenzaba en la escena del país por los años cuarenta del anterior siglo. Aunque, en el caso de Lucila, algo conservan de aspectos de aquellos espectáculos presenciados en la tierra de origen. En esta modalidad hay que incluir la mayoría de sus textos teatrales creados a partir de esos años, posteriores a la primera pieza de 1933, publicada en *Elite*, *El bazar de Venus*, de contenido femenino, el cual con intimismo y cierto sentido generalizante, abordó Lucila dos décadas después en *Niebla*.

La escritora, proveniente de una tierra abundosa en mitos y leyendas, escogió algunos como motivos de una dramaturgia que coincidía con una corriente que intentaba el rescate de las raíces étnicas. Los dramaturgos, en los ya citados años, ante la nueva realidad nacional de penetración extranjera y destrucción y suplantación de lo propio, a causa de la violenta transformación del país de agropecuario a industrializado, debido a la explotación petrolera, sintieron la necesidad de valorar lo propio y el tema nacional empezó a adquirir importancia en el desarrollo de varias tendencias, una de ellas: la autóctona. Había también una necesidad de ofrecerle al público, que se manifestaba en retirada, espectáculos diferentes a los que le habían producido cansancio, tanto presentados por grupos nacionales como por extranjeros visitantes, mayormente españoles.

Orquídeas azules fue un éxito calificado de “milagro” cuando se estrenó en 1941. Sorprendió el espectáculo con música de orquesta (origi-

nal de María Luisa Escobar), ballet y variaciones lumínicas con movimientos de insectos y pétalos por el claroscuro de la montaña, produciendo una atmósfera lírica de naturaleza tropical que recreaba una leyenda de Guayana. Era algo novedoso para la época de obstinantes y repetitivos decorados realistas. *La gran serpiente*, es sucedánea de la anterior en el tema legendario y la concepción espectacular para construir un clima de belleza lírica con elementos naturales e indígenas como personajes, para un mensaje ecologista. Dos obras más continuaron la inspiración leyendaria y la concepción espectacular. *Una estrella en el río*, sobre la leyenda del oro en parte de la selva guayanesa, con rumor de río y voces de pájaros sobre un escenario tropical, muy bien captado por el escenógrafo y por la música de Telmo Almada, quien percibió en la propia Guayana el sabor folklórico. Fue estrenada en el Teatro "Solís" de Montevideo en 1965, actuada por niños, actores, coro, danzas y ballet. *Cuento de las riberas del Yuruari*, pieza igualmente mítico-alegórica que relata en un acto la leyenda del nombre de El Callao, con inclusión de personajes del lugar, como el dueño de hato y el curandero, fue estrenada en Maracaibo. *Cuento de paz en un jardín* se asemeja a las anteriores en la utilización de elementos de la naturaleza personificados y el sentido alegórico, pero el argumento es de pura invención y está dirigido a transmitir un mensaje de paz.

En *Juan se durmió en la torre* (Premio del Concurso de Teatro para Niños de la Dirección de Educación Municipal de Caracas en 1943) se aprecia más la intención social en la escogencia como protagonista de un niño callejero vendedor de periódicos, en cuyo sueño infantil de fantástica aventura en compañía de la Niña rubia se comporta como niño, en el sentido de igualdad por los intereses compartidos, aunque todo resulte un sueño y al final el muchacho vuelva a su realidad de desamparo. El argumento le permitió a la autora aplicar una visión idealista al medio social.

La radio, el más masivo medio de comunicación durante la primera mitad del siglo XX, era a la vez una fuente de trabajo para los escritores, al que Lucila se relacionó desde 1938 y se mantuvo en él hasta la penúltima década de su vida. Fue variada su actividad en el medio. Series para niños, como *Soldaditos de plomo*, escrita por invitación de María Luisa Escobar cuando era Directora Artística de Radio Nacional;

La caja de juguetes, también para niños, transmitida al año siguiente por Radio Caracas. Unos años después colaboró con el programa dirigido por Trina Larralde: *Al encuentro de la provincia* e hizo los libretos de una serie titulada *Biografía de la mujer*. Escribió programas especiales para fechas históricas, como el escrito para conmemorar el 5 de julio en el año 1942, con el que obtuvo el Premio Radial; y otros sobre Enrique Vera Fortique y Flora Tristán. Así como versiones propias de libros venezolanos, como la hecha a partir de uno de J. Nucette Sardi sobre Francisco de Miranda o de la novela *Mene*, de Ramón Díaz Sánchez, transmitida por Radio Nacional, en 1976, con motivo de la nacionalización del petróleo. La serie más extensa fue la iniciada en 1975 con la idea de divulgar la historia menuda de Venezuela: *Historia, crónica y leyenda*, la cual salió al aire, con escasas interrupciones, durante diez o más años, y superó los cuatro mil episodios. Gran cantidad de los cuales permanecen, inéditos, en el archivo personal de la escritora. Una pequeña selección de los mismos integran el libro del mismo nombre editado en 1977 por la Radio Nacional.

Lucila también desempeñó algunos cargos de planta en emisoras. En 1938 aceptó la oferta como Directora Literaria de Radiodifusora Venezuela, aunque al poco tiempo renunció por considerar que era el proceder adecuado *como amiga y compañera suya*, ante la renuncia de María Luisa Escobar a la Dirección Artística. Como puede apreciarse, el trabajo en el medio radial fue largo y la producción abundante en la mujer múltiple que fue Lucila Palacios.

La novela del escándalo

No estaba preparada la sociedad venezolana, atada aún a los principios clericales defendidos por los gobiernos, para aceptar pasivamente, en 1943 y 1944, la circulación de una novela como *Tres palabras y una mujer*, que desgarraba el embozo de la hipocresía social. Mucho más cuanto que lo desnudado eran conflictos familiares e internos de la mujer, sujeto de la mayor vulnerabilidad social.

La valentía demostrada por Lucila Palacios, desde hacía casi una década, en la defensa de los derechos civiles y políticos de la mujer, que por ley y derecho consuetudinario les eran negados, tuvo su mejor versión literaria en esa novela, ganadora de la sección literaria del

Concurso de la Asociación Cultural Interamericana, en 1943. Aunque el tema ya había sido planteado en *Los Buzos y Rebeldía*, especie de preámbulos y ensayos narrativos de la autora, puesto que de una a otra novela hay un gradual ascenso en la revelación de una interioridad femenina en conflicto con el medio social, de la mujer necesitada de ser ella misma y de poder expresarlo.

En *Tres palabras y una mujer* la escritora alcanzó la categoría de novelista y además colocó en rojo vivo la sacralizada hipocresía social de una clase media que prefería el sacrificio de vidas humanas a soportar la sanción social ante un embarazo familiar en soltería; e igualmente, la desgracia de una mujer obligada a aparentar satisfacción por el desempeño de los únicos roles que le eran permitidos. También es mayor la penetración psicológica en el alma de la protagonista, característica que ella atribuyó al hecho de haber recreado el caso de una mujer que le escribió una carta confesional como consecuencia de la conmoción que en ella produjo la lectura de *Rebeldía* y el grito final de Carmelina. Lucila se propuso conocer personalmente a esa mujer angustiada por su secreto drama: *su narración dolorosa desenvolvió ante mi curiosidad de escritora uno de los tipos humanos más interesantes que he conocido.*

En la creación del personaje de Berta y su historia se alternan realidad y ficción. Es una novela audaz en la delación de los entretelones de una sociedad inauténtica en su convencionalidad. Berta, aparentemente, había desempeñado con éxito los tres roles de la mujer tradicional: hija, esposa y madre, pero en su adentro descubre que:

al lado de mis padres no era yo misma, y al lado de mi marido no lo soy tampoco. Todos quieren imponerme el sello de su personalidad y anulan la mía. [...] Soy cual una criatura primitiva, sin complicaciones intelectuales, que quiere vivir a la manera del viento, del agua, del sol y de la tierra.

Berta siente incesantemente la colisión de sus anhelos y frustraciones y trata de buscar una salida. El azar se la presenta en la persona de otro hombre, Ricardo, de actitud distinta ante la mujer, por lo que llena sus expectativas; pues Alfonso, el esposo, no era *el hombre, amante y compañero que soñara. Estoy frente a un Alfonso, marido con talante de juez.*

Pero Berta no da la dirección deseada a su vida, en resguardo de las convenciones familiares que internamente cuestiona. Su mayor acto de audacia fue pensar en Ricardo mientras hacía el amor con Alfonso, con la consecuencia de que el hijo procreado naciera con los ojos verdes del otro, como eterno recuerdo de lo que hubiera sido su felicidad. Veinte años después de *Ifigenia* la eclosión interior de Berta tampoco se tradujo en acción. Una y otra, en tiempos diferentes, permanecieron sacrificadas a una sociedad discriminatoria.

La mentalidad liberal de Lucila Palacios, los análisis síquicos de los personajes hechos sin concesión a los prejuicios imperantes, provocaron una escandalosa polémica clerical y social en la aún conservadora Caracas. Detractores y defensores ocuparon muchas columnas de prensa nacional, regional y algunas de las extranjeras, en Nueva York, Buenos Aires y Panamá.

El padre Pedro Pablo Barnola S. J., condenatoriamente publicó "Feminismo desquiciado" y, en sentido contrario, Ernesto Mayz Vallenilla afirmó en "Criticismismo desquiciado" que *nunca el crítico debe juzgar morales e inmorales los valores estéticos, sociales o religiosos que la novela en sí, como creación artística, tenga o no*. En medio de la diatriba, Lucila era entrevistada y dejaba oír su voz en la prensa sobre tópicos colaterales al tema. En plena polémica declaró al diario *Últimas Noticias*, en abril de 1943:

—Es una novela psicológica. En ella estudio la tragedia biológica y sentimental de la mujer que domeña sus propias inclinaciones y renuncia a sí misma para someterse al cumplimiento de las obligaciones que le imponen la sociedad, las costumbres y la familia.

Como para no dejar dudas acerca de las convicciones que sustentaban su lucha y sin amedrentamiento alguno por los ataques, meses después, en "¿Dónde está la esposa?", reflexionó sobre el conmovedor suceso de una mujer que descargó un revólver contra el hombre que la engaño. Afirmó que la esposa parecía dormir sobre el derecho conquistado mientras la amante:

es la carne hecha volcán, la sangre hecha fuego, los nervios transformados en un látigo para golpear, en reclamo, sobre lo que es suyo por el corazón y el instinto. La esposa deja

de ser una mujer para convertirse en un símbolo, el hombre venera el símbolo, pero desea a la mujer.

Lucila señaló el error con ánimo de promover la sacudida: *Esposas, ¿por qué dejáis de ser "la amante" sensitiva, intensa, enamorada, plena de una graciosa y ardiente sensualidad? Esposas, ¿por qué no podéis ser a la vez mujer y símbolo? Y en un siguiente artículo: "Yo me considero culpable", refutó el juicio de una escritora amiga que le había susurrado al oído, a propósito del artículo anterior: -Hay cosas que deben silenciarse, y ésta es una de ellas!, Lucila expuso, a manera de preguntas a sus compañeras de lucha, si ellas no habían contribuido, sin quererlo, con el orgullo de mujeres de hogar, a la aceptación silenciosa del fallo discriminatorio que dicta la sociedad al hombre y a la mujer:*

-¡Sí, yo me considero culpable de haber dado la espalda socialmente, a la prostituta, sin preguntar a quién debe su prostitución! Yo me considero culpable de haber pasado junto al niño abandonado cuya situación quería aliviar, mientras estrechaba la mano de aquel a quien debía su abandono. Yo me considero culpable de no haber estado cerca de la adolescente seducida, en el instante mismo en que me codeaba con su seductor. Yo me considero culpable de haber cerrado los ojos ante la situación ilegal del concubino, mientras los tenía abiertos para mirar los de la concubina. Yo me considero culpable de haber tropezado con el adulterio y de haber vuelto la cara a la mujer y saludado al hombre. Yo me considero culpable de haber contribuido a esta situación desigual entre él y ella, donde se castiga a uno de los dos únicamente. Yo me considero culpable de haber sostenido una época de principios al parecer austeros, más de raíz falsa, por falta de ecuanimidad. si... ¡de todo eso yo me considero culpable!

Palabras escandalosas en la Caracas de la época, que dejaron larvado un sentimiento recriminatorio contra tanta verdad que lesionaba costumbres y prejuicios. Cuando en 1944 salió publicada la novela hizo eclosión de nuevo el conservadorismo, primero en palabras de Rafael Olivares Figueroa, desde el diario *El Universal*, a quien respondió el abogado dominicano Arturo Napoleón Álvarez, desde *El Heraldo*, en defensa de la posición de la escritora.

Fue pedido un juicio para la autora, y al efecto, el día 5 de diciembre de 1944, en la sede de la "Asociación Cultural Interamericana" se rea-

lizó un debate público en el que los asistentes fueron informados acerca de lo sucedido a partir de la publicación de la novela y la autora expuso una síntesis de la obra. Fue un largo y emocionado debate con intervención del público, y en vista de la prolongación nocturna, el jurado en cuestión, profesores Alberto Bustos Fernández y Gladis Trujillo y Horacio Cárdenas Becerra, decidió reunirse posteriormente para emitir un veredicto, que resultó favorable a la honestidad de la escritora y de la obra y fue publicado en el diario *El Universal* el 4 de enero de 1945. A mediados de marzo, uno de los miembros directivos del Centro Venezolano Americano reunió privadamente a un grupo de venezolanos y americanos para conversar sobre la novela. También de allí la autora salió reconfortada como novelista y como mujer de lucha por los derechos femeninos.

Todo un escándalo social por una novela que representa un hito de valor femenino en la historia de la novela venezolana, pero que hoy no sorprende entre la desparpajada literatura escrita por mujeres en las últimas décadas.

¿Sucesora de Teresa de la Parra?

Por *Tres palabras y una mujer* ha sido acreditada Lucila Palacios como la sucesora de Teresa de la Parra. Hay, sin duda, acercamientos entre *Ifigenia* y *Tres palabras y una mujer* en la reivindicación de la mujer, la exaltación de los valores femeninos y la rebelión ante las convenciones; aunque Teresa lo hiciera desde una alta clase social venida a menos, su clase, y Lucila desde la clase media, su clase, con aspiración de justicia social, su ideología.

A la vez hay distancia en la estructura y el estilo de una y otra escritora. Teresa inaugura la novelística del intimismo femenino, y lo hace con visión crítica expresada con graciosa ironía salpimentada de criolla picardía y un lenguaje mestizo, dentro del cual adquiere ciudadanía literaria la lengua del coloquio. La valentía interpretativa y denunciante de Lucila se subsume en la historia ficcional, sin que deje de sobreponerse la tesis a lo propiamente estético. Ella se empeñó en la penetración psicológica de los personajes, en especial de la protagonista, sin omitir espacio a la exposición aleccionadora sobre y para el género, congruente con el objetivo trazado como ciudadana de su hora.

Teresa es fundadora formal y conceptualmente, Lucila novela una preocupación social con el relato de la vida de una mujer que conoció, de la que aprovecha los rasgos esenciales de su drama vital y existencial para ficcionar.

Entre la cauda de seguidoras alentadas por *Ifigenia*, Lucila Palacios, sin duda, es la más destacada.

Dos sorpresas y un dolor

Cuando se fundó el partido "Acción Democrática" Lucila fue invitada a incorporarse a sus filas, pero ella, luego de reflexionar concluyó en que:

yo no tenía espíritu disciplinado como para acatar rígidas normas partidistas, y preferí permanecer independiente y apoyar al partido en formación en todo aquello en que estuviera de acuerdo, a fin de serle útil y no crearle ningún problema.

Al efecto, en 1941 apoyó moralmente la candidatura opositora de Rómulo Gallegos a la Presidencia de la República, a sabiendas de que no tenía oportunidad de triunfo en las elecciones que serían, como las anteriores, de tercer grado. El candidato lo escogía el presidente en ejercicio y era votado por el Congreso. Triunfó el general Isaías Medina Angarita, a quien se acusaba de fascista, término muy de moda en la época, y resultó todo un demócrata. Durante su mandato la nación vivió en un clima de convivencia, con partidos legalizados, sin presos políticos, hubo medidas de gran conveniencia para el país en un avance civilizado.

Como en 1945 concluía el período de gobierno, se abrió el proceso electoral para el relevo que sería también por elección de tercer grado, lo que causó descontento en una parte de las Fuerzas Armadas y en un buen contingente de la población que deseaba tener acceso al voto. Como A. D. defendía la tesis del voto popular y directo, ambos sectores unidos dieron un golpe cívico-militar llamado *Revolución de Octubre*, que después de tres días de lucha en Caracas y de la rendición del General Medina, para evitar un derramamiento de sangre, colocó en la Presidencia provisional de una Junta de Gobierno al máximo líder de A.D., Rómulo Betancourt. Enseguida la Junta de Gobierno emitió un decreto consagrando las elecciones libres y sin distinción de sexos.

Para Lucila la rebelión fue una sorpresa. Ella conocía el descontento ante la repetición del sistema de elección presidencial. Como se desplazaba por la ciudad en autobuses, oía los comentarios de la gente y sus gracejos sobre la situación. El día del alzamiento, a mediodía, desde la casa de su madre cerca del Palacio de Miraflores, caminó por las calles céntricas de la ciudad hasta cerca de la sede del Congreso para abordar el autobús hacia El Paraíso. Vio fuera del Cuartel de Policía a un grupo de agentes con motocicletas y el chofer del autobús anunció que se retiraba a causa de los acontecimientos. Al llegar a la casa oyó disparos y salió en taxi a buscar a las hijas que no habían regresado de la salida de la mañana, pero el viaje resultó inútil. Al fin llegó Carmen Luisa y Josefina avisó su refugio casa de una tía, en zona mandada a desocupar, y la madre tuvo que atravesar la ciudad hasta San Bernardino para recogerla. Hubo mucho tiroteo y hombres recién armados que iban a ponerse a la orden de unos y de otros. Una radio clandestina anunciaba los acontecimientos y una cuadrilla de aviones de los rebeldes sobrevoló la ciudad, hasta que se instaló el nuevo gobierno.

Al poco tiempo Lucila comenzó a recibir noticias de que su nombre iba a ser postulado para la Asamblea Nacional Constituyente, que pronto se reuniría. A. D. iba a llevar independientes en sus planchas y en el estado Bolívar la "Agrupación Electoral Independiente" iba a hacer coalición con ese partido. Ni ella ni las otras mujeres postuladas por otros estados esperaban tal decisión, puesto que los resultados de sus luchas por los derechos civiles de la mujer habían obtenido pocos y muy lentos resultados; pero llegada la oportunidad no podía ser desaprovechada, y era, además, una obligación para las pioneras del movimiento. En la espera de la correspondencia oficial Lucila recordó sus fantasmas de niña, cuando se sentía princesa, hada, artista, o cualquier otra cosa grande y bella, en los que siempre intervenía una carta; y en su espera, acudía presto a cada visita del cartero a la casa. El 4 de setiembre de 1946 recibió la carta oficial, en medio del dolor de la muerte, el mismo día, de Josefina, como resultado de un violento cáncer.

Ironía del destino consideró ella la coincidencia de llanto y alegría. Ante la fatal situación, Lucila, que nunca había sido sumisa ni impotente, que había sostenido que *no existía lo imposible sino lo difícil*, se halló impotente: *Pensaba en un muro negro frente al ser débil, sin recursos para abrirse*

paso. Lo imposible era para mí ese muro, sin rendijas, sin resquicios, sin una brecha por donde deslizarme para salvar a mi hija. Sin embargo, la mujer de temple supo enfrentar su drama:

Mi resistencia moral no sufrió mella porque a medida que el dolor trataba de agobiarme yo le ofrecía una resolución permanente, un punto único que me sostenía de pie en aquella gran crisis: ¡no dejarme vencer! ¡no dejarme vencer!

Todavía tuvo que vivir el intenso dolor de Carmen Luisa ante el cadáver de la hermana que había sido su amiga y su compañera de estudios, con quien alimentaba un proyecto profesional común: *¡Te juro, hermana, que voy a hacer por otros lo que no pude hacer por ti!* Y se hizo médico.

Consciente de que los días de campaña electoral iban transcurriendo, al poco tiempo envió un telegrama al estado Bolívar prometiendo ir a la campaña. Y así fue. En medio del deseo de permanecer quieta y apartada con su dolor:

me sentía rodeada de un hervor de vida irresistible, casi una vorágine de país en renovación, donde no era posible permanecer al margen de los hechos, sobre todo cuando se ha comprometido la palabra. Ni en la casa ni en la calle debía ofrecer el espectáculo de mis pesares.

Sentía que su llanto sin lágrimas se le petrificaba adentro con una pesadez tan dolorosa que hasta ha influido en mi vida física. *Me pesa para caminar, por eso camino con lentitud.* A pesar de todo, a las pocas horas de viaje advirtió alivio, porque ante el dilema vivido, había tomado una decisión conveniente a su destino cívico.

A la llegada al puerto, entre pésames y felicitaciones, fue recibida por los grupos postulantes, y en Ciudad Bolívar estaban los otros tres candidatos de la plancha de A. D., en la que ella figuraba en el cuarto lugar, aceptado sin discusión, aun cuando amistades la incitaban a reclamar una más alta colocación. Al día siguiente lanzó el primer manifiesto al electorado, en hoja suelta de gran circulación. En el texto recalca la importancia de que el pueblo por primera vez pudiera escoger sus representantes y ofrecía ser la voz de Guayana en la Cons-

tituyente. En la noche fue la primera presentación pública, para la que había escrito sus palabras, pero al presenciar que los otros oradores improvisaban con soltura abandonó la idea de leer, y tensa pero decidida, habló con gran sinceridad. Llegó a participar en veintiuna concentraciones entre Ciudad Bolívar y Guasipaty, El Palmar y El Tigre, población ésta no guayanesa pero donde se celebraba un gran mitin petrolero, coincidente con la visita de Rómulo Gallegos. Durante el mitin hubo un sabotaje que de casualidad no derrumbó la tribuna de los oradores, entre ellos Lucila. En medio del gran entusiasmo popular en las poblaciones, una ancianita la abrazó llorando y a la pregunta de la causa de su llanto, respondió: *-Estoy llorando al ver que ahora sí tenemos quien nos represente.* Con fervorosa disciplina el pueblo bolivarense acudió a las urnas y la eligió como su primera representante femenina, con más de cinco mil votos por encima del más cercano contendor.

Constituyente y Senadora

En los primeros tiempos de la Revolución de Octubre el ambiente era de escasa calma. Días antes de instalarse la Asamblea Nacional Constituyente se produjeron rebeliones armadas en los estados Trujillo y Carabobo, sofocadas por el gobierno que se vio obligado a decretar la suspensión de garantías. A pesar de la inquietud política la Constituyente se instaló en la fecha pautada de diciembre de 1946. Enseguida fueron restituidas las garantías y se puso en funcionamiento el estado de derecho. La participación de constituyentistas era muy variada en grupos e ideologías, pues hasta los más minoritarios contaron con representación. La amplitud reinante permitía que se sometieran a consideración todos los proyectos presentados. Como en Venezuela existía una influyente tendencia clerical, eran frecuentes los choques entre la ideología liberal y la conservadora y dogmática, con brillantes oradores de uno y otro bando. El Presidente de la Asamblea, Andrés Eloy Blanco, con su bonhomía, humor y talento, lograba aplacar muchas tormentas. La transmisión radial de las sesiones era seguida con entusiasmo por la población en un clima de libertad pública y privada. La situación en la Asamblea se caldeaba más cuando el tema de discusión era algún aspecto crucial, como la educación. Hubo aca-

loradas diatribas, encendidos artículos de prensa, manifestaciones callejeras en defensa de la educación religiosa. Fue decretado *el día del desagravio* en las iglesias para desagraviar a la *Majestad divina* por la *blasfemia de la Constituyente*. A pesar de las dificultades la mayoría aprobó la tesis de la educación laica y comenzó a disminuir la influencia de la Iglesia en el gobierno.

Los independientes electos en la plancha de A.D. se organizaron en fracción con el propósito de servir de mediadores en los enfrentamientos de los partidos. La personalidad de Lucila era muy eficiente en procurar de un ambiente de entendimiento. En oportunidades el grupo mantuvo discrepancia con la posición del partido, sin que se convirtiera en causa de ruptura con los principios que los unían. Una de ellas fue la elección directa de los gobernadores de estados que la fracción independiente defendía y A.D. no. Lucila fue fiel a su posición, con la que atendía uno de los contenidos prioritarios del pliego de instrucciones que la "Asociación Electoral Independiente" del estado Bolívar le había entregado. Fue tan fuerte la colisión entre los dos criterios que hubo diputados adeístas que abandonaron sus curules en desacuerdo con la posición del partido. También los independientes discreparon en algunos puntos de la Constitución que se elaboraba. El resultado, expresó Lucila en sus memorias, fue un acercamiento *de estimación y respeto mutuo*, puesto que los adecos conocieron mejor el sano comportamiento de no incondicionalidad de los independientes y éstos apreciaron el respeto a la opinión ajena de aquéllos, fundamentos de un indestructible vínculo. Entre las mujeres, Lucila Palacios y Panchita Soubllette eran las que con frecuencia tomaban la palabra en las sesiones; pero el grupo era atacado, incluso por parte de agrupaciones de mujeres de otros bandos, por la escasa participación en los debates. Aquiles Nazoa defendió por la prensa a la fracción femenina y el diario *El Nacional* mutiló una página donde una colaboradora arremetía fieramente contra ellas.

Los ataques contra las constituyentistas adecas, por ser las más liberales en una sociedad dominada por anquilosados principios, llegaron hasta a amenazas telefónicas de muerte, circunstancia que las obligó a solicitar protección gubernamental. La situación se acrecentó con signos de gravedad. Fue descubierto un cargamento de armas,

entre las que había dieciséis látigos para castigar a igual número de mujeres, junto con papeles conspirativos. Lucila fue designada para hacer el planteamiento ante el Ministro del Interior Mario Vargas, quien dio un salto en el asiento cuando ella le solicitó dieciséis revólveres: *¡Era tan insólito lo que estaba sucediendo! Haber hablado de una escuela y una iglesia [peticiones hechas por los dos acompañantes] y que me correspondiera a mí -mujer de espíritu y formación cívica- el hablar de armas de fuego.*

En medio de la intranquilidad política por los enfrentamientos ideológicos y del descontento de quienes sentían lesionados sus intereses creados, fue firmada la Constitución de 1946: *Fue otro día solemne, grandioso para la patria, un día de emoción profunda que compartíamos los ciudadanos verdaderamente democráticos.* Lucila no dejó pasar la oportunidad sin pronunciar un discurso sobre lo que representaba la inclusión de la mujer en el parlamento y sobre la necesidad de gobiernos mixtos en Venezuela y en el mundo, cuya conclusión fue: *la política, exclusivamente en manos de los hombres ha sido un fracaso. Ellos han creado problemas y no han sabido dar soluciones.* Al día siguiente, en el periódico de A. D. apareció una caricatura de ella con un gorro frigio y una escoba en las manos descargándola sobre espaldas masculinas.

El trabajo de la Diputada abarcó otros rubros como unos de su región que tenían implicación nacional. En horarios fuera de los de la Cámara, los cuatro diputados bolivarenses trabajaban sobre los problemas de la explotación de la sarrapia, sobre la minería, la navegación fluvial, viviendas para los obreros de El Callao y otros temas. Cuando en 1947 se abrió el período electoral para la elección constitucional de Presidente de la República y congresantes, ella fue escogida para el primer puesto en la plancha de A. D. al Senado de la República por el estado Bolívar. La campaña fue rápida y exitosa. En todos los pueblos de paso y de llegada: Guasipaty, El Callao, El Palmar, Tumeremo, Upatá, y en los caminos, la gente se aglomeraba a recibir con alborozo a los candidatos, los cargaban en andas, multitudes entusiasmadas asistían a los mítines y en del final, en Ciudad Bolívar, se cerró la campaña exitosamente. Fue electo Rómulo Gallegos como Presidente de la República y Lucila Palacios como Senadora por su estado de origen.

La figura de Rómulo Gallegos, en principio, apaciguó la tirantez entre los partidos políticos, luego se recrudeció el clima que rodeó a la Constituyente, la sorda lucha en Venezuela entre el poder civil y el militar y de fuerza no cesaba. Carlos Delgado Chalbaud, en la presentación de la Cuenta del Ministerio del Interior a su cargo, hizo alusiones al partido de gobierno en el sentido de querer armarse por su cuenta, mientras circulaba la consigna: *Juventud Militar, cumple con tu deber antes que sea demasiado tarde*; y a un senador, que había fundado o dirigía un periódico difusor de propaganda subversiva, le fue allanada la inmunidad parlamentaria. Así las cosas, el gobierno electo para un periodo de cinco años duró sólo nueve meses. Igual tiempo la senaduría de Lucila Palacios.

Brusco cambio de vida

Los días de noviembre de 1948 comenzaron a enturbiarse. Rumores de golpe de Estado, inquietantes preguntas sin respuestas aun para los funcionarios del gobierno. El clima político se sentía enrarecido por la inquietante crisis política. Muy pocos, entre ellos Lucila, estaban enterados de que el ejército había presentado al Presidente un pliego con proposiciones democráticamente inadmisibles. Grupos de ciudadanos se reunían con el interés de idear algún aporte en defensa del estado de derecho: los escritores, los estudiantes, la fracción de Independientes por A. D. en el Congreso, la Cámara de Comercio, cuyo manifiesto redactó Lucila. Ninguno de los manifiestos salió publicado. La prensa guardaba un desconcertante silencio sobre la situación. Se tenían noticias de que el General Carlos Delgado Chalbaud, Ministro de la Defensa, no era confiable; y en efecto, a los días apareció presidiendo la Junta Militar de Gobierno.

Lucila iba a diario a la sede del Congreso y lo hallaba vacío. Logró hablar con el Presidente Valmore Rodríguez, a quien encontró sereno. Se dirigió a la casa de A.D., también vacía, pero a fuerza de aldonazos en la puerta la dejaron entrar y se encontró con que el escaso personal aconsejaba calma a todos los que llamaban. Sin embargo, la atmósfera detectada por ella en las calles por donde se movilizaba a pie y en transporte público de un sitio a otro, era de inquietud. Hasta que llegó el aciago 24 de noviembre, día en que se trasladó

nuevamente al Congreso y apenas encontró a dos senadores en el salón de sesiones, tan ayunos de noticias como ella. Al abordar la calle Miguel Acosta Saignes le informó: *El golpe está dado*. Preocupada por el destino del Presidente Gallegos y de sus colaboradores en el gobierno se fue a su casa en El Paraíso. La noticia fue ratificada por la radio, que anunciaba la formación de un gobierno *de facto* y la prisión de Rómulo Gallegos.

La persecución a los caídos comenzó de inmediato y Lucila fue de los primeros. A las seis de la tarde dos automóviles con policías, dos camiones cargados de tropa con casco y ametralladora en mano, más un vehículo de lujo lleno de civiles, se presentaron en la cuadra preguntando por la casa de Lucila Palacios; y ella, con el arrojo que la caracterizaba en las circunstancias riesgosas, abrió las puertas del balcón y se mostró. Al abrir la puerta de la casa el contingente represivo tomó el patio, separaron a hombres de mujeres, y desde un camión, una ametralladora giraba al igual que los movimientos de ella, que en el momento pensó en el viraje de los girasoles respecto al sol. Carmen Luisa les reclamó, airada, el abusivo asalto. Luego de requisar detalladamente la vivienda hubo orden de retirada. Lucila hizo constar, en tono pausado y sereno, la violación a su inmunidad parlamentaria como senadora, algo que no les agradó a los visitantes, hasta el punto que un civil, mientras blandía un revólver frente al pecho de ella, le dijo:

-Usted era senadora, pero ya dejó de serlo.

-Se equivoca usted, caballero, yo sigo siéndolo a pesar de todo, porque a mí me dio su voto el pueblo y ese voto se halla vigente.

La respuesta, antecedida de carcajada, fue:

-¡Qué pueblo ni que pueblo!

Otro allanamiento en la casa, nocturno esa segunda vez, obligó a Lucila a idear una manera de hacer del conocimiento de los venezolanos los riesgos que se acercaban. Las líneas telefónicas cortadas no permitían el acceso a la prensa y decidió exiliarse en la Embajada de Ecuador, cercana a su residencia, para que de allí saliera la noticia a los medios de comunicación. Una vez cumplido su cometido, dio por concluido el asilo. La censura no permitía que los periódicos y noticieros difundieran sino noticias del nuevo gobierno. Fue decretado de inmediato el toque de queda.

La repentina situación implicó el descenso de Lucila de ciudadana con inmunidad parlamentaria a perseguida política, de Senadora electa por cinco años a desempleada. A pesar de los sueños inesperadamente rotos, ella tuvo claridad y disposición respecto a su conducta para la continuidad en la defensa de sus ideales, aunque el trayecto se avizorara sembrado de cardos. Sus acciones comenzaron, y con ellas, los riesgos. Se dispuso a visitar a Mercedes Fermín y a Ana Luisa Llovera, retenidas antes de irse al exilio. Atendió una convocatoria de la Asociación Venezolana de Periodistas para una asamblea de protesta por los presos políticos, la cual no se llevó a cabo porque los esbirros de la Seguridad Nacional rodearon el local. Lucila fue apresada durante seis horas en un puesto de policía. Cuando le preguntaron su identidad, respondió: *—Soy Lucila Palacios, Senador de la República.* Una vez liberada y en medio de muchas dificultades fue a la pensión donde vivía Simón Alberto Consalvi, hecho preso, para destruir una lista de nombres guardada en una chaqueta. También se propuso visitar en la cárcel a Valmore Rodríguez. Y desde un principio se integró al grupo que se reunía en el bufete de Martín Pérez Guevara para actividades clandestinas. Allí redactaron un pliego condenatorio del envío de presos políticos a la colonia de delincuentes El Dorado. Lucila resultó muy diligente en la recolección de firmas y formó parte del grupo de cinco personas que fueron a entregarlo en Miraflores. Con astucia lograron que el mismo día de la entrega apareciera el pliego en *El Morrocoy azul*. No obtuvieron respuesta, pero los presos fueron devueltos de El Dorado.

Como debía buscar recursos para la sobrevivencia, visitó redacciones de prensa y tuvo acogida en sólo dos empresas. En la de Juan de Guruceaga, editor y gran hombre que daba cabida en la Tipografía Vargas y la revista *Elite* a perseguidos políticos de la dictadura, fue empleada como secretaria suya y encargada de las páginas de arte y de literatura de *Elite*: *No ejercía la crítica, no tengo las condiciones requeridas para este oficio, pero anunciaba el recibo de las obras junto con una síntesis de sus contenidos.* Miguel Otero Silva le dio oportunidad en *El Nacional* para publicar artículos y reportajes sobre asuntos de actualidad y personajes de importancia.

La cotidianidad de Lucila se cumplía en los únicos escenarios del trabajo y la casa. No hacía vida social para no alternar, y más aún, para no

aparecer con gente del gobierno. La música, la lectura y la escritura en el hogar le permitían aislarse por unas horas de la asqueante realidad nacional: *el goce estético era como una compensación a la gran pena de los sueños frustrados*. Gracias a su constancia con la creación, en 1949 ganó el importante Premio de novela "Aristides Rojas" con *El corcel de las crines albas*. Causó revuelo el premio, primero porque resultó un enigma el seudónimo A.C.M., luego porque era difícil que ganara un escritor no afecto al régimen, y por último, porque en las circunstancias políticas del país era motivo de regocijo que el galardón recayera en una demócrata ejemplar. Todos los medios de comunicación divulgaron la noticia, realizaron encuestas de opiniones. *El Morrocoy azul* sacó la nota: "Se ganó un cuadro con un caballo", en la que dijeron que Lucila profesaba la ideología del *nomasquismo* [que no masca] por la astucia en su ocultación. Si el jurado hubiera sabido que la autora era Lucila Palacios no le hubiera concedido el premio, por eso fue tan celebrado por la comunidad intelectual opositora, que era mayoría. *Le ofrecieron un banquete de gala en el Hotel "El Conde"*. El orador fue Juan Liscano y otros escritores tomaron la palabra. El editor José Agustín Catalá le ofreció a la autora imprimir con rapidez la novela, que salió en 1950. Hubo otros agasajos y en el acto de entrega del premio Lucila se vio rodeada de lo mejor de la sociedad, las letras y las artes: *Fueron días de embriaguez espiritual... Sensación gratísima, singular, única... Todo era risueño ante mi espíritu reconfortado momentáneamente, ya que el clima político venezolano se enrarecía cada día más*.

En la siguiente edición del Premio "Aristides Rojas", la patrocinante, Anita Boulton de Phelps, nombró a Lucila su representante en el Jurado, los otros eran representantes institucionales y uno era Gobernador. Fueron dos las novelas finalistas: *La brizna de paja en el viento*, de Rómulo Gallegos y *El falso cuaderno de Narciso Espejo*, de Guillermo Meneses. Ella decidió su voto, argumentadamente, por la obra de Gallegos. La mayoría de los otros prefirieron la de Meneses. Salazar Domínguez entonces propuso que el veredicto dijera que el jurado concedía el premio a Meneses por decisión mayoritaria, lo que Lucila no aceptó:

Me opuse. Tal redacción podría ocasionar confusiones. Quería que mi responsabilidad fuera total, íntegra, en relación al ex Presidente de Venezuela y su más reciente obra. [...]

Frente a los rumores insidiosos en torno a aquel premio, el honor del escritor había quedado a salvo.

Al mismo tiempo ella le hizo saber a Meneses que su decisión no obedecía a desconocimiento de los méritos de su obra, sino a preferencia por la otra debido a algunas condiciones de mucho valor para ella. Tuvo eco su actitud. Al día siguiente, La Librería "Pensamiento Vivo" le obsequió un libro de lujo. La gente la felicitaba desde vehículos en marcha, incluso desde camiones. En la fiesta de graduación de Francisco Herrera Luque, la madre de éste la presentó ante los invitados como la del voto a favor de la novela de Gallegos y todos se pusieron de pie. Desde México, Andrés Eloy Blanco le envió una tarjeta que decía: *A Lucila, dueña de los únicos pantalones de cierto jurado.*

El año anterior al premio Lucila había escrito un primer ensayo: El "Demonio" de Stefan Zweig, autor al que leía apasionadamente porque satisfacía esa indagación suya en las reconditeces humanas que pulsan las conductas de los hombres. La motivación temática fueron los estudios de Zweig sobre tres personalidades de escritores atormentados (Hölderlin, Van Kleist y Nietzsche) en quienes los oscuros acosos de sus mentes los elevaron a la creación y los aniquilaron en lo humano hasta la autodestrucción, incluido el propio autor. Texto breve e intenso el de Lucila, sustentado en interpretaciones e interrogantes acerca de la imposibilidad en personas como ellos de acallar el "demonio interior". A Lucila, mujer de paz y mediadora en pro de armonías, le interesaban todas las facetas del hombre, porque entendía que sólo conociéndolas podía asir en su totalidad la condición humana, útil para su trabajo de conductora social y de novelista.

De nuevo la desgracia llegó para suplantar los restos del regocijo. El hijo menor, superdotado, nacido con un soplo cardíaco y por esa razón muy cuidado, de repente presentó un delicado cuadro de salud. No quería separarse de la madre y Lucila pasó a su lado veintitrés noches sin dormir. Los distintos médicos y tratamientos no pudieron detener el avance hacia la muerte, que para ella significó la reviviscencia de la de Josefina: *¡Creí que el mundo se derribaba a mis pies! Pero tenía dos hijos más. Había que sobreponerme y vivir para ellos.* La noche del velorio Leonardo Ruiz Pineda, exponiendo su vida, salió de su cobijo

clandestino y en medio de los esbirros que rodeaban la casa hizo deslizarse por la puerta una conmovedora esquila de pesar.

El corcel de las crines albas

En un corto viaje a la Isla de Margarita, Lucila, siempre atenta al entorno social, se sintió atraída por la vida de los pescadores y la ideó como motivo literario. El mar y las personas cuyas vidas dependen de esa particular geografía y del difícil trabajo sobre ella para un sustento precario, practicado entre atractivos y riesgos con dependencia del mar y su comportamiento, fue suficiente para concebir la historia, entre verdad y fábula, de su mejor novela. En un segundo viaje a la isla para una observación más detenida del medio y para establecer diálogos con la gente de mar, advirtió que el mayor drama de esas vidas era el contrabando. Oficio practicado por generaciones de familias que desarrollan sus existencias entre los peligros de la vida en el mar y los de la actividad ilícita.

Escenario aún hoy muy escaso en la novelística venezolana es el mar, e inédito era el tema del contrabando. A partir de ambos, Lucila elaboró una urdimbre de realidad social y fantasía, sintética, con lenguaje preciso y a la vez poético, con una adecuada estructura y elocuentes elementos poéticos como las voces de color: la voz roja, la voz morada, la voz negra, símbolos de estaciones o de fenómenos naturales: sequía, huracán, invierno. Una historia creíble con la dramática realidad de unos personajes que conservan sus identidades hasta el final, paisaje que no abunda pero permanece como ineludible presencia sin restarles protagonismo. En la eficaz dosificación de historias humanas y paisaje, subyace una sustancia autóctona de magia y de leyenda transmitida poéticamente, como las fabulosas predicciones de Juana, la enlunada, representación viva del alma supersticiosa del pueblo. Ella informa del paso de un jinete imaginario que atraviesa las costas y las aguas en un corcel de crines blancas, conjurando el ansia de libertad, acaso sugerencia del Tirano Aguirre, inmortal figura de esas tierras.

Para proyectar el drama de las vidas que giran en torno al contrabando por mar, la autora prefirió desprenderlo de la naturaleza árida de la isla, con alucinante luminosidad, sol quemante y sal que hace

arder la piel, como fatalidad que deben soportar quienes por vocación, legado o falta de opciones, practican el oficio en medio del agua o asumen el de salinetas. En ese ambiente viven sus afanes y sufrimientos, pasiones y desencantos, hombres y mujeres nativos como Tomaso, el Moncho o Martiña, y viejos como Eufrosina, heroína modelada por la geografía, a los que se opone con su maligna frialdad el explotador de goleteros, Pablo Amzra, a quien Martiña, el más puro personaje de la novela, por necesidad, tuvo que rendir su virginidad.

Creó Lucila un conglomerado de personajes tan sufridos como las gentes que habitan en la isla enfrentando a diario los dramas de sus existencias, signadas por la naturaleza y el riesgoso oficio, a los que trata con diferenciación, permitiéndoles expresarse por ellos mismos, con la naturalidad de que cada uno es capaz. Acierto de la escritora que por primera vez despejó de tesis la novela.

La otra Lucila

En 1950, sin haberse aún extinguido la repercusión del Premio "Aristides Rojas", en medio del éxito de la publicación de *El corcel de las crines albas* y del dolor por la muerte del hijo menor; seis días después del dolorosísimo acontecimiento, en las páginas de *El Herald* apareció la noticia de otra escritora llamada también Lucila Palacios, *la verdadera Lucila Palacios*, decía e informaba el diario que iba a tener pronto una columna con su firma. Era época dictatorial y la recién llegada al país, mujer imponente en estatura y belleza, criada en Buenos Aires por desempeño diplomático de su padre, tenía vínculos con el gobierno de la Junta Militar que había derrocado al Presidente Rómulo Gallegos. Lucila era la trabajadora por el sustento y la escritora, en la vida pública; pero a la vez, la de oculta vida de clandestinidad política, en lucha por la recuperación de la democracia. Podía derivarse alguna confusión que sólo lesionaría a la Lucila autóctona en su dignidad ciudadana, puesto que la obra literaria, por conocida y valorada, era difícil de confundir. La nueva Lucila apareció con un libro de cuentos fantásticos y se le mencionaba como autora de novelas inéditas. La noticia de prensa era un tanto insidiosa al recalcar que la nueva escritora firmaba con su propio nombre y no con el seudónimo en el que se ocultaban quienes decidían usarlo.

El imprevisto preocupó a nuestra biografiada por la confusión que podría crearse y lesionar la entereza de su conducta. Decidida como siempre a enfrentar la dificultad, abriendo un paréntesis en su gran dolor de madre, escribió una carta para el Director de *El Heraldo* y fue a llevarla personalmente, acompañada por Lucila Velásquez. En la redacción del periódico Pedro Sotillo intervino para que se tomara la medida habitual en esos casos, de agregar un distintivo a alguno de los dos nombres y consiguió que la nueva Lucila añadiera su segundo apellido, Vegas, y así quedó subsanado el gratuito inconveniente. *No obstante el feliz desenlace del asunto, mis días negros se vieron enturbiados aún más por aquel pequeño pero desconcertante desenlace, que no por pequeño dejó de ser comentado en la prensa, no sólo venezolana sino también de otros países del continente.*

Pionera de las luchas femeninas

La decisión de luchar a favor de los excluidos sociales hizo de Lucila una pionera de las batallas por las reivindicaciones femeninas. Las leyes no le concedían a la mujer derechos ciudadanos y en la sociedad no se advertía ningún signo de cambio. La Constitución de 1936 retrocedió en relación con la de 1931, en el sentido de que ésta declaraba electores a los ciudadanos mayores de edad, y aquélla le concedía el derecho al voto sólo a los varones. Esta determinación fue acicate para el comienzo de una lucha sin detenimiento ni retroceso. Lucila y el grupo de dirigentes femeninas comprendieron que la conquista del derecho al voto debía adquirir prioridad como primer paso para la participación de la mujer en la vida social y política, y a conseguirlo se avocaron. Sabían que no era un camino corto ni expedito, pero la esperanza en futuros resultados realzaba el fervor de un trabajo sistemático.

El empeño participativo de la ciudadanía, al no más morir Juan Vicente Gómez, alentó el nacimiento de instituciones femeninas con fines de trabajo social y cultural. La primera, el "Ateneo de Caracas", nació por idea de María Luisa Escobar, quien fue su primera presidenta y trabajó con un equipo de mujeres que, en su mayoría, habían traspuesado las puertas del hogar saliendo valientemente a la calle en apoyo a los rebeldes estudiantes contra la tiranía gomecista en 1928. Mercedes Carvajal los había apoyado pasivamente porque su estado de salud en el

momento no le permitía otra forma de solidaridad. Fueron surgiendo otras organizaciones femeninas con fines coincidentes con los de la institución pionera: la “Asociación Cultural Interamericana”, la “Asociación Venezolana de Mujeres”, la “Agrupación Cultural Femenina”, y a la par, nombres: Irma De Sola Ricardo, Ada Pérez Guevara, Luisa del Valle Silva, María Teresa Castillo, Josefina Juliac, Ana Julia Rojas.

Lucila, desde la provincia, mantenía contacto con todas ellas y lo activaba durante sus viajes a Caracas, aportando ideas y trabajo, lo que le valió el nombramiento de Secretaria del “Ateneo de Caracas”, cargo que desempeñó durante dos años. Como dicho Ateneo se había planteado contribuir a la formación de ateneos en las distintas ciudades del país, ella viajó en esa misión a unos cuantos estados para impulsar el movimiento o para las inauguraciones. En 1937 fue fundado el “Ateneo de Guayana” y ni siquiera fue informada. Un periódico local recordó su trabajo y ella a propósito escribió:

Estoy acostumbrada a muchas cosas por el estilo...Pero encuentro que eso de que prescindan de un esfuerzo, por pequeño que sea, y en la propia tierra, es inexcusable desde el punto de vista del compañerismo. Aunque yo creo que la interpretación ideológica del compañerismo no es la misma en los centros civilizados como en los que no lo son sino a medias. Y nuestro país, desgraciadamente, está incluido en la medianía.

Todas las dirigentes de la época estuvieron de acuerdo que sólo con un trabajo eficaz desde las organizaciones femeninas comenzaría la mujer venezolana a ganar presencia y voz en el país. En otras naciones la lucha por el voto y por reivindicaciones laborales de la mujer tenía décadas, en Venezuela apenas comenzaba.

La decisión de participar en todas las situaciones del país hizo que el 14 de febrero de 1936 las mujeres se sumaran a las acciones cívicas que se llevaron a cabo contra un reglamento censor de la prensa. Hubo una manifestación masiva en la plaza “Bolívar” de Caracas con repercusión en toda la ciudad, la cual se paralizó ante el inesperado ataque armado desde la Gobernación, situada al frente. Consecuente con la creencia de que *las mujeres teníamos que hacernos sentir como grupo, en todos los órdenes, donde quiera que se tratara de una reivindicación*, Lucila redactó una nota y la llevó personalmente a la prensa. Por la tarde

acudió al lugar que le fue asignado en la plaza "San Francisco" con un cartelón que anunciaba: *Representación femenina de Guayana*. Fueron muchas cuadras de gentes que, en manifestación, recorrió las calles céntricas de la ciudad hasta el Panteón Nacional, donde se dispersó. Como hubo heridos, al día siguiente se estableció la "Junta Patriótica Femenina" para cooperar en el auxilio. Como en toda situación estaban presentes las mujeres, también crearon una "Guardia Cívica Femenina", a semejanza de la "Guardia Cívica", creada como cuerpo de vigilancia, pues la ciudadanía rechazaba a la policía y a la tropa por el recuerdo de los atropellos ejecutados por esos cuerpos durante el gomecismo. A la guardia de mujeres, entre otras tareas, le fue asignada la de asistencia al Congreso Nacional el día en que iban a organizar los poderes públicos.

Sin desmayo alguno en el trabajo y en medio de un orquestado combate de todos los movimientos femeninos, en 1946 se vio el primer resultado, cuando la "Junta Revolucionaria de Gobierno" emitió el "Estatuto para la elección de Representantes a la Asamblea Nacional Constituyente" que permitía la inclusión de mujeres en las planchas. El reconocimiento adquirido por el trabajo, no sólo social sino también intelectual, realizado por las mujeres a través de sus organizaciones, les fue ganando apoyos de otras organizaciones *ad hoc*, de destacadas individualidades en materia jurídica y de dirigentes políticos, útiles como apoyos a las proposiciones hechas en la Constituyente y para los proyectos legales a introducir en el Congreso, frustrados por el abrupto final del gobierno democrático. La Constitución de 1947, emanada de la Constituyente, en el artículo 80 declaró elegibles para cualquier cargo público a los electores que sepan leer y escribir, mayores de 21 años.

Las dirigentes, Lucila entre ellas, sabían que apenas se había alcanzado el primer peldaño de las aspiraciones legales y que faltaba lucha para las otras adquisiciones. La enérgica conducta de las mujeres que llevaron a cabo esa inicial contienda, desafiando acervas críticas, costumbres y prejuicios, enfrentando ataques de todo tipo, les ganó para la historia el destacamento de pioneras. Lucila continuó junto a las nuevas generaciones que después fueron liderando en la continuidad del trabajo por reformas indispensables en el Código Civil y en otras leyes.

Tiempo de sombras y luces: 1951-1970

Exigente y riesgosa actividad política

Con la muerte de Carlos Delgado Chalbaud el mando pasó a una Junta Cívico-Militar. Las elecciones a las que el gobierno convocó en 1952 para elegir Presidente, resultaron una farsa, pues a pesar del triunfo abrumador de la tarjeta amarilla de la unidad opositora, fue desconocido, el candidato ganador Jóvito Villalba enviado al exilio y Marcos Pérez Jiménez asumió como Presidente Provisional para, en 1953, ser proclamado Presidente Constitucional por una espuria Asamblea Nacional Constituyente. La dictadura, según acertado decir, pasó de blanda a dura. Arreció la persecución con brutales allanamientos a hogares, exiliados, prisioneros y torturados, tanto hombres como mujeres. Fueron años terribles, de aguerrida lucha clandestina, de asesinatos y desaparecidos, fracasados intentos de derrocamiento, cada uno de los cuales producía más reciedumbre en el combate. Los jefes políticos caídos eran inmediatamente sustituidos, a veces por jóvenes resteados por la recuperación de la libertad. Los partidos determinantes de la lucha clandestina, Partido Comunista de Venezuela y A. D., supieron de muchas bajas importantes, de muchos militantes condenados a una muerte en vida como reclusos incomunicados y abandonados a sus propias resistencias en regiones insalubres, como Guasina.

Los espías pululaban en todos los lugares, cerrados y abiertos, para cazar disidentes. Fueron prohibidos los encuentros en las calles. Cuando se salía no había seguridad de regresar, puesto que la cárcel o la muerte podían interponerse y torcer el rumbo en la vida de cualquier ciudadano que fuera siquiera sospechoso de oposición al régimen.

Dentro de esa realidad del país, Lucila continuaba su trabajo regular a la vista y el clandestino, cada vez más comprometido. La urbanización Los Rosales, donde habitaba en Caracas, era un emporio de rebeldías traducidas en proyectos y ejecución de acciones muy variadas e igualmente peligrosas, elaboración y reparto de manifiestos, casas de familias que albergaban perseguidos políticos, héroes anónimos a quienes después cubrió el olvido, y ella, en sus memorias, les rindió el homenaje del recuerdo de sus hazañas, como a Marcial Pisani. También vivían allí figuras de doble vida, la social y profesional y la clandestina, como Martín Pérez Guevara y José Enrique Machado.

Ante el estado de frustración democrática y de imprecisas esperanzas de recuperación, hubo pareceres opuestos sobre las acciones a desplegar. Dentro de la militancia de A. D. un grupo decidió la línea dura para derrotar por las armas al gobierno dictatorial, aunque las mayorías, incluida Lucila, quien nunca fue amiga de la fuerza ni de salida distinta a la constitucional, preferían la lucha sistemática y organizada, para la que se fundó el "Bloque Democrático Nacional". Sin embargo, a ella no le valió defender dicha posición porque impensadamente, se vio envuelta en una acción de fuerza, en 1949. El 12 de octubre fijado para el levantamiento de los cuarteles, que no se produjo, su casa, de repente, se llenó de dirigentes adecos comprometidos y ella no podía echarlos a la calle. El daño de la línea telefónica particular impidió la llamada decisiva. Ante el fracaso, los hombres y mujeres descubiertos por su participación en el complot fueron apresados o enviados al exilio. Parece que a Lucila la acompañara una buena estrella en momentos de mucho riesgo, pues cuando el entierro de Mario Vargas, mantenido en silencio por los esbirros del régimen, pero con asistencia de gentes que acudieron a homenajear al militar democrático, ella actuó en la convocatoria y además cumplió el encargo de repartir una hoja impresa donde se hablaba al pueblo de sus derechos pisoteados, la Seguridad Nacional llegó después de hecho el reparto y

de que ella saliera por la puerta derecha del cementerio, mientras los agentes penetraban por la puerta izquierda. En vista de la baja sufrida con los presos y exiliados a causa de la acción fracasada, ella se vio en la obligación, junto con Eduardo Arroyo Lameda, de encargarse del "Bloque Democrático Nacional", organización efímera por los inconvenientes que le opuso la dictadura.

No faltaban nuevos tropiezos en la vida de Lucila. En medio de los disturbios estudiantiles en la Universidad de Los Andes una joven cacheteó al Rector, y para causarle daño a la madre, se corrió la falsa especie de que había sido Carmen Luisa. Afortunadamente, se pudo comprobar la verdad. Como la universidad continuó en crisis, Carmen Luisa se fue a seguir estudios de Medicina en Maracaibo y León los de Ingeniería en Costa Rica.

Entre luchas y derrotas Lucila logró tomarse unas vacaciones por el país. Necesitaba distender un poco la tensión que mantenía en vilo a los luchadores clandestinos. Y se fue con el esposo a un recorrido por Venezuela, no por mucho tiempo pero sí nutrido de pueblos y regiones. El esposo era viajero de oficio, ella, por vocación de conocimiento y contacto con la tierra y las gentes. En cada estación disfrutaba de las anécdotas y las leyendas del lugar. La del río San Esteban, en Carabobo, fue, por su belleza, la que más la impresionó. En Monagas, la atrajeron los pájaros guácharos de la cueva epónima y la ciudad de Caripe continuada en cafetales. Ella, como siempre, tomaba notas que después aprovechaba para textos de crónicas y libretos radiales. En Atagracia de Orituco, una compañera de lucha en la preparación del Primer Congreso de Mujeres hizo pública su presencia. Fue entrevistada, recibió homenajes y accedió a dictar charlas. En sus memorias, la síntesis evocativa de ese viaje se entrelaza con la reflexión:

Corazón de la madre tierra, íbamos sobre tu latido. Llano, montaña, región minera, a través de todo lo que ofreces al hombre. Y esta patria mía y nuestra, -la de todos los compatriotas que lleguen a conocer estas páginas-, tiene para dar y hasta sobra en ofertas.

Al ver este territorio tan prometedor insisto en lo que podríamos ser si los gobiernos irregulares, si los gobiernos de facto no nos hubieran atrasado.

Al regreso, un nuevo intento de golpe cívico-militar, al que apoyaron los combatientes de su urbanización, también fracasó dejando su secuela de detenidos. La decisión de combatir sin violencia seguía intacta en ella.

En lo familiar, Carmen Luisa contrajo matrimonio, en 1953, con Arnaldo Piñango Briceño, quienes procrearon a María Josefina, Xavier y Luz Marina. Lucila se las averiguaba para destinar algún tiempo a la costura. Se hicieron célebres las hermosas blusas de confección propia que lucía.

A contrapelo de las vicisitudes políticas y personales, la literatura de Lucila seguía su curso. Después de *El corcel de las crines albas* y durante los años dictatoriales la temática de la escritora osciló entre la violencia primitiva de *Cubil*, la violencia política y la lucha por la libertad en *El día de Caín*, y la soledad existencial de *Niebla*, por un lado; por el otro, la ternura y la delicadeza no siempre exentas de drama de *Cuentos en miniatura* y de la pieza teatral para niños *Juan se durmió en la torre*, publicados en 1955 y 1956. La lectura de los pequeños cuentos convence de que Lucila nunca se desprendió de ese reservorio de ternura y sensibilidad por las cosas menudas y los seres del común que la acercaban al espíritu infantil para sembrarle conocimiento, amor y esperanza en la vida. "Murrungo, el rebelde" es un excelente cuento para niños en el que la búsqueda y el hallazgo de libertad es sugerida en una bella historia vivida por una pareja de gatos y escrita con poética sencillez. En cambio, en el cuento "Cosas de muñecas" la libertad es negación, como en muchas vidas humanas. En "El castillo de caramelo" es sugerida la ilusión de lo efímero. Lucila tuvo presente, al escribir el breve libro, la verdad de la vida humana que nunca esquivó en su escritura, ni siquiera en los de más inocente apariencia.

En la derrota de la dictadura

Constitucionalmente estaban pautadas elecciones presidenciales para diciembre de 1957. Ese año los partidos comenzaron a exigir condiciones, con igual intención se fundó la "Junta Patriótica" con un representante por partido, pero el dictador se adelantó anunciando ante el Congreso que el nuevo Presidente sería electo por un plebiscito. Se desataron las protestas, abundaron los comunicados y las huel-

gas, todo lo cual se fue acrecentando con el paso de los meses y más aún al celebrarse en diciembre el plebiscito favorable a la continuidad del dictador.

Lucila y Arocha fueron a pasar la Navidad casa de Carmen Luisa y Piñango en Ciudad Bolívar. El 1º de enero emprendieron el regreso. Arocha quiso tener noticias de Caracas pero las estaciones de radio no funcionaban. De pronto, un comunicado oficial informó sobre la aviación en rebeldía que había llegado al Palacio de Miraflores. La pareja pernoctó en Valle de la Pascua donde encontraron a la gente muy esperanzada, pero no obtuvieron mayor información porque el dueño del hotel había cortado la transmisión radial. En medio de gran incertidumbre llegaron a Caracas y enseguida supieron que la flota del gobierno, en desconocimiento de órdenes, se había tirado al mar y que el Ministro del Interior y el Jefe de la Seguridad Nacional se habían ido al exterior. Comenzaba el derrumbe de la dictadura.

Lucila fue convocada a la sede del diario *El Nacional* donde un grupo de escritores se disponían a redactar un manifiesto en defensa de la libertad, que ellos y otros intelectuales firmaron encabezados por Mariano Picón Salas y el cual hizo historia como el *Manifiesto de los Intelectuales*. Pasando por encima de la censura que había obligado a la prensa al silencio sobre la situación, *El Nacional* lo publicó al día siguiente. Fue grande el entusiasmo de la población al leerlo. Comenzaron a salir otros manifiestos, incluso uno de las amas de casa. A la salida del periódico los asistentes se encontraron con una espontánea manifestación popular, que fue disuelta a sablazos por la policía. Lucila pasó erguida y sin prisa por entre los piquetes de policías dispuestos al ataque y a las detenciones y pudo llegar a su casa en autobús. Mucho sabía ella de transformar el miedo en valentía y lo demostró en esos días finales del pérezjimenismo. Mientras tanto, la casa vigilada, el peligro constante de ser capturados, pero a la par, la astucia de los rebeldes que siempre hallan posibilidades de comunicación. Se preparaba una huelga general y, al efecto, hubo una reunión en el Colegio de Médicos, a la que los asistentes entraron con gran sigilo. Ella, junto con Luis Barrios Cruz, Eduardo Arroyo Lameda, José Nucette Sardi y Alexis Márquez Rodríguez, convinieron en representar a los escritores que no pudieron ser convocados y los cuatro quedaron incluidos en el

Comité de Comunicación. Se fijó cita para el día 21 en la Plaza Henry Clay. Lucila acudió y luego de buscar a la nuera, de pronto ambas formaron parte de una manifestación. Ese día quedó en la historia del país como el decisivo de *el miedo de no tener miedo*, día de sin par emoción colectiva, cuando al mediodía, en atención a lo acordado por la “Junta Patriótica”, sonaron campanas, bocinas de todo tipo de transporte terrestre, sirenas de fábricas y el pueblo se lanzó a las calles con banderas y cantos patrióticos. Como siempre, apareció la policía armada y dispuesta al ataque, por lo que un numeroso grupo de personas se refugió en un edificio en construcción y enfrentaban las balas con gavillas y piedras. Lucila iba en una columna en marcha y fue advertida de que el sitio que ocupaba era un blanco para las descargas: *Pensé que abandonar mi puesto en ese instante podría considerarse como una desertión y ser un mal ejemplo. Decidió permanecer en él a pesar de la advertencia, pero un grupo de jóvenes la llevaron, casi a la fuerza, a un edificio cercano.* La policía comenzó a golpear la reja de entrada y todos tuvieron que subir las escaleras a gatas y en absoluto silencio. Así llegó ella al penthouse donde una familia española le brindó refugio y después de varias horas pudo retornar a la casa de la familia de la nuera, de donde, junto al grupo protegido allí, salían de repente al medio de la calle, desafiando el peligro, para gritar: *¡Abajo la dictadura!* Logró comunicarse con su familia y supo que León andaba en su búsqueda. Mientras tanto, el pueblo se sumaba a las manifestaciones cívicas. El cerro La Charneca fue ejemplo de valiente resistencia. Se libraron luchas en las calles entre viejos reservistas y soldados para quitarles a éstos las armas. La huelga se extendía. Madre e hijo salieron a recorrer calles, barrios y urbanizaciones dudosas de incorporación a la huelga y ella trató de convencer al dueño de un negocio de la conveniencia de que cerrara.

Llegó el día 22. La familia estaba reunida en casa de la madre de Lucila, sin teléfono y con una televisión sin imágenes, que sólo transmitía falsos triunfos del gobierno y amenazas para los huelguistas. De pronto León llegó con noticias de edificios incendiados, carros volcados por insistir en seguir transitando, de un barrio que disponía de un cañón y de ametralladoras, se sabía de la fabricación de bombas molotov. El cansancio rindió a Lucila y se durmió. Al cabo de unas horas

notó inquietud en el vecindario y al encender la televisión se enteró del ultimátum dado por la Armada al dictador y la instauración de un nuevo gobierno. En un avión que cruzó el cielo de la ciudad huía el dictador con algunos de sus colaboradores.

El 23 de enero de 1958 fue el despertar de la libertad que el pueblo festejaba eufórico en las calles con cantos, risas, lágrimas, abrazos. Sin embargo, faltaban tareas importantes por cumplir, como rescatar a los presos de la Seguridad Nacional y allá se dirigió ella con León. Era zona de gran peligro, pues los esbirros se habían atrincherado en el local usando presos como escudos. Un pañuelo ensangrentado con coágulos colgantes y pendiente de una pica introdujeron en el vehículo del hijo como comprobación de que matar, para ellos, era la decisión de salvamento. Una ráfaga de balas salió del edificio y la gente no tuvo otra escapatoria que echarse al suelo. A Lucila las balas le pasaban sobre el cuerpo. Ante el peligro se dijo: *-¿Qué debo hacer?* Y se respondió: *-Portarme como un soldado.* Entre arrastradas e incorporaciones a medio cuerpo fue avanzando hasta salir de la zona, en eso se dio cuenta de que había perdido un zapato y un desconocido que la ayudaba en la escapada, se lo recuperó. Luego ella, León y Rafael de Armas decidieron dirigirse a un cuartel improvisado para avisar al nuevo gobierno la situación imperante en los alrededores de la Seguridad Nacional, los mandaron a Miraflores y prefirieron ir a la prensa. En *El Nacional* Miguel Otero Silva, que recién había salido en libertad, estaba enterado de la situación y avisado ya a las autoridades, además de pasar información al diario. El pueblo, alerta como se mantenía, presionó para que de la Junta de Gobierno salieran dos militares relacionados con el régimen depuesto. Rodeando al Palacio de Miraflores se gritaba la consigna: *¡Civiles sí! ¡Militares no!*, y los militares fueron sustituidos por dos civiles. Se conocieron al fin los nombres de los integrantes de la "Junta Patriótica", que desde el anonimato habían conducido las últimas acciones. Como se comenzaron a planificar las elecciones para Presidente y Congreso, Lucila fue escogida para ocupar el segundo lugar para el Senado en la plancha de A. D. en Caracas, pero los votos no la favorecieron. Los hijos, ya graduados, decidieron agasajar a los padres con un viaje por Venezuela y ella escogió los Andes, a los que no conocía. Fue un buen viaje del que ella decidió regre-

sar antes de la toma de posesión del Presidente electo, Rómulo Betancourt, el 13 de febrero de 1959, de la que no quería estar ausente.

Venezuela entraba a la era postdictatorial que se había comenzado a cumplir en América Latina. Había caído J. D. Perón en Argentina y se advertían fracturas en los gobiernos de Colombia y de Cuba.

La novela de la resistencia civil

Mientras Lucila era empleada de la Tipografía “Vargas” y de la revista *Elite* y mantenía columnas de prensa, porque de uno y otro trabajo devengaba la subsistencia, sin desatender el hogar ni la actividad clandestina, entre 1954 y 1955 escribió *El día de Caín*, novela que tuvo que mantener oculta hasta un futuro de libertad que le permitiera ser editada y circular sin trabas, como sucedió en marzo de 1958, a menos de dos meses de derrotada la dictadura y por la que al siguiente año obtuvo Accessit al Premio Nacional de Literatura. Declaró a *El Nacional* apenas salido el libro:

Preparé mi novela mientras Venezuela sufría el calvario del horror y de la amargura. Pero yo sabía que algún día el pueblo venezolano triunfaría. Escribí, pues, mi novela, precisamente para dejar un documento que a través del substratum literario exaltase lo que ha sido la resistencia colectiva que es el tema, el motivo.

El día de Caín fue la primera obra narrativa publicada en el país sobre la resistencia civil durante los negros años cincuenta de su historia. Lucila Palacios inició con ella esa modalidad, que después se fue enriqueciendo con aportes narrativos de, entre otros, Miguel Otero Silva y José Vicente Abreu. Una vez más, la escritora desarrolló un tema de excepción en la narrativa venezolana y en la escrita por mujeres hasta entonces. Tema que, en la inmediatez, sólo podía ser tratado por quien, como a ella, el activismo clandestino le hubiera proporcionado las vivencias necesarias para sustentar la ficción.

Inspirada en personajes reales con quienes trató durante las acciones antidictatoriales, la novelista fue desplegando la historia en un bien logrado clima de persecución y esperanzada valentía, en el que se mueven personajes opuestos en objetivos de vida y ocupaciones. Las antinomias, tan propias de la escritora, tan galleguianas, se justifican

en esta novela, puesto que está documentada en una realidad sin matices, de cómplices y combatientes de la realidad política. Los personajes poseen la fuerza dramática que el tema exige, y resultan actores de una historia creíble, escrita con autenticidad, donde lo imaginativo y lo veraz se funden en una aleación que roza con el mito. Para elaborar la metáfora de la libertad reprimida, representada por Caín, contra el pueblo de Venezuela, representado en Abel, Lucila se inspiró en la Biblia, que es uno de los elementos intencionalmente universalizantes de la obra, al igual que la escogencia del personaje de Horacio Rital, un republicano español que llegó a América con su único equipaje de idealismo humanista y espíritu de lucha por la libertad en cualquier suelo. Él no accede a la tentación de una riqueza fácil que se le presenta en la persona de dos lucrantes del petróleo, a cambio de desdecir de sus principios, y opta por sumarse a la lucha clandestina que le cuesta, al final, la vida, junto al joven utopista Alfredo Pinal, con el que se había aliado, porque *la realidad era más fuerte que todos los sueños*. La autora no podía dejar fuera, en correspondencia con sus principios, al héroe anónimo de la lucha, y lo personifica en la pareja Daniel y Antonia Torrelas, aquél derrotado y ésta esperanzada.

El día de Caín, aparte de sus méritos literarios, es una útil lectura para quienes no vivieron la década de horror.

“La Embajador” en Uruguay

La muerte de la madre fue un acontecimiento coetáneo con la recepción del placet de Embajador. Dolor que Lucila llevaría en secreto por vuelos y tierras hasta llegar al destino fijado de Montevideo.

No fue Lucila Palacios un embajador más. Desde el nombramiento entendió la importancia de la misión que debía cumplir como representante de un país cuyo distintivo en el exterior era el de productor de petróleo. Ella se dispuso a cambiar esa imagen con una sistemática difusión de la cultura, los valores humanos y la geografía de Venezuela, en los varios niveles sociales y culturales del país del sur. Ante ella se erguía el otro reto de ser la primera mujer embajador. El hecho ya había causado sensación durante la escala en Sao Paulo. Allá tuvo que atravesar un trecho en medio de pantallas televisivas y fotógrafos de prensa, interesados en difundir la imagen de la mujer que iba a encar-

garse de una Embajada. Cuando fue a presentar credenciales, la gente de Montevideo estaba en la calle para ver a “La Embajador”. Así decidieron llamarla para distinguirla de la esposa del embajador.

La conducta amplia y comprensiva de Lucila la ayudó para emprender la labor deseada. No cambió al personal de la Embajada, aun cuando lo encontró dividido, y logró integrar un equipo de trabajo que entendió la labor que ella se había propuesto. En ningún momento se sintió extranjera porque percibía el trato de los uruguayos parecido al de los habitantes del Caribe. La satisfizo la cultura del ciudadano uruguayo, su desamor por el lujo, la importancia concedida en la educación al carácter, los modales, la cortesía, el sentido de responsabilidad, la sensibilidad artística. El paisaje de la ciudad le hacía evocar a su Ciudad Bolívar: *Así te evoco frente a Montevideo. Tú te asomas en el espejo claro del río. La capital uruguaya se refleja en su estuario de un gris azulado como una lámina de azogue bajo el sol.*

Desde un principio comenzó a tener contacto con la gente común. Acostumbraba viajar los fines de semana, acompañada del esposo, a poblaciones fuera de la capital para conocer a los uruguayos: sus modos de vida, costumbres, tradiciones, habla, sin descartar el paisaje. Sólo de la constatación de existencias rurales, conservadoras de creencias y comportamientos primitivos, pudo escribir con tanta autenticidad los cuentos del libro *Cinco cuentos del Sur*, publicado en Montevideo, en 1962. Relatos de recios motivos y recio tratamiento. “Ancestro” es un cuento ejemplar, sin desperdicio de palabras ni de acontecimientos, en el que hombre y naturaleza se muestran en su dualidad apacible y violenta, fundidos en la convivencia irreductible, con penetración en el ser enigmático del indio, capaz de protagonizar las mayores tragedias con impassibilidad, porque desconoce otro comportamiento. El indio del cuento mata a su propio hijo por considerarlo traidor a la raza, en la creencia de que es su deber. Cuento donde la poesía es expresada en una mixtura de lenguaje castizo y regional, sin que impida la comprensión. Es quizás el mejor libro de cuentos de la autora. Con él quiso dejar testimonio de su compenetración con las gentes y el paisaje uruguayos, desde las propias entrañas de América Latina.

La vivienda escogida no tenía nada de ostentosa:

Siempre he creído que los funcionarios tanto políticos como diplomáticos deben ser parcios en sus gastos. No se acepta un cargo para despilfarrar los dineros de la nación. Así que mi residencia, de acuerdo a mis ideas y al Reglamento que rige el servicio exterior venezolano, era decorosa, confortable, digna de una Embajada, pero sin exageraciones.

Por esa razón sólo celebraba recepciones íntimas en la casa. Cuando le correspondió entregar la *Orden del Libertador* al entonces embajador Siles Suazo, concedida por Venezuela cuando era Presidente de Bolivia, la recepción en grande se celebró en otro lugar.

Los diez años en Uruguay fueron de trabajo incesante, el rutinario del cargo y el extraordinario de la proposición llevada en mente y cumplida con éxito. Por esa razón viajó al exterior sólo cuando fue indispensable. Las vacaciones eran en Venezuela. En el viaje de 1964 la muerte de la hermana Carmen Rita opacó su regocijo democrático por el traspaso del poder, por primera vez en el país, de un presidente a otro, electos democráticamente: de Rómulo Betancourt a Raúl Leoni. Sólo una vacación pasó en otro país, Perú, invitada por León, quien realizaba allá un estudio. Aprovechó de visitar lugares históricos. Por su hipertensión no pudo ascender al Cuzco. El viaje se acortó ante los rumores de que iba a ser cerrado el tráfico aéreo debido al asesinato del Presidente Kennedy, de los Estados Unidos. Además, ella siempre se comportó contraria a abandonar el cargo durante muchos días, para no interrumpir el ritmo de trabajo.

Como parte de su actividad de Embajador siempre recibió por igual a los personajes venezolanos que llegaban a Montevideo y organizaba para ellos homenajes de acuerdo al rango de cada uno. Por igual fue agasajado en grande Rafael Caldera, el líder de la Democracia Cristiana y candidato presidencial, que Rómulo Betancourt, Presidente de la República y líder de la Socialdemocracia, con la que ella se identificaba. Otros demócratas venezolanos con trayectoria significativa eran recibidos como *Huéspedes de Honor*: Luis Beltrán Prieto Figueroa, Clarisa Sanoja, Carmen Verónica Coello, entre otros.

El despliegue del trabajo cultural como meta alterna de la Embajador no se detenía, pues desde el comienzo obedeció a una planificación. Ni siquiera sufrió mella cuando por la crisis económica de Venezuela, en 1962, el personal subalterno fue reducido a un solo secretario.

Ya había concitado reconocimiento y colaboraciones suficientes de instituciones y personas del país uruguayo. Constantes charlas, conferencias, proyecciones de diapositivas y películas, exposiciones bibliográficas, pictóricas y fotográficas, presentaciones de danzas y folklore se llevaban a cabo en: ateneos, casas de cultura, asociaciones femeninas, instituciones educativas. Una de las primeras acciones fue recorrer las escuelas de Montevideo. Semanalmente visitaba una, acompañada de alguien del personal de la Embajada y de Jorge Figueredo, donde era dictada una charla y se hacían proyecciones de diapositivas y documentales sobre Venezuela. Una vez cumplido el plan de la capital, procedieron igual en la provincia.

La Biblioteca "Andrés Bello", una de las primeras realizaciones del plan de cultura, fue puesta en funcionamiento con 5.000 ejemplares en la sede de la Embajada, en abril de 1960. Sirvió de sede a múltiples actividades de cultura, incluidos foros con figuras de distintos países que llegaban a Montevideo y accedían a la invitación recibida de la Embajador.

Todo lo hacía Lucila Palacios impulsada por una gran pasión venezolana, acrecentada cuando oía decir a los uruguayos visitantes de su patria: *se está forjando un país*. Frase que sentía alucinante y se le unía a la sensación de estar contribuyendo en algo a la estabilidad del viejo sueño democrático:

Soñaba con un país fortalecido en el sistema democrático, alejado ya de los "golpes" y de las turbias acechanzas de su historia, en plena utilización de los recursos naturales, superada la indisciplina que es el mayor de nuestros males, consagrado cada venezolano a darle empuje, a hacerlo prosperar. Veía al Caroní como un gran potencial eléctrico, al Orinoco, el río padre, como un medio de comunicación hispanoamericano. Cada ciudad con sus servicios hospitalarios en orden y una salud a prueba. Cada ciudad limpia como una taza de plata o de cristal. Y que en la renovación general se borrara la miseria, ese manchón de nuestras poblaciones.

Y este sueño me dominaba por dentro e incentivaba otras ensoñaciones más amplias que abarcaban el mundo. No podía comprender por qué, en ciertos países, para lograr la igualdad, se rebajan las clases sociales. Yo creo que debe ser todo lo contrario: poner una tasa a la riqueza, eso sí, para que no haya excesivamente ricos ni excesivamente pobres,

que cada hombre, que cada mujer, que cada niño, que cada anciano, tengan medios de vivir felizmente.

La democracia en Venezuela vivía una época de turbulencias por el enfrentamiento de la izquierda revolucionaria con el gobierno. Fue firmado el Pacto de Punto Fijo entre los tres mayoritarios partidos democráticos del país para defender la gobernabilidad. El Partido Comunista formó parte de la lucha armada. Hasta Lucila, en Montevideo, llegaron los aletazos de la controversia política. En diciembre de 1960 el periódico de la Confederación Sindical de Uruguay hizo la denuncia de una quinta columna pérezjimenista-comunista en la Embajada de Venezuela y se acusó a la Embajador de *ingenua o cómplice*. En Montevideo, todos los años, cada 23 de enero celebraban la continuidad de la democracia en Venezuela, y a la par, un grupo de estudiantes venezolanos, antes amigos de la Embajada, hacían una manifestación que llegaba hasta la casa de la Embajador y gritaban: *¡Venezuela sí! ¡Yanquis no!* Ella siempre sospechó de un venezolano como instigador, del que omitió el nombre en sus memorias por temor a una injusticia.

Por la larga permanencia en Uruguay (1959-1969) Lucila alcanzó el Decanato, que en la práctica fue el Subdecanato, ya que por acuerdos internacionales el cargo oficial estaba destinado al Nuncio.

En Uruguay Lucila tuvo la oportunidad de ser presentada a grandes figuras mundiales, como Indira Ghandi, los presidentes Charles De Gaulle y Saragat. Durante una reunión internacional americanista le tocó estar al lado del Che Guevara, con quien estuvo conversando: *me pareció un hombre sencillo, afable y con un fondo de tristeza en los ojos*. Igualmente tuvo la oportunidad de establecer amistad con escritores y artistas, entre ellos Juana de Ibarbourou y Dora Isella Roussell, con quienes continuó manteniendo correspondencia desde Venezuela.

Durante la década montevideana abundaron la escritura y las publicaciones de la obra personal de Lucila. En 1960 recibió la publicación de *Tiempo de siega*, una de sus novelas más desesperanzadas. Tanto como *Cubil*. En ella todo es drama, oscuridad, como si los seres humanos en el mundo contemporáneo no abrigaran lugar a ningún hábito de felicidad, optimismo o amor. Como si los gestos nobles y el altruismo,

nunca se revirtieran en afecto sino en desprecio y voracidad de dinero, único dios de la sociedad materializada. En la novela las pasiones malsanas distorsionan el medio familiar de la tía y su esposo, hechos cargo de tres sobrinos huérfanos, a quienes se dedican en absoluta entrega, cuyas penurias confrontadas en olvido de sí mismos cobran la vida del esposo, y con ella queda cancelada la única claridad de la historia, que era el amor de la pareja. El resto es decepción y amargura por la falta de afecto y el desdén de los sobrinos por la pobreza de la tía-madre, puesto que fueron ganados por el dinero convertido en valor; y lo inesperado, la avaricia despertada en la humilde mujer ante el dinero obtenido por un golpe de suerte y ocultado de todos, pero el que ocasiona la tragedia de su asesinato y la destrucción de la fortuna que no resultó ser para nadie. Intencional aleccionamiento sobre el materialismo erigido en valor y objetivo único de vida, que era casi una obsesión en Lucila. También de Venezuela recibió una segunda edición de *Mundo en miniatura* con el añadido en el título, del artículo “el” y la eliminación de un cuento, por cierto, el mejor de todos.

En Montevideo Lucila editó también el tríptico *Poemas de noche y de silencio*, única publicación suya en el género; *Ayer violento*, libro en el que la autora reúne en sus tres partes, cuentos de violencia, uno psicológico y otro fantástico con sentido alegórico, las tres motivaciones de su cuentística. Y *Cuartillas cívicas*, una recopilación de artículos de prensa que, en conjunto, presentan una fisonomía de Venezuela en los distintos rubros y cuyos planteamientos conservaban –y aún conservan– vigencia. Muy leído en Uruguay, quizás porque satisfizo el deseo de conocimiento de Venezuela que la “Embajador” había despertado.

Dos ediciones más

Cuando partió de Uruguay Lucila estaba escribiendo *La piedra en el vacío* y había enviado a la editorial Oasis de México *Signos en el tiempo*, conceptuada como: *obra de singular destino, pues nunca ha llegado a las librerías de Venezuela*. Novela con mala suerte, añadimos, porque inexplicablemente, la autora sólo recibió un exiguo número de ejemplares que regaló a sus amistades y nada más. Es distinta a las novelas precedentes de la autora. Aborda el tema de la juventud de los años sesenta y setenta, su decisión de abrirse paso con violencia y hacerse

sentir en la sociedad, aunque fuera por desafueros. Entendido como mundial el fenómeno, ella no ubica la historia en un lugar concreto sino, como dice en el epígrafe de propia autoría: *Reflejo de una época. Semblanza de muchas ciudades en una sola*, intención en la que abundó en una carta a Matilde de Garibaldi, amiga de Montevideo: *trata sobre la violencia de la juventud moderna, sus características, los factores que contribuyen a su impulso. Como el caso es similar al de otros países del nuevo continente no la situé en un lugar determinado.*

Es una novela bien conducida narrativamente, en la que la confusión de valores en medio del brusco cambio social de esos años induce a unos jóvenes de clase media alta con aspiración de destacarse, de sobresalir en el montón, a ingresar a una “pandilla”, cuyos jefes son delincuentes por quienes en algunas situaciones sienten admiración, a veces mezclada con horror ante hechos presenciados; pero, en medio de la confusión que viven, por momentos desean emularlos. Padres a quienes sus ocupaciones burguesas les hace suponer a sus hijos incapaces de toda incorrección, y cuando descubren sus incursiones delictivas, los envían al exterior para que regresen lavados de culpa. No hay tesis en la novela, sólo muy en el trasfondo un aleccionamiento sobre el fenómeno juvenil de esos años que Lucila indagó para ficcionarlo, como parte del interés en su vejez por penetrar en la sicología juvenil del nuevo tiempo de la humanidad en el siglo XX, con énfasis en el fenómeno latinoamericano entendido como repercusión del cambio mundial.

La piedra en el vacío guarda relación con el resto de la obra novelística en la intención de tratamiento psicológico de los personajes. Son seres distintos entre sí, hombres y mujeres del común, antagonicos, con destinos acorralados por la diversidad de exigencias de la sociedad contemporánea, provenientes de la imposición material del dinero, o los prejuicios, la pequeñez moral, la liviandad emocional; de vidas accidentadas, pero dentro de una visión de humanidad capaz de redención. Idea también propia de la autora y que es común en su obra.

Educadora sin titularidad

En el sentido de impartidora de conocimientos en una cátedra Lucila Palacios no fue educadora, pero su desempeño de conductora social

hacia ideales de libertad y justicia siempre la involucraron en labores concernientes a la educación. Desde las primeras actuaciones públicas en el inmediato postgomecismo ella comprendió la importancia de educar en principios y comportamientos a la masa entusiasta de colaboración por un país mejor. Por esa causa, ideaba y participaba en charlas y conferencias, escribía orientadoras columnas de prensa y se relacionaba con sectores docentes. Era frecuente su actividad con maestros, niños y adolescentes; incentivaba la promoción de la lectura, la creación de bibliotecas públicas, privadas e infantiles, escribía textos radiales y teatrales para niños y jóvenes. En 1942, siendo Presidenta de la "Asociación Cultural Interamericana" se creó la biblioteca infantil "Guillermo Díaz", en el Parque "Los Caobos", primera en su género. El mismo equipo de damas se dio a visitar barrios populares para entregar libros y mostrar pinturas a los niños. Fundaron pequeños núcleos, como el del cerro "Horno negro", y ellas, entre las que estaba también Irma De Sola, los proveían de materiales de lectura: *A veces, a las nueve de la noche, estábamos recorriendo los ranchos y sus alrededores.*

No es gratuito que Lucila sea epónimo de escuelas y liceos. En la escuela "Zea" de Ciudad Bolívar, en 1943, fue fundada la biblioteca con su nombre. En Caicara del Orinoco hay también una con su nombre, y en Maracaibo existe, desde 1968, el Centro Escolar estatal "Lucila Palacios". En Montevideo, aparte de la labor cultural, en el medio educativo, ya informada, fundó la Medalla de oro "Simón Bolívar" como reconocimiento anual al mejor ensayo de un liceísta sobre la vida de Bolívar. En el penúltimo año de gestión, el estreno de *Cuento de paz en un jardín*, en el Teatro "Solís", se hizo a beneficio de una escuela pública de Montevideo, entre otras realizaciones.

A la docencia he estado ligada, no porque haya obtenido sus títulos, sino porque mi actuación de escritora y mujer de lucha social me puso en contacto con ella, dijo en Montevideo cuando, en 1959, el Instituto de Investigaciones Pedagógicas, dirigido por Sabás Olaizola, le rindió homenaje. Se refería a su trabajo cuando en 1943 fue nombrada Coordinadora de Actividades Culturales del Instituto Pedagógico Nacional y del Liceo de Aplicación. Desde 1937 se vivía en Venezuela una renovación educativa con animosas enseñanzas de modernas teorías y nuevos métodos de aprendizaje, que incluyó la fundación de escuelas normales

especiales, del Instituto Pedagógico para la formación de docentes para educación secundaria, más escuelas y liceos creados para tal fin, uno de ellos: el Liceo de Aplicación. Para llevar a cabo tal renovación fue contratada por el Ministerio de Educación la llamada *Misión Chilena* de educadores, y algunos uruguayos, entre los que destacó Sabás Olaizola, cuya huella quedó en dos instituciones educativas y en los docentes que formó.

Lucila, empeñosa en contribuir a la transformación del país, asumió el cargo de Coordinadora con entusiasmo renovador. Sustituía la escasez de recursos económicos con solicitadas colaboraciones. Era el momento de la ampliación del Bachillerato al Segundo Ciclo, cuyo programa contemplaba la oferta a los alumnos de actividades culturales optativas, de acuerdo a la inclinación personal. Bajo su coordinación ellos tenían a su cargo la parte organizativa de los actos sabatinos, en los que se sucedían recitales, teatro, música, ballet, lecturas de textos originales, después publicados en un mural y algunos en la prensa. Esa actividad de siembra humanística duró lo que el cargo, hasta el derrocamiento del gobierno de Rómulo Gallegos, en 1948.

La modestia de Lucila se hizo evidente en el citado discurso de agradecimiento. Al referirse al continuo contacto con docentes se declaró *una aprendiz de maestra en el esfuerzo y en la voluntad de servir a mi patria*. Cedió la ponencia del acto a la Consejera Cultural de la Embajada de Venezuela, que era profesional de la educación.

La renuncia y a Europa

A comienzos de 1969 se produjo la renuncia de Lucila al cargo de Embajador. En Venezuela al gobierno de Acción Democrática lo sucedió el del Partido Socialcristiano COPEI. Ella mantenía buenas relaciones con el recién electo Presidente, Rafael Caldera, pero había discrepancias entre los dos partidos por la *Doctrina Betancourt*, en la que ella creía y la defendía. Dicha doctrina se refería a la moción presentada en la O.E.A. sobre el no reconocimiento a los gobiernos llegados al poder por vía de fuerza, la que no fue aceptada pero Venezuela insistía en ella. Lucila consideró que había sido Embajador por la confianza del partido que ya no detentaba el poder y optó por enviar la renuncia, argumentada en *porque no soy Embajador de carrera*. Por supuesto

que los méritos obtenidos por la eficazísima labor desempeñada en Uruguay, la acreditaban, pero ella prefirió la fidelidad a sus creencias: *yo me hallaba consustanciada con un propósito y no podía dar un vuelco y combatirlo por conservar una posición diplomática*. Durante los meses de espera de la respuesta, Arocha enfermó seriamente. Ella expuso el nuevo motivo a las autoridades venezolanas y recibió pronta respuesta de aceptación a la renuncia.

Fueron días de tormento los últimos vividos por Lucila en Montevideo. De nuevo se le presentó el choque entre las obligaciones públicas y la privada. Cuando salía a cumplir sus obligaciones de Jefe de Misión *mi pensamiento se hallaba ausente. Rondaba sin cesar el lecho de "mi enfermo"*. Como no todo es ingrato en la vida, en un viaje a Carrasco por motivo de la enfermedad, Arocha fue inesperadamente recibido con pendones que decían: *Bienvenido el abuelo*, signo de su buena relación con los niños del país del sur.

El aprecio de los uruguayos, evidente durante toda su gestión, se acrecentó en manifestaciones cercanas a la fecha de su partida: del Municipio de Canelones, del Cuerpo Diplomático acreditado en Montevideo, de la Mesa Redonda Panamericana, en cuyo Diploma la declaró simbólicamente *Ciudadana Uruguaya*. El Presidente de la República, desde el viaje oficial que cumplía lejos de Montevideo, le expresó en la excusa: *comprendo y me parece natural que no pueda desarraigarse fácilmente del recuerdo de nuestra tierra en la que tan brillantemente actuó y que siempre la tendrá entre sus mejores hijos de adopción*. La escritora, en cumplimiento de su criterio de que *ningún escritor debe pasar por un país sin dejar su huella*, entre otros escritos con tema uruguayo, partía dejando *Cinco cuentos del Sur*.

La despedida de Montevideo fue muy privada. Recorrió en automóvil las calles, las playas, se despidió del Pocitos señorial y del estuario. Evocó los últimos días en el Decanato donde había recibido honores militares durante actos oficiales, los múltiples actos de orden cultural con estudiantes en la Biblioteca "Andrés Eloy Blanco", los de presentación de sus libros:

Adiós escritores, pintores, artistas de toda índole, adiós instituciones culturales y escolares que hicieron posible el encuentro espiritual de Uruguay y Venezuela. Adiós mi calle

Simón Bolívar y sus vecinos de alto nivel en la amistad. Adiós, ciudad entera a la que abarca mi pensamiento desde la Casa de Gobierno y su Cancillería hasta el barrio más modesto de la urbe. Adiós a las ciudades de provincia, al verdor uruguayo, a los ríos que logré cruzar, a los "botijas" que pude ver crecer y transformar mientras mis ojos seguían su período de crecimiento.

Aun cuando la gente, los paisajes, las luchas a seguir en la patria la llamaban después de diez años de ausencia, el viaje no tuvo como destino Caracas sino Londres. Allí Carmen Luisa y su esposo estaban en pasantía de estudios médicos y resultaba lo más conveniente. Pasaron por la dificultad de que las líneas aéreas se negaban a trasladar al esposo en las condiciones de salud en que se hallaba, hasta que por fin una accedió y el matrimonio hizo el viaje en compañía de Carmen Luisa. Fue previsto con escalas en consideración al enfermo. Por deferencia del entonces Canciller Aristides Calvani, en cada aeropuerto los esperaban personal de la embajada respectiva con médicos y ambulancia, igual en Londres, pero pudieron llegar por sus propios medios al apartamento de los Piñango Arocha, en compañía del yerno y sus hijos que los recibieron en el aeropuerto londinense.

Desde la llegada percibió la diferencia de Londres con las otras ciudades europeas. El frío y la niebla golpeaban su espíritu entristecido por la mala salud del esposo. La barrera del idioma la mantenía muy aislada. También la afectaban contemplar el abandono en soledad de la vejez y el gélido comportamiento de los ingleses, opuesto al comunicativo de los latinos:

Ni una sonrisa, ni un gesto amable en los trenes, ni una mirada para el compañero de viaje. Son como témpanos de hielo que encubren, tal vez, una personalidad distinta, pues con mi esposo se portaron muy bien en el curso de la enfermedad y mis hijos tuvieron una gran acogida.

A pesar de todo, en Londres visitó los más importantes lugares y monumentos, asistió a maravillosos espectáculos de las distintas artes.

En Inglaterra llamó mucho la atención el descubrimiento hecho por Carmen Luisa de una oruga de la selva guayanesa cuya vellosidad exuda un poderoso anticoagulante. A propósito la hija recibía llamadas,

visitas, ofertas para patentar el producto, que no había llegado a esa fase pero que ella hubiera rechazado, como lo ha hecho hasta el presente, porque quiere que su producto sea totalmente venezolano. En Londres le fue aplicado a Arocha un cuidadoso tratamiento y al poco tiempo fue detenido el avance de la leucemia, con garantía de diez años más de vida; pero se presentó una epidemia de gripe infecciosa en la ciudad de la que no escapó la familia y Arocha, convaleciente, adquirió una pulmonía doble que le causó la muerte.

Las normas y costumbres inglesas contribuyeron a hacer más dramáticos el día del desenlace y los inmediatos. El abandono del moribundo, la conservación del cadáver en una cava durante una semana, la prohibición a los familiares de recibir visitas, debido a la epidemia. Sin embargo, en el acto de cremación acompañaron a Lucila el Cónsul y el Embajador de Venezuela. Las cenizas fueron depositadas en una capilla católica hasta el día del regreso a la patria. Fue entonces cuando Lucila conoció la verdadera soledad y le sobrevino un deterioro físico alarmante, por lo que Carmen Luisa decidió mandarla a viajar.

Primero fue a Estocolmo, casa de una hermana de Arocha casada con un sueco, quienes le proporcionaron días gratos. Al regresar a Londres partió junto con Carmen Luisa y Piñango hacia Gales y Escocia. En Edimburgo visitaron el Palacio de María, la casa natal de Walter Scott y otros lugares. De allí a Austria. Viena le impresionó y también la ciudad, de aspecto amable y con abundancia de crucifijos con manso rostro de Jesús, donde antagónicamente Hitler tuvo su cuartel general y trazó planes de exterminio. Después recorrieron Alemania y Bélgica. Conoció la añorada Brujas, y al final, Bruselas y su afamado palacio real.

Como a cada regreso a Londres Carmen Luisa le tenía dispuesto un nuevo viaje, Lucila después se dirigió a Noruega, al que consideraba *uno de los países más bellos del mundo*, con sus fiordos, sus cascadas, su organización social, donde las casas de los más y de los menos pudientes se diferencian sólo por el tamaño. Después visitó de nuevo Italia: Roma, Siena, Florencia, Nápoles, Pompeya con su adusto paisaje del Vesubio, que tanto la impactó. En Grecia tuvo la oportunidad de ir a Delfos y constatar lo apropiado del lugar escogido por los antiguos griegos para consultar sus oráculos. Estuvo en el sitio donde Edipo

hizo la consulta de su destino, y en el otro donde lavaron a Aquiles y le dejaron el talón indefenso. Por último, los Monasterios de Meteoros, donde el silencio es sobrecogedor y apenas se oyen los murmullos de las plegarias de los monjes. Una compañera de excursión le tuvo que prestar un vestido adecuado para que pudiera acceder al lugar, pues allí se prohíben trajes cortos y pantalones.

Como a París había ido antes prefirió seguir a España: Sevilla y Granada, primero. En el Alcázar sintió revivir las leyendas de amor y muerte en tiempos de los Abencerrajes; en Segovia admiró la reciedumbre del acueducto construido por los romanos en la antigüedad y percibió el pretérito poderío de esa Ciudad-Estado. El rechazo a los aviones y, más aún, el llamado de la patria, la decidieron a concluir el viaje por Europa. Antes de seguir hacia Venezuela decidió detenerse en Canarias y Las Palmas, donde disfrutó la buena acogida de familias que había conocido en Uruguay y refrescó la amistad con Pedro Perdomo Azopardo y Antonio Luque Hernández. Al poco tiempo siguió hacia Caracas, el último destino. Llegaba después de haber recibido la noticia de la Asociación Venezolana de Mujeres, y también la oficial, sobre la proposición hecha para que fuera nominada *Mujer de Venezuela* 1971.

Tiempo de regreso: 1971-1987

Regreso, quehaceres y reconocimiento

Fue nostálgico para Lucila el regreso de Europa, abandonar el viejo mundo con los lugares tantas veces añorados desde que en los libros de la biblioteca del abuelo se informó de sus existencias. Dejar, comprensivamente para siempre, a las amistades del continente europeo y de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria. Estaba decidido que en Caracas viviría inicialmente en casa de León, mientras Piñango y Carmen Luisa regresaran de Londres, cuando pasaría al pent house de ellos, con vista panorámica sobre la ciudad, en Colinas de Los Ruices, donde permaneció hasta el fin de sus días.

En septiembre de 1971 llegó a Venezuela sin aviso previo. Le era necesario reservar un primer tiempo a la consideración de su soledad en el país, al que debía empezar a reconocer enterándose de los cambios habidos durante los años de ausencia. Con sólo las cenizas de Arocha, de cuyo destino se debía ocupar de inmediato, sin su afecto diariamente compartido, sin su colaboración en los proyectos que debía emprender en suelo patrio. Era una muy honda soledad, antes disipada con los viajes pero recrudescida al retorno a Caracas, pero que ella, con su fortaleza de ánimo y empeño en luchas y realizaciones, supo contrarrestar:

No puedo decir que volví a escalar mi sitio frente a la máquina de escribir, pues no lo he abandonado nunca. Siempre he procurado estar frente a la observación cotidiana y el trabajo, un trabajo que me absorbe y fascina al mismo tiempo.

De ese trabajo cotidiano fueron saliendo novelas, cuentos, crónicas, un ensayo, discursos, libretos radiales, paginas para niños, la revisión y conclusión de las páginas autobiográficas. Además los sueños, que siempre tuvieron espacio en su interioridad, eran un recurso imponderable, como lo confesó en carta de 1982 a Esteban Palacios:

(...) regresamos a Venezuela, y desde entonces estamos aquí, yo, en el lugar de siempre, escribiendo, luchando y soñando, que esto último es un mal incurable. Muchos sueños se me realizan, otros no, pero me siento contenta con los que puedo vivir a mis anchas.

Cuando las amistades comenzaron a informarse del regreso de Lucila la llamaban por teléfono y la visitaban, con mayor afluencia después de la publicación en un diario del agradecimiento familiar por las manifestaciones de solidaridad recibidas con motivo del traslado de las cenizas de Arocha. Como otras viejas amistades no se le acercaron, ella continuó frecuentando a quienes la buscaron al regreso.

La personalidad social, política y literaria de Lucila Palacios, fue más valorada al regreso de Uruguay, quizás por el crónico mal venezolano de considerar la significación de los nativos después de tener noticias de sus triunfos en el exterior. Lo cierto es que abundaron los reconocimientos y crecieron en importancia. Al no más llegar fue proclamada *Mujer de Venezuela 1971*. Después fue condecorada con las órdenes nacionales *Andrés Bello* y *Francisco de Miranda* en Primera Clase, además de otras condecoraciones, como el *Botón Cecilia Núñez Sucre*, las órdenes *Manuel Piar*, *Congreso de Angostura* y *Tomás de Heres* del estado Bolívar; fue declarada *Hija Ilustre de Ciudad Bolívar*, más otros reconocimientos consistentes en diplomas institucionales. Integró directivas de la "Asociación de Escritores Venezolanos", fue oradora de orden en fechas especiales designada por el gobierno nacional, por instituciones públicas y por la Academia de la Lengua.

Paralelamente, la vida de Lucila transcurría sin abandono de otros quehaceres que la justificaban ante la sociedad y ante sí misma. Deci-

dió donar al Instituto Autónomo Biblioteca Nacional buena parte de la biblioteca personal del abuelo Ramón Isidro Montes, y al Museo Histórico Militar una divisa de la Revolución Azul, reliquia de la familia.

En 1973, con *El caramelo rosa* Lucila recibió el Primer Premio del Concurso de Cuentos del Festival del Niño. Un cuento de lírica sencillez que recubre la tesis, semejante a la de un cuento anterior para niños, *El gallo pelón*, de que a veces el más simple y sencillo de los seres es capaz de las acciones más hermosas y altruistas. El desdeñado caramelo se convierte en belleza y aromas permanentes para todos los valiosos y altivos habitantes del armario.

La incansable mujer ideaba proyectos acordes con las limitaciones impuestas por la ciudad populosa y acosante de precipitación, con abundancia de hermosas urbanizaciones residenciales, pero con deficiente transporte y vida encarecida. La radio y la prensa le resultaron, más que nunca, adecuados medios de comunicación con el público del país. Un proyecto surgió de común iniciativa con el director de la Radio Nacional: la divulgación de la historia menuda de Venezuela en microprogramas con el título *Historia, crónica y leyenda*, de los cuales produjo, a partir de 1975, más de cuatro mil, que se transmitieron, con escasas interrupciones, durante más de una década. Cuatro años más tarde la Radio Nacional publicó en libro una selección de ellos con el mismo nombre de la serie radial. El año siguiente escribió los textos para otros programas de fechas especiales, como la versión libre de una serie sobre la novela *Mene* de Ramón Díaz Sánchez con motivo de la nacionalización del petróleo, uno especial sobre Enrique Vera Fortique para el aniversario de la Radio Nacional y uno sobre Flora Tristán para el 1º de mayo, más otra serie con el nombre de *Biografía de la mujer*.

Lo devengado por esos trabajos y las publicaciones en prensa constituían sus únicas entradas económicas desde que dejó de ser Embajador, pues fue en 1975, por Resolución del Presidente de la República, de fecha 30 de junio, cuando le fue concedida una pensión de jubilación de 2.200 bolívares mensuales por el Ministerio de Relaciones Exteriores. El mismo año, a la muerte de la hermana Clara Luisa, recibió de ella, en herencia, la quinta "José Gregorio Hernández" en la urbanización "La Campiña" y un local en Sabana Grande, en Caracas.

Según consta en su archivo Lucila cumplía, sin retraso, con las declaraciones anuales de Impuesto sobre la Renta. Valga como ejemplo de sus limitaciones económicas la cifra de Bs. 39.144,13 como enriquecimiento neto global del año 1979. Y como ejemplo de su idealismo y amor por el país, la renuncia, en 1989, como una modesta contribución a la crisis económica del país, del subsidio de honor que el C.O.N.A.C. le había concedido el año anterior, cuando su situación económica no era holgada y su salud requería atención. Dos años antes se había visto obligada a hacer reajustes en su presupuesto y, para ahorrar el pago de la cuota, renunció a ser miembro del Centro Venezolano-Uruguayo, y éste decidió nombrarla Socio Honorario.

Cuando, en 1975, salió publicada la novela *Reducto de soledad*, muchos esperaban una ficción motivada por el vacío dejado en su vida por la muerte de Arocha; pero no, era la novela escrita en cumplimiento del criterio de dejar huella escrita de los lugares habitados, y ésa era la ambientada en Londres. Por su interés en comprender a la nueva juventud, el protagonista es un joven que vive y va relatando su estada en esa ciudad antes y después de la muerte del padre, con los padecimientos propios de un extranjero no turista en una gran urbe, donde prevalece la soledad individual a la que condenan las multitudes ciudadinas; la juventud necesitada de saciar los imperativos de la edad entre gentes de temperamento frío, en contraste con el emotivo y acogedor del latino. La novelista, en un tono lírico, penetra en el comportamiento y la evolución humana de Jorge en busca de paliativos para su soledad, en la repercusión interna de los acercamientos, en sus inconformidades, deseos y cavilaciones, hasta el obligado regreso a Venezuela. El sabor intacto de la soledad vivida en la gran urbe europea remite a otras consideraciones sobre la muerte y el sexo, más allá de las circunstancias individuales porque tocan la condición humana. La novela fue reeditada en 1992 por la misma Monte Ávila Editores.

A pesar de su demostrada preferencia por la narrativa y la crónica, Lucila publicó en 1977 un pequeño libro con tres ensayos literarios bajo el título: *Dos hombres y un mundo mágico*, con los que concluyó su escasa escritura en el género. La motivación y los aspectos destacados en la interpretación de las personas y las obras de los dos hombres se corresponden con los valores para ella primordiales: la libertad y el

respeto a la personalidad individual. La personalidad de José María Vargas va siendo definida en torno a la casa de La Guaira donde nació y se formó y a la que no pudo regresar sino, ya cadáver, para su entierro; pero en esa forma, dada su grandeza y entrega a la patria: *sigue hablando de estudio, de ciencia, de civismo, de respeto a la persona humana. De Ramón del Valle Inclán destacó su anticonvencionalismo y el disentimiento con el medio español de su tiempo, al hombre que vestía y vivía distinto y mostraba orgullo de ser pobre, actitud a la que la autora interpretó así: Puede ser el genio el que inspira sus actos y arrebatos.[...] También puede ser alarde de voluntad por querer ser distinto y se burla de la tradición, las costumbres y la época.* De la copiosa obra del escritor, las cuatro seleccionadas para el análisis refuerzan esa óptica. En el tercer ensayo, *Un mundo mágico*, la escritora reunió leyendas de distintas regiones del país, como en demostración de la existencia de una magia ancestral.

La primera Académica de la Lengua

Quizás fue un secreto deseo de Lucila Palacios ocupar un sillón en la Academia Venezolana de la Lengua, puesto que desde 1966 había sido distinguida como Miembro Correspondiente por el estado Bolívar. Si nuestra presunción fuera cierta, su habitual discreción no le permitía manifestarlo. Por decisión propia tres académicos propusieron, en 1981, su nombre para ocupar el sillón "Z" en sustitución de Don Carlos Montiel Molero y tuvieron el requerido apoyo. El 21 de octubre de 1982 fue recibida en la acostumbrada ceremonia. Desde 1962 era Miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Letras de Uruguay, y en 1983, tanto la Academia de Ciencias y Artes de Puerto Rico como la Real Academia Española de la Lengua la nombraron Miembro Correspondiente.

Considerada en el contexto mundial, no es del todo justo tildar de rezagada a la Academia Venezolana de la Lengua en admitir la presencia de faldas en su seno. La prestigiosa Academia par de la culta Francia fue en 1977 cuando recibió a la primera, Marguerite Yourcenar, y sucedió en medio de escándalos protagonizados por vociferantes detractores y apasionados defensores, tanto en la sesión del nombramiento como el día de la ceremonia.

Para el discurso reglamentario Lucila Palacios escogió un tema acorde con su activa lucha por la dignificación y los derechos de la mujer y de consecuencia con su lugar de origen: *Concepción Acevedo de Tailhardath*, mujer del siglo XIX nativa de Upatha, talentosa y de avanzada, reconocida por el país como docente, poeta y periodista, a quien durante el mandato de un caudillo sufrió la tragedia del asesinato de un hijo militar de conducta rebelde contra la tiranía, que le apagó el estro y entristeció el resto de su vida. Posteriormente la Academia postuló a la escritora para el Premio “Gabriela Mistral” y para el Premio “Cervantes” y le rindió homenaje en 1987.

Siempre en la rectitud de su proceder, ella colaboró con la institución en todas las exigencias que le hiciera, desde pronunciar discursos hasta trabajos de secretaria y de bibliotecaria, atendidos con responsable rigor y eficacia. Íntegra como siempre, íntegra fue como académica.

Nueva ocupación creadora

Otra actividad creadora buscó Lucila cuando se vio obligada a apartarse de la mayoría de los deberes y ocupaciones fuera de la casa. En una carta de su archivo, cuya fecha y destinatario no aparecen, escribió:

Yo estoy encerrada en la casa pues los taxis han escaseado y cobran carísimo por una carrera, lo que dificulta su uso. Aquí escribo mucho, es mi distracción...Colaboro en algunos periódicos, dicto conferencias y publico libros. A esto se ha agregado una nueva actividad. Ahora también pinto y divido mi tiempo entre las dos cosas.

Lo importante es que se alió de telas y colores y se dispuso a pintar: *Para mí ha sido muy interesante, porque es el inicio de una actividad, de una nueva inquietud*, declaró a la periodista Maritza Jiménez en entrevista con motivo de haber cumplido 82 años.

Había sido la pintura una vieja atracción para Lucila. A los 12 años aprendió el manejo de los colores, pero como la continuidad del aprendizaje se centraba en la copia de modelos, ella, que quería aprender la técnica para pintar con libertad, no continuó. El interés por la pintura se lo hizo revivir una conversación con Tomás Golding, quien la invitó a que probara asistiendo al grupo que se reunía en su taller,

pero ella calificó de fracaso el resultado. Parece que Lucila hubiera estado destinada a no adquirir, por estudios sistemáticos, las herramientas que facilitan la elaboración creativa. Fue así en la literatura, igual en la pintura. Lo cierto es que parte del tiempo que la vejez le permitía libre lo dedicó a pintar. Algunos paisajes y en más abundancia figuras humanas y rostros fueron su predilección. Los pintaba sin modelos, en formatos grandes y pequeños. Prevalecen en ellos los colores pasteles, quizás por adecuarse más a la difuminación de atmósferas para el ambiente lírico buscado, y a la asimilación en ellas de rostros y figuras, características de una mayoría de los cuadros dejados.

No se atrevió Lucila a exponer sus cuadros, a pesar de algunas insinuaciones de amigos; aunque sí había pensado en una modesta exposición individual que no llegó a concretarse. A Maritza Jiménez le comunicó: *Me reservo para cuando se trate de aficionados... Es un aliciente y lo cultivo sin aspiraciones pero con fruición*. Posteriormente, en carta enviada a Inglaterra a Elia Sánchez de Brown, con fecha 10 de octubre de 1989, le dijo:

Ahora también pinto y comparto mi tiempo entre las dos cosas. Me han invitado para exposiciones pero no he querido, pues no me atrevo a figurar entre los "grandes" de la pintura. Lo único bueno...es que tengo estilo propio, escuela y técnica mías.

Afirmación que se entrevera con la sostenida sobre su manera de hacer literatura, la cual recalcó siempre como *espontánea*, sin seguimiento de cánones de grupo o escuela.

Otro libro de cuentos y otra novela

El quinto y último libro de cuentos, *Cristal de aumento*, lo editó Lucila con motivo de su 80º cumpleaños para regalo a sus amigos. En la carta de envío de un ejemplar a José Ramón Medina escribió: *Con él entre las manos me siento como un soldado, que no abandona su sitio aunque las horas y el tiempo avancen.*

Cada cuento, en su sentido alegórico del mundo de los humanos, destaca un valor, un sentimiento, una conducta. Tan propios de Lucila, el amor y la búsqueda de la libertad es la esencia de "La dulce cordera". Ésta abandona todo arrobada ante un joven pastor que toca la zampo-

ña. Con furia defiende la joven cordera su vida en medio del atractivo espiritual descubierto. Iguales sentimientos sustancian "Historia en blanco y negro", a través de la pareja de un caballo negro y una blanca yegua que, enamorados, huyen de la manada para vivir su amor y hallan la muerte por manos de los hombres que celan sus linajes con fines mercantilistas. Uno al lado del otro, el caballo negro muere protegiendo hasta el final a la yegua blanca. También muy de Lucila, el valor de la satisfacción del deber cumplido está implícito en "Misión cumplida", inspirado en el recuerdo infantil cuando esperaba y veía a la garza exploradora que visitaba en invierno La Laguna para cerciorarse de las condiciones del lugar antes del viaje de las hermanas. Cuando la resaca fue disecada y el garcero no pudo refugiarse más en ella, ante la culpabilidad que injustamente le atribuyeron sus congéneres, la garza prefirió morir en el lugar, solitaria, pero con la satisfacción de haber cumplido con su deber. En "Carnestolendas" es el juego de las verdaderas apariencias y las falsas, propias del carnaval, cuento nacido de la autenticidad e inautenticidad apreciada por Lucila en los humanos.

El origen de *Látigo* fue un recuerdo de cuando, durante una travesía por el llano medio siglo antes, Lucila le oyó decir a una joven campesina que no conocía sino el rancho en la sabana: *-Lo que yo quisiera es caminar pueblos y pueblos.* El personaje de Remigia o Regia es una personificación tipológica de la mujer pobre en el total desamparo contemporáneo, que se enfrenta a la marginalidad citadina del campesino emigrado a la capital del país y es víctima de su vorágine. Ella sufre, además, otras consecuencias de la miseria, como el contrabando y la droga. Triste vida la de esa mujer que sólo conoció de resignación, trabajo, sacrificio y entrega. Para ella todas las compañías, con sus esperanzas de protección, fueron efímeras, porque la desgracia o la aventura fueron dando cuenta de sus hombres, hasta de los dos hijos adoptivos. Su destino fue la soledad y es la soledad la verdadera protagonista de la novela.

Látigo tiene un trasfondo histórico-social, entre el pasado dictatorial del siglo XX y la actualidad de los años setenta, con la influencia de la droga, el afán de lucro, el consumismo, la escasa moral. Es la novela del doble látigo: el de los regímenes de fuerza y el de la opresión que ejerce el poder del dinero sobre las sociedades. Como víctima incons-

ciente de ambos, el ser humano resulta el sin valor y el relegado. Esa fue la metáfora de Lucila Palacios.

Las memorias de una vida

La persona que tantas vivencias había acumulado a lo largo del convulso siglo XX venezolano, siglo decisivo en avances y cambios en el mundo, no podía menos que disponerse a escribir sus memorias. El primer título había sido *Frente a la vida*, y el definitivo, *Espejo rodante*, con el subtítulo *páginas autobiográficas*; sólo diferenciados, uno y otro tomo, por los respectivos períodos de alcance. El primero abarca desde 1902, año del nacimiento, hasta 1949, año posterior a la derrota militar del gobierno constitucional de Rómulo Gallegos, hito de un cambio en la vida del país y en la de Lucila. Había sido escrito ese mismo año y conservado inédito como *texto de evocación y de consulta*, pero Lucila obedeció a la insistencia de una amiga de Montevideo sobre la importancia de darlo a conocer. Al fin lo editó, en 1985, por cuenta propia. El segundo abarca desde el inicio de la lucha clandestina por la recuperación de la democracia, hasta 1971, año del regreso a Venezuela después de doce años de permanencia en el exterior. A este tomo, publicado en 1987, añadió un epílogo fechado en 1986, especie de panorama perceptivo del mundo y del país para la octava década del siglo XX. Destacó allí el azote del terrorismo aliado al narcotráfico, el armamentismo, la crisis económica, el materialismo indolente por la imposición *del dios oro con su culto masivo de adoradores*. Del país señaló, como lo más positivo, la continuidad de la democracia y la nacionalización del petróleo, y censuró la corrupción, la inmensa deuda del Estado, más los males crónicos del venezolano: la mala administración, la falta de mantenimiento a las obras realizadas, la indisciplina. En vez de conclusiones, la escritora prefirió dejar preguntas de proyección universal en las que subyace el deseo de un humanismo que guíe a la humanidad. Al final expresó la angustia de los seres pensantes:

Ha pasado el tiempo y ahora ¡cuántas cosas en qué pensar, cuántas acerca de todo lo que nos rodea! –insisto–. Ante lo positivo y lo negativo que muestra la actualidad, las ideas se agolpan en el cerebro y amontonadas apenas caben en el estrecho cauce de una pluma. Y es una pluma que todavía no tiembla en mi pulso de ochenta y cuatro años.

Las de Lucila son memorias huérfanas de fechas y sin la ceñidura del orden cronológico. Van y vienen, a veces refunden hechos de varias épocas, con la libertad que el género concede a sus cultores, pues es el más liberal de todos. En él todo cabe y el orden puede dictarlo el capricho. Sobre la omisión de fechas, la autora expuso su razón en la nota inicial del segundo tomo: *“Espejo rodante” no sigue una estricta cronología. El relato se va entrelazando y señala el hecho, pero no fija la fecha exacta en que se produjo debido a la dificultad de tomar apuntes a la hora de ser observado.* Aclaratoria a la que escapa el primer tomo, puesto que contiene los acontecimientos y situaciones de la vida personal que difícilmente prescriben en el recuerdo.

No son memorias para convocar la admiración de los lectores en torno a quien las escribe, ni en las que se privilegia la repercusión en los lectores por encima de la verdad. Lucila llevó al papel todo lo que consideró importante de ser conocido sobre distintas etapas de la vida venezolana del siglo XX, que permanecía sumergido en el recuerdo personal y desconocido por muchos contemporáneos, aun partícipes de acontecimientos clandestinos, y todavía más por las generaciones nacidas en la segunda mitad del siglo. Ella expone la participación y el sacrificio de actores grandes y pequeños en hechos que durante las tres primeras y la quinta décadas del siglo contribuyeron a implantar la democracia en el país. También, por supuesto, aparece su actuación en cada oportunidad, sus reflexiones, espíritu de lucha, frustraciones y anhelos, relatados sin egocentrismo.

No deja de estar presente la mujer en su vida doméstica, sin mucho explayamiento en detalles íntimos, pero sí dando cuenta de las vicisitudes de todo orden que siempre aparecieron en su acontecer vital, algunas trágicas, otras difíciles, y el temple con que siempre afrontó todo tipo de dificultades. Se presenta como ella era, espiritualmente fuerte, digna y luchadora, contraria a suscitar compasión.

En los dos tomos prevalece el planteamiento tendente a lo objetivo, en correspondencia con su conducta, sin que ese punto de vista anule la presencia de sentimientos y reflexiones propios de la persona sensible que nunca traicionó su autenticidad. Pero lo que siempre se espera de las memorias y autobiografías que es la confesión íntima de zonas desconocidas de la vida de quien las escribe, escasea. Más bien abundan los

relatos que van construyendo una crónica de mucha de la historia venezolana del siglo XX. La preocupación por darla a conocer como memoria del país quizás fue el objetivo predominante, lo que explica que la Lucila ciudadana le gane en espacio e importancia a la Lucila mujer.

El espejo individual nunca se detuvo, ella lo dijo al comienzo del segundo tomo:

Espejo rodante de los días, espejo, fuiste reflejando muchas cosas durante mi niñez, cruzaste a través de épocas sombrías y después has seguido una ruta de esperanza. No te has detenido ni un minuto. Enlazaste una cosa con la otra. Así lo impuso un destino. Por eso, en este momento, cuando reanudo mi relato...interrumpido por la fuerza de las circunstancias...estoy segura de que vas a reflejarlo párrafo por párrafo, línea por línea, punto y coma, claridad y tinieblas, sollozo y risa.

Varias veces la primera mujer

Las ideas progresistas recibidas de los familiares masculinos, aunadas a la vocación de servicio y por la literatura, más la circunstancia de haber vivido casi todo el siglo XX, hicieron que Lucila Palacios, como luchadora social y política y como escritora, inaugurara la presencia y la voz de la mujer venezolana en distintos escenarios nacionales e internacionales. Presencia y voz ganadas como pionera de muchas batallas, con coraje en asumir posiciones retadoras y riesgosas responsabilidades y por alzar su voz, valiente y clara, en trascendentes oportunidades.

El reconocimiento a la ya demostrada condición de dirigente social desde el inmediato post-gomecismo, con realizaciones concretas y distinciones como incansable luchadora por la libertad y la democracia y con énfasis en la defensa de los derechos de la mujer, en acción y palabra oral y escrita, le valieron a Lucila Palacios para que fuera postulada y electa, por voto popular y directo, en 1946, a la Asamblea Nacional Constituyente. Fue la primera mujer que representó al estado Bolívar en un cuerpo nacional deliberante. La elección fue repetida en 1947, como una de las dos mujeres electas para el Senado de la República, al cual llegó junto con Cecilia Núñez Sucre. Lucila fue luego la primera mujer que tomó la palabra en dicha Cámara.

Conocida la entrega a la labor pública, la honradez y ecuanimidad de comportamiento, en el mismo año 1947 la Asamblea Nacional Cons-

tituyente, en sesión del 24 de setiembre, la nombró Miembro Principal del Consejo Supremo Electoral. Fue la primera mujer que desempeñó tan delicada función pública.

A menos de un año de la derrota de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, el Gobierno Nacional, en reconocimiento a la eficacia en las responsabilidades públicas asumidas, a la dignidad de su comportamiento y a la valentía en la actividad clandestina durante los diez años de dictadura, la nombró Embajador en la República Oriental del Uruguay. Fue la primera mujer venezolana Embajador del país. En el continente, y quizás en el mundo, había sólo el antecedente de Clara Booth Luce, quien había sido la primera Embajadora de los Estados Unidos de Norteamérica y, nada menos, que ante el Vaticano.

Cuatro oportunidades más se le presentaron a Lucila Palacios para ser la primera. En 1966 la Academia Venezolana de la Lengua la designó Miembro Correspondiente. Ninguna mujer antes había recibido esa distinción. En 1977 fueron exhumados los restos mortales de Teresa Carreño en el Panteón Nacional y Lucila fue la encargada de pronunciar el Discurso de Orden el día 9 de diciembre. Le correspondió ser la primera mujer oradora en dicho histórico recinto. En 1981 se convirtió en la primera mujer nombrada Individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Española. Para la conmemoración de los 45^º años de fundación de las Fuerzas Armadas de Cooperación, la Asamblea Legislativa de Puerto Ordaz, en el estado Bolívar, la designó para decir, en su sede, el Discurso de Orden el día 4 de agosto de 1982. Fue la primera mujer venezolana que habló ante un auditorio de militares.

Para Lucila Palacios su persistente lucha por la dignificación de la mujer como ciudadana, la personal cultura y la claridad ideológica, fueron sus refuerzos en el contenido orientador de la palabra pública. Ella fue de las pocas mujeres que en la Venezuela del gomecismo vencieron el prejuicio, tan acendrado en la sociedad venezolana, que mantenía a la mujer relegada de todo valimiento público. Ella demostró su capacidad para salir airoso de las distintas exigencias que se le presentaron en la vida pública y su éxito abrió la posibilidad para las mujeres que se han venido destacando posteriormente en el ámbito nacional e hispanoamericano.

Tiempo final: 1985-1994

Obligado y relativo reposo

1988 fue un año límite entre las actividades que, aún disminuidas, satisfacían la existencia de Lucila y el forzoso aislamiento en la casa, por motivos de salud y avanzada edad. En una carta del 12 de mayo a su gran amiga, admiradora y copartícipe de ideales democráticos, Lucila Velásquez, le informó que sufría una infección urinaria que la mantenía afiebrada y en cama, más hipertensión arterial, cuya prescripción médica era de mantenerse alejada de gran parte de las actividades políticas. A la vez le decía que ésa era la razón por la que no había podido participar en la campaña electoral por las dos últimas candidaturas de A. D. a la Presidencia de la República, y había tenido que renunciar a los cargos en las directivas de la A.E.V., la Asociación Cultural Femenina y la Academia de la Lengua, y a otras obligaciones fuera de la casa, por lo que le agradecía excluirla de toda obligación en la campaña del momento.

Su dinámica personalidad no se conformaba con tener activa sólo la faz contemplativa y reflexiva, requería del mundo, de estar entre la gente, percibir el calor humano e intercambiar ideas e informaciones, para absorber la savia y constatar la variada condición del ser humano. Aunque siempre consideró a la prensa un valioso canal de comunicación, en esa etapa de vida se le convirtió en el más posible, aun-

que la impersonalidad del receptor no sustituyera la complacencia del contacto humano. La diversificada posibilidad de la palabra acrecentaba su valor de insustituible recurso para ella: cartas, artículos, literatura, oratoria, libretos radiales, todos mantenidos con impresionantemente constancia.

A pesar del apartamiento los homenajes no cesaron. La personalidad de Lucila Palacios se había solidificado en todo el país. Además de órdenes regionales y municipales, de Caracas y del estado natal, que le fueron impuestas, recibió homenajes de organismos nacionales. Por espontánea solicitud de siete personalidades del país, argumentada en su *larga vida dedicada a las letras y a los mejores servicios a la Patria*, la Cámara del Senado celebró en su honor una Sesión Solemne el 10 de octubre de 1988, con discurso de orden pronunciado por Ana Lucina García Maldonado. En la carta de agradecimiento para aquellas personalidades la homenajeadada les expresó: *En verdad que, en mi opinión, sólo he cumplido con mi deber. Nací con vocación de servicio, con vocación literaria y sensibilidad humana, y los he puesto a la orden de mi país*. En la siguiente década la Federación de Escritores de Venezuela le rindió homenaje, cuyo discurso estuvo a cargo de Carmen Mannarino. La costumbre de asistir a los lugares donde era objeto de alguna distinción tuvo que ser sustituida por cartas de agradecimiento con deseos de colaboración desde Caracas. Así procedió con los organizadores de la "Exposición de Manuscritos de Lucila Palacios" hecha en la Casa que fue sede de *El Correo del Orinoco*, en 1989, y con los de la Bienal de Literatura designada con su nombre en Ciudad Bolívar, en 1992. Año éste en que donó, con documento notariado, buena parte de su archivo personal a la Biblioteca Nacional.

Fiel a los maestros de su formación democrática e intelectual, en el 107º aniversario natal de Rómulo Gallegos publicó en el diario 2001, a toda página: *Rómulo Gallegos el ciudadano, el maestro y el creador*, texto donde recalcó la lección acatada: *Y la docencia siguió siendo su meta: enseñar en la vida ciudadana, enseñar en la escuela y enseñar en la obra de ficción*.

Reposo relativo el de Lucila, por el empeño de mantener los quehaceres posibles. Ejemplo de voluntad que se correspondía con su concepto sobre la vida como realización sin permiso de tregua.

¡No!, la última novela

El contento que sentía Lucila al ver publicada alguna de sus obras lo experimentó en 1989 cuando la Academia de la Lengua inició su colección de novelas con la última suya: *¡No! Ésta* reúne constantes esparcidas en novelas anteriores, que son persistencias conceptuales introducidas en la creación como trasuntos recreativos de la propia interpretación del medio social y la personal postura ciudadana. Cabe también dentro de la propuesta que alentó toda su literatura: *mi obra siempre ha manifestado mi única inquietud: la de interpretar aspectos de mi país en lo social, histórico y político, por un lado, y en lo psicológico, por el otro.*

La novela de crecimiento le permitió a la escritora exponer las diferencias fehacientes en la educación hogareña del hombre y la mujer. Mientras para ésta el *¡no!* es constante coacción al libre expresar de la personalidad, en la de aquél se produce sólo *de vez en cuando*. Sin embargo, en el comportamiento del protagonista, *un personaje imprevisto*, como es calificado en el subtítulo, se le vuelve frecuente el *¡no!* como autoimposición en resguardo de los principios que guían su vida con respaldo del nombre familiar de virtuosa implicitud. La vida de Tulio Romanes, desde niño y joven de familia honorable, aunque sin riquezas, a profesional del Derecho, fue aprovechada por la autora para tratar la evolución del país hacia el mercantilismo y el poder corruptor del dinero, no sólo como pulsor de ambiciones desmedidas, sino como transformador de las conductas humanas en individualistas e indiferentes ante la miseria y el dolor ajenos: *En torno nuestro, en la casa, en la calle, sólo se oye hablar de dinero. ¿Es que la moneda se ha convertido en Dios? ¿Hay que venerarlo?... Es el ídolo de la época.* Igualmente le permitió la contraposición entre quienes son capaces de rechazar tentaciones y prefieren el sacrificio en defensa de una ética, y quienes optan por el disfrute de la inmediatez sin ningún reparo a inescrupulosas concesiones. El primero es el caso del protagonista, quien no deja de escuchar en su interioridad la orden de *¡cuidado!*, obligante a una indeclinable rectitud.

A propósito de *¡No!* Lucila le escribió a Pedro Perdomo Azopardo: *...he tratado de captar el presente con sus cambios y sus fluctuaciones y quizás mi personaje tenga mucho de imaginario, de lo que yo pienso que debe ser un hombre en toda la extensión de la palabra.* La historia novelística incluye el

tratamiento de otra constante: las insalvables diferencias de opiniones y comportamientos entre generaciones de una misma familia. En el caso de *iNo!*, entre padres, hijos y nieta, que por momentos remite a otras novelas de la autora: *Tiempo de siega*, *Signos en el tiempo* y *Reducto de soledad*, en las que también se esforzó por penetrar comprensivamente las interioridades de los jóvenes y su distinta interpretación del mundo y de la vida humana, las conductas anticonvencionales, no necesariamente malsanas, de la juventud contemporánea. También el engranaje novelístico involucra el interés por interpretar, lo más objetivamente posible, al ser humano, a través de personajes ubicados en épocas vividas por la autora. En conjunto, *iNo!* puede entenderse como un impensado remate novelístico de la autora.

El archivo de la escritora da cuenta de que su creación no se detuvo en *iNo!* Aparecen escritos breves e inéditos con fechas de años cercanos al final, como *Cercano y desconocido mundo* y el cuento *Áurea obsesión*.

La doble decadencia

Aun cuando Lucila también llenaba el obligado aislamiento de los últimos años manteniendo comunicación telefónica con amistades, políticos y académicos, y a falta de salidas frecuentes reunía grupos de amistades en su casa, además de con la pintura y la creación literaria, más el envío de correspondencia para dentro y fuera del país, la preocupación por éste mantenía su exacta dimensión. Había dejado de ser ejecutora de acciones, pero su voz se hacía oír en las páginas de prensa, única espita que le permitía el lanzamiento de sus opiniones y alertas sobre diversos aspectos sociales y políticos. Desde su reclusión hogareña le hacía seguimiento al estado de la nación, a las medidas gubernamentales, al comportamiento de los políticos, a la correspondencia de las actuaciones de los dirigentes con las ideas que debían regir sus actos, y el resultado le era doloroso.

Como no pertenecía al tipo de personas que prefieren cerrar los ojos ante las crudas realidades e ignorarlas en beneficio propio, ella observaba sin falsos lentes la crisis de la democracia, evidente en las maniobras de los menos competentes para llegar al poder, la creciente corrupción sin denuncia ni castigo, la indiferencia ante el padecimiento de las mayorías, la poca eficacia de los servicios públicos, el abandono

de la infancia y la juventud, el deterioro de la educación, todas las inconsecuencias de la democracia con los venezolanos. Ella, que había invertido su vida en la lucha por la libertad y la justicia social sin interés personal alguno, ni aprovechamiento de privilegios que otros no desperdiciaban, enrostrando dificultades de toda índole en persecución de un ideal colectivo, no podía menos que sufrir, sufrir en silencio maltratando la fibra más sensible de su ser, padeciendo el destrozamiento de los viejos sueños. Protagonista de una vida digna y sobria en lo público y lo privado, sin interés por acumular fortuna personal, aunque sí la satisfacción por los reconocimientos generales de la repercusión de su obra como dirigente social y escritora, el retroceso o estancamiento que advertía en el funcionamiento de la democracia era poderoso coadyuvante al decaimiento espiritual de los últimos años, Dos frases emitidas con frecuente repetición trasuntan la dimensión de su drama. El yerno en cuya casa habitó Lucila en las últimas décadas, fue testigo de que sentada ante una pequeña mesa y con la cabeza entre las manos durante un rato cada vez, de pronto musitaba como en soliloquio: *-¡Tánta lucha para esto!*, y de seguidas se levantaba y haciendo mutis y con más decidida voz: *-¡Yo me quiero morir, yo me quiero morir!*

A la decadencia espiritual se fue añadiendo la física, propia de la avanzada edad. En casa de médicos, tuvo con creces la atención requerida, pero toda vida llega a su fin. El de Lucila acaeció el 30 de agosto de 1994.

Entre compromisos y sueños

Vida sin desperdicio fue la de Lucila Palacios. Penduleante entre el compromiso social y político y los múltiples sueños. Vida que desconoció el descanso y el ocio, pues un diversificado paralelismo de acciones llenó sus días de dirigente social, de intelectual, de mujer y de escritora.

Mujer que supo aprovechar la savia de sus ilustres progenies y engrandecerla. En quien circunstancias nacionales y personales incidieron en su vida con sinsabores y penurias, importunando, repetidas veces, los momentos de júbilo. Pero que tuvo temple para impedir el amilanamiento entumecedor y continuar hacia las metas trazadas

como razón de vida. Perteneció a la parcialidad de seres humanos dispuestos a no pasar por la vida como el pez por el agua, a quienes siempre los impulsa el deseo de nuevos alcances para la obra realizada, a sabiendas de que los sueños rebasan las concreciones.

No faltar nunca al compromiso contraído con el país, las comunidades, las personas y la familia, fue en ella indeclinable conducta; al igual que la ausencia de demagogia en sus actuaciones, preferir la confrontación de limitaciones propias de la clase media a los usufructos habituales del hombre común colocado en posiciones de gobierno, o al aprovechamiento de viejas relaciones con personajes del alto poder político. Enemiga de aparecer en posiciones no respaldadas por un trabajo responsable, fuera honorífico o remunerado. Todo sin descuidar sus afectos familiares ni la femenina presencia.

Destacada y reconocida en vida, consciente de su valor y ajena al envanecimiento, sencilla y siempre afable con todos, generosa, amante de la vida en todas sus variantes, cultivadora de la amistad y el amor, consecutora de armonías, indolegable con sus ideales democráticos y de justicia social, sin exclusivismos.

Notable figura venezolana del siglo XX, simbólica en la lucha por los derechos de la mujer y por la transformación del país primitivo y provinciano en uno moderno, regido por leyes justas y acatadas por los ciudadanos.

Esta **biografía**

Para escribir la biografía de Lucila Palacios o Mercedes Carvajal de Arocha disponía, en principio, del trato que tuve con ella, de sus *páginas autobiográficas* y del conocimiento de casi toda su obra literaria. Era, sin duda, una apreciable sustentación para el despliegue ante el lector de las circunstancias, los intereses y las realizaciones de su vida, tras los que se irían definiendo su carácter y personalidad. Éstos no del todo apreciados, aun por muchos de quienes la trataron, dadas sus inalterables modestia y discreción. El optimismo resultó ilusorio al releer los dos tomos de *Espejo rodante*, sus memorias, que recordábamos fluidas y auténticas, pues tropezamos con la enorme dificultad de la ausencia casi total de fechas, hasta de las inolvidables en cualquier vida, como las de nacimiento, estudios, matrimonio, maternidad, viajes, etc., e igualmente las de la gran mayoría de sucesos políticos regionales y nacionales, que desde los años infantiles tanto influyeron en la formación de su personalidad y en su existencia.

El procedimiento obligante fue cotejar los acontecimientos con las fechas de los documentos del archivo personal, abundantísimo, tanto el donado por ella al Instituto Autónomo Biblioteca Nacional como el dejado en familia. En dicho archivo fueron las cartas y muchos de los documentos los que nos proveyeron de mayor cantidad de fechas, pues los recortes de prensa reflejan, en su abundancia, más el cuidado en

conservar las escrituras dispersas que la precisión temporal. En muchos casos, no aparecen ni siquiera los nombres de las publicaciones periódicas. Salvando esas dificultades logré, con la ayuda también de fuentes generales y la imponderable de los dos hijos, Carmen Luisa y León Arocha Carvajal, elaborar, como paso previo, una cronología que me orientó para desplazarme con seguridad por el tiempo vital de la mujer, la ciudadana, la luchadora social y la escritora. Sin la colaboración de ambos, quienes tanta confianza depositaron en mi persona al poner el archivo de Lucila en mis manos, el trabajo adolecería de insalvables vacíos.

La laboriosa investigación impuesta por la copiosidad poco ordenada del archivo, me permitió estructurar esta biografía cronológicamente, alterando ese orden sólo en los casos de algunos núcleos temáticos adecuados para la junción de informaciones de varias épocas. La abundante obra escrita va apareciendo en igual orden, relacionada con la vida de la escritora e inserta en los capítulos, la mayoría, o como motivos de algunos, las menos. El contacto directo con las evidencias de sus anhelos y luchas por traducirlos en realizaciones me convenció de que lo más admirable en Lucila Palacios es la voluntad de hacer, y en consecuencia, la cantidad de realizaciones obtenidas con una lucha tenaz contra todo tipo de adversidades, trasunto de anhelos centrados en beneficios colectivos y consecuciones literarias. Ella logró el raro equilibrio de la satisfacción en la vida privada y la eficacia en la actuación pública, en todo lo cual debió mucho al esposo, compañero y amor de su vida, Carlos Arocha Rodríguez, para quien siempre hizo públicos alabanzas y agradecimientos.

Sorprende la constatación de los haceres paralelos de esa mujer insignie, de escasa fortaleza física, sin holganza económica, de ideales irrenunciables aun a costa del sacrificio, que por igual realizaba una gira política o cultural, que escribía y pronunciaba un discurso de orden, o respondía la abundante correspondencia que le llegaba, fuera de quien fuera; mantenía colaboraciones en prensa nacional, regional y extranjera, que publicaba una novela, un libro de cuentos o de dramaturgia, recién concluidos o guardados en espera de oportunidad de impresión. Y durante la década de dictadura posterior al derrocamiento del gobierno constitucional de Rómulo Gallegos, concreta-

ba todo eso a la par de un constante y riesgoso trabajo de clandestinidad política. En la siguiente década de desempeño como Embajador en la República de Uruguay, a contrapelo de sus obligaciones rutinarias y del cumplimiento de la propuesta de divulgar un conocimiento integral de Venezuela y en especial de su cultura, no descuidó el trabajo literario ni su contacto con la tierra de origen.

La mujer de pequeña y frágil silueta y gran temple, cortés, prudente, trabajadora sin tregua por vocación y necesidad, responsable hasta el agotamiento concluyente en enfermedad, de recia convicción democrática, defensora irrenunciable de valores y principios de libertad y justicia con énfasis en la lucha por la dignificación de la mujer; y a la vez, madre, esposa, mujer cuidadosa de su presencia femenina, accesible siempre y a todos, aun durante el desempeño de altas funciones públicas; mujer y ciudadana nunca imantada por los beneficios que pudieran derivar de ellas, eficaz en el cumplimiento de todas sus obligaciones, escritora a diario, es la que he querido presentar en este libro.

- De Sola Ricardo, Irma: *Intervención en el homenaje rendido por la Academia Venezolana de la Lengua a Doña Lucila Palacios en motivo de los 84 años de su natalicio*. Caracas: 10-11-1986. Original
- Jiménez, Martiza: "La prosa se acerca más a mi temperamento de lucha". *El Universal* (Caracas, 16-05-1984).
- *La igualdad base de la democracia*, Caracas: Consejo Nacional de la Mujer (CONAMU) (marzo 1977) Encartado en *El Nacional* con motivo de los 50° años del voto femenino.
- Mannarino, Carmen: "Ética y estética de Lucila Palacios". *Revista Nacional de Cultura* (Caracas: CONAC/La Casa de Bello), 294-295 (dic. 1994) 292-298.
- Ochoa, Jesús: "De nuevo con *Niebla* vuelve Lucila Palacios a las tablas". *Rev. Momento* (Caracas), 1116 (dic. 1977).
- Palacios, Lucila: Archivo personal. Consulta de correspondencia, recortes de prensa, documentos políticos, obra inédita.
 - _____. *Los buzos*. Caracas: Cooperativa de Artes Gráficas, 1937.
 - _____. *Desatemos el nudo*. Barquisimeto, Imprenta Falcón, 1937.
 - _____. *Rebeldía*. Caracas: Élite, 1940.
 - _____. *Orquídeas azules*. Sinfonía tonta y ballet sobre una leyenda venezolana de la selva guayanesa. Con música de María Luisa Escobar. Caracas: Editorial Élite, 1942.
 - _____. *Trozos de vida*. Caracas: Cooperativa de Artes Gráficas, 1942.
 - _____. *La gran serpiente*. Caracas: Editorial Élite, 1943.
 - _____. *Tres palabras y una mujer*. Caracas: 1944.
 - _____. *El corcel de las crines albas*. Caracas. Ávila Gráfica, 1950.
 - _____. *Cubil*. Caracas: Tipografía Vargas, 1951.
 - _____. *Niebla*. Caracas: Ancla, 1952.
 - _____. *Tres palabras y una mujer*. 2° ed. Seguida de *La gran serpiente -Niebla- Tierra de leyenda: Guayana El "Demonio" de Stefan Zweig*. Madrid: Aguilar de Ediciones 1954. (Colección de Autores Venezolanos):
 - _____. *Juan se durmió en la torre*. Caracas, Ancla, 1956.
 - _____. *Mundo en miniatura (cuentos breves)*. Caracas: Asociación de Escritores Venezolanos, 1955 (Cuadernos Literarios, 88).
 - _____. *El día de Caín*. Caracas: Tipografía Vargas, 1958.
 - _____. *Tiempo de siega*. Caracas: Edime, 1960.
 - _____. *Cinco cuentos del Sur*. Montevideo: Barrientos y Ramos, 1962.
 - _____. *Poemas de noche y de silencio*. Montevideo: Medina, 1964.

- _____. *Ayer violento*. Montevideo: Imprenta Rosgal, 1965.
- _____. *Cuartillas cívicas*. [Apuntes y observaciones sobre Venezuela]. Montevideo: 1968.
- _____. *El mundo en miniatura*. Caracas: Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes INCIBA, 1968 (Colección La estrella amiga, 1).
- _____. *Signos en el tiempo*. México: Ediciones Oasis, 1969.
- _____. *La piedra en el vacío*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1970 (Colección Continente).
- _____. *Reducto de soledad*. Caracas: Monte Ávila, 1970.
- _____. *Dos hombres y un mundo mágico*. Caracas: AEV, 1977 (Cuadernos literarios).
- _____. *Teresa Carreño*. Discurso de Orden a cargo de la escritora Mercedes Carvajal de Arocha (Lucila Palacios) en el Acto de inhumación de los restos de la artista el 9 de noviembre de 1977. Caracas: Ediciones de la Dirección de Información del Ministerio de Agricultura y Cría, 1977.
- _____. *Historia, crónica y leyenda*. Caracas: Ministerio de Información y Turismo. Imprenta Nacional, 1979.
- _____. *Discurso de incorporación como Individuo de Número de la escritora Doña Lucila Palacios*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Real Española, 1981.
- _____. *Cristal de aumento*. Cuentos. Caracas: [Miguel Ángel García e Hijo], 1982.
- _____. *Látigo*. Caracas: [Venediciones], 1983.
- _____. *Espejo rodante*. (páginas autobiográficas) Primera etapa: 1902 a 1949. Caracas: [Venediciones], 1985.
- _____. *Espejo rodante*. (páginas autobiográficas) Segunda etapa: 1950-1971. Caracas: [Venediciones], 1987.
- _____. *¡No!*. Caracas: Academia Venezolana de la Lengua correspondiente de la Real Española, 1989 (Colección Génesis).
- _____. "Rómulo Gallegos el ciudadano, el maestro y el escritor". *Diario 2001* (Caracas, 4-8-1991). Domingo Cultural.
- Rodríguez, Manuel Alfredo: *Anales de Guayana*. Caracas. Academia Nacional de la Historia, 1995 (El libro menor, 217).
 - Tavera Acosta, Bartolomé: *Anales de Guayana*. Caracas: Gráficas Armitano, 1954.
 - Velásquez, Ramón J.: *La caída del Liberalismo Amarillo*. Caracas: Editorial Roraima, 1977.

Tiempo de crecer: 1902-1925	9
Azar y presagio	9
Niñez entre sueños y amargas realidades	10
Escasa educación formal	15
Duraderas enseñanzas del padre	17
Los Montes y los Carvajal	20
Ciudad Bolívar, ayer	22
Al frente, el Orinoco	26
La selva de Guayana en el sur	28
Adolescencia con alegría e impactantes sucesos	31
El amor trazó sendero	33
El hogar y las otras inquietudes	37
Tiempo de florecer: 1926-1950	39
Caracas por primera vez	39
Maternidad y familia	40
En 1931 apareció Lucila Palacios	41
Acogida de las primeras escrituras	43
Una injusta desdicha	44
Comienzo público de la luchadora social	48
Primeros libros y primer éxito literario	50
La atracción escénica y la radio	53
La novela del escándalo	55
¿Sucesora de Teresa de la Parra?	59
Dos sorpresas y un dolor	60
Constituyente y Senadora	63
Brusco cambio de vida	66
<i>El corcel de las crines albas</i>	71
La otra Lucila	72
Pionera de las luchas femeninas	73
Tiempo de sombras y luces: 1951-1970	77
Exigente y riesgosa actividad política	77
En la derrota de la dictadura	80
La novela de la resistencia civil	84
"La Embajador" en Uruguay	85

Dos ediciones más	90
Educadora sin titularidad	91
La renuncia y a Europa	93
Tiempo de regreso: 1971-1987	99
Regreso, quehaceres y reconocimiento	99
La primera Académica de la Lengua	103
Nueva ocupación creadora	104
Otro libro de cuentos y otra novela	105
Las memorias de una vida	107
Varias veces la primera mujer	109
Tiempo final: 1988-1994	111
Obligado y relativo reposo	111
<i>¡No!</i> , la última novela	113
La doble decadencia	114
Entre compromisos y sueños	115
Esta biografía	117
Bibliohemerografía	121

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaiás Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibiades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa/ 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soubllette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isacc J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frias / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Javier Duplá
58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

59. Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi
60. Tulio Febres Cordero / Ricardo Gil Otaiza
61. Lucila Palacios / Carmen Mannarino
62. José Cortés de Madariaga / Antonio Sánchez García
63. José Antonio Páez / Ramón Hernández
64. Antonio Lauro / Ivo Hernández

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de julio de 2007, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Lucila Palacios

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Carmen Mannarino

El dato no es banal. Mercedes Carvajal o Lucila Palacios nació en Trinidad porque el barco que llevaba a su madre de regreso de La Guaira a Ciudad Bolívar tuvo que hacer escala en la isla inglesa, dado que desórdenes militares impedían el acceso al Orinoco. Era 1902, año del bloqueo de las costas venezolanas y de la revolución Libertadora. Y poco después, 1903, la batalla de Ciudad Bolívar, última de las guerras civiles, que deja profundas huellas en la región.

Esos fueron los signos del turbulento horóscopo que marcaron gran parte de la vida de la novelista guayanesa, quien no habría de respirar aires de libertad hasta 1935 con la muerte de Gómez. Es más que lógico su compromiso como escritora, luchadora infatigable y persistente por la libertad y la democracia. A partir de 1937, inició su obra de novelista con *Los buzos y Rebeldía*. Luego escribirá *El corcel de las crines albas*, *Cubil*, *No*, y tantas otras. Sus luchas sociales la llevan a la política. Concorre a la Constituyente (1946) y al Congreso (1948).

En 1943, Lucila publicó su novela *Tres palabras y una mujer*, "la novela del escándalo", por la cual polemizaron el jesuita Pedro Pablo Barnola, con una nota titulada "Feminismo desquiciado" y el filósofo Ernesto Mayz Vallenilla con la réplica, "Crítico desquiciado". "En *Tres palabras y una mujer*, se lee aquí, la escritora alcanzó la categoría de novelista y además colocó al rojo vivo la sacralizada hipocresía social de una clase media que prefería el sacrificio de vidas humanas a soportar la sanción social ante un embarazo familiar en soltería..."

Esta biografía de Carmen Mannarino, gratamente escrita y rigurosamente investigada, rescata el legado intelectual y moral de una de las venezolanas más relevantes del siglo.

Simón Alberto Consalvi

ISBN 980-395-150-4



9 789803 951504

J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE 